



Maggie Price

Apuesta  
íntima

e lit

# Apuesta Íntima

Maggie Price

1º Serie La ley de la pasión

# Sinopsis

Juntar el trabajo y el deseo podía causarles muchos problemas...

La misión de la agente Morgan McCall era atrapar a Carlton Spurlock como sospechoso de asesinato y su jefe era el sargento Alexander Blade. El problema era que ambos policías iban a tener que hacerse pasar por recién casados y convertirse en los vecinos del sospechoso.

En la intimidad que tendría que compartir con su superior, Morgan no podía olvidarse de la misión en ningún momento y sobre todo, no podía dejarse llevar por la pasión que había surgido entre ellos...

# Capítulo 1

—**M**e puedes quitar el pie de la tráquea cuando quieras.

Manteniendo el pie en su sitio, Morgan McCall miró a su compañero, otro recluta de policía, que estaba tumbado de espaldas en la colchoneta del gimnasio.

—No lo tendría ahí si dejaras de comportarte como si me fuera a romper si luchas conmigo.

—Si lucho contigo, empezarás a hacer esos movimientos de kárate —señaló Lonny O'Brien—. Y entonces, ¿qué será de mí?

Los labios de Morgan se curvaron en una pequeña sonrisa mientras se colocaba una horquilla en el pelo.

—Muy fácil. Terminarás sobre tu trasero, con mi pie sobre la tráquea.

—Caso cerrado.

A su alrededor se escuchaban las voces de otros reclutas que practicaban movimientos de defensa en el gimnasio del Departamento de Policía de Oklahoma. Las suelas de goma chirriaban al deslizarse sobre el pulido suelo de madera. Desde algún lugar se escuchaba el golpeteo de una pelota de baloncesto sobre el piso.

O'Brien, cuya pecosa y enrojecida cara estaba llena de sudor, le echó una rápida mirada a las gradas del gimnasio.

—¿Estabas demasiado ocupada destrozándome la garganta para darte cuenta de que tu perseguidor ha vuelto a aparecer?

La sonrisa de Morgan se esfumó.

—Lo he visto.

No había necesitado verlo para saber que estaba ahí. Otra vez.

Aquel hombre alto y moreno, con el cabello peinado hacia atrás y barba de varios días había aparecido por primera vez en la academia una semana atrás. Lo había visto darle la mano al comandante encargado del entrenamiento, así que tenía autorización para estar allí. Más tarde, se había metido en la clase junto al profesor de investigaciones criminales y se había sentado justo detrás de ella. Morgan no había tenido que verle la cara para saber que la había estado mirando durante toda la hora. Había sentido su mirada como si hubiera sido algo físico. En cuanto el profesor dio por finalizada la clase, se había girado y lo había mirado directamente a los ojos castaños, duros y afilados.

Se había tenido que contener para no sobrecogerse ante la inesperada punzada de poder que había sentido. No había parpadeado ni apartado la vista de aquellos ojos y durante unos segundos se habían mirado mientras algo indefinido flotaba en el aire.

—¿Quién...?

Sus palabras se habían desvanecido al ver que él se levantaba, le daba la espalda y se iba. Morgan se había quedado en la silla, con el corazón latiéndole rápidamente mientras lo veía salir por la puerta.

Había aparecido en la galería de tiro al día siguiente, observándola con interés cuando ella se había acercado al objetivo y cargado su Glock. Y dos noches atrás la había estudiado desde las sombras mientras participaba en ejercicios de arresto. Morgan había perdido la cuenta de cuántas veces se había sentado en las gradas del gimnasio para observar sus movimientos de autodefensa. Y cada vez que eso ocurría ella sentía una corriente eléctrica por las venas.

Era una sensación conocida. La había sentido una sola vez en su vida y le había puesto todas las terminaciones nerviosas en alerta roja. Después la había dejado con el corazón roto y unas cuantas cicatrices físicas.

El hombre que la estudiaba con tanto interés tenía un poder

similar al que había sentido en aquella ocasión. No tenía ni idea de quién era o por qué estaba allí. Suponía que era un policía, pero no sabía si era local, estatal o federal. Lo que sí tenía claro era que no quería tener nada que ver con un hombre que podía conmocionarla tanto con una sola mirada.

Apartó la vista de las gradas y levantó el pie de la garganta de O'Brien.

—Te perdono sólo porque tienes una mujer y un bebé maravillosos. Si no, tu tráquea ya sería historia.

—Vaya, gracias —O'Brien carraspeó mientras se levantaba de la colchoneta. Se limpió el sudor de la frente con el borde de su camiseta y le echó otra mirada a las gradas—. ¿Has descubierto ya quién es?

—No —Morgan recogió el par de toallas que había dejado dobladas en el borde de la colchoneta. Le pasó una a O'Brien y se puso la otra alrededor del cuello—. Nos graduamos dentro de dos días —dijo, pasándose un extremo de la toalla por la garganta—. Pienso salir a la calle y hacer mi trabajo. Eso es lo único que me importa.

—Eso y convertirte en la primera mujer jefe del Departamento de Policía de Oklahoma.

—Sigo diciendo que no hay nada malo en marcarse unas metas. Y si quieres llegar a ser alguien en este departamento, te sugiero que hagas lo mismo.

—Sí, bueno. Por ahora, mi meta más importante es ser un anfitrión fabuloso en nuestra fiesta de graduación. Anna quiere hacer tantas hamburguesas, que voy a tener que sudar durante horas en la barbacoa para hacerlas todas —se frotó la cabeza con la toalla, dejándose el pelo de punta—. Vendrás, ¿verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo. Le prometí a Anna que haría tiramisú de postre. Y mi madre va a enviar un montón de flores y plantas para que decoréis el patio.

—Tiene que estar bien eso de contar con un negocio de jardinería en la familia.

—Tiene sus ventajas.

—¿Y vas a traer acompañante además de ese magnífico postre?

—Puede ser...

Prefería dar una respuesta vaga antes que explicar que hacía tiempo que había renunciado a las citas. Y a todo lo que tuviera que ver con relaciones no platónicas.

O'Brien la miró con sorna.

—Si tienes problemas para encontrar una cita, podrías hablar con tu perseguidor.

—Y tú podrías terminar otra vez sobre tu trasero antes de que termine la clase.

—De ninguna manera. Ya he sufrido bastante vergüenza por un día. Además, parece que tu hombre se va. Tal vez no vuelva.

—Eso estaría bien.

Morgan se giró para ver que el desconocido bajaba de las gradas. Llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta de algodón y sus movimientos eran pausados y seguros. Se preguntó qué haría falta para que se moviera más deprisa... ¡Maldición! No le importaba. No tenía ninguna intención de sentirse atraída por ningún hombre otra vez.

Justo entonces el agudo pitido del silbato del instructor atravesó el aire. Morgan miró al reloj que había colgado en la pared.

—Es hora de una buena ducha.

—Te veré mañana, McCall —dijo O'Brien, arrojándole la toalla a los pies—. Ponte almohadillas, porque pienso dejarte tirada sobre el trasero.

—Ni lo sueñes, amigo —contestó por encima del hombro, dirigiéndose al vestuario femenino.

Casi había llegado cuando uno de los instructores la llamó. Después de semanas de entrenamiento, se giró automáticamente y

respondió:

— ¿Sí, señor?

— Preséntese en el despacho del comandante.

— ¿En el despacho del comandante?

— Ha oído bien, McCall.

Durante unos segundos se preguntó si habría hecho algo mal o si se habría saltado alguna norma, pero desechó inmediatamente ese pensamiento. ¿Conseguiría alguna vez superar totalmente sus errores del pasado?

Algunos años atrás había salido del agujero que ella misma había excavado y se había jurado que nunca volvería a perder el norte. Desde entonces había vivido de acuerdo con las normas, siguiendo las instrucciones al detalle. Al unirse a la academia se había esforzado por hacerlo lo mejor posible, por llegar a ser la mejor y hacer que su familia se sintiera orgullosa. Ya los había decepcionado una vez, así que tenía mucho que recuperar.

Pensó en el informe que había recibido el día anterior, en el que le decían que se graduaría la primera de su clase. Seguramente el comandante la habría llamado por eso.

Sintió que bajo la camiseta gris de la academia, las gotas de sudor le resbalaban entre los pechos. Dirigió una mirada al vestuario y después volvió a mirar al instructor.

— Señor, ¿tengo tiempo de ducharme primero?

— Negativo, recluta. Preséntese en el despacho del comandante ahora.

— Sí, señor.

Morgan dudó cuando como atraída por una fuerza invisible, su mirada volvió a las gradas, donde su perseguidor había pasado tantas horas observándola. Supo instintivamente que aquel hombre moreno de mirada afilada era la razón por la que la llamaban.



## Capítulo 2

**M**inutos después Morgan estaba de pie frente al imponente escritorio del comandante, usando toda su fuerza de voluntad para no mirar al hombre.

—Señor, ¿cómo puedo llevar a cabo una misión de incógnito si todavía estoy en la academia?

—Se le ha ordenado que lo haga y lo hará —aseguró Edward Henderson. El comandante en jefe del centro de entrenamiento era un hombre grande como un oso, vestido con un uniforme immaculado. Su despacho, amueblado con piezas negras y de blancas paredes, era tan prístino como su aspecto—. Seguirá graduándose con su clase, pero no asistirá a la ceremonia.

—¿No asistiré, señor?

Por su cabeza pasaron imágenes de miembros de su familia. Su abuelo y su padre habían servido en el departamento. Sus tres hermanos y sus dos hermanas mayores eran oficiales en activo del Departamento de Policía de Oklahoma. Morgan estaba deseando que su familia la viera recibir la placa plateada con la que había soñado gran parte de su vida.

Henderson asintió levemente con la cabeza.

—Perderse la graduación después de dieciséis semanas de duro entrenamiento es un poco decepcionante, pero no puede ser de otra manera. Los medios de comunicación estarán en la ceremonia y sacarán una fotografía de la promoción en el periódico. Querrán escribir un artículo sobre usted, ya que es la octava persona de su familia en conseguir la placa del departamento. Alguno de los malos implicado en esta operación podría verla y recordarla más tarde y ése

es un riesgo que no podemos correr.

Morgan desvió ligeramente la mirada al hombre que estaba de pie en el otro extremo de la habitación. Al entrar, el comandante se lo había presentado como Alexander Blade, sargento de una de las unidades de incógnito del Departamento de Policía de Oklahoma.

Su perseguidor.

Blade apoyaba un hombro contra una de las librerías y tenía un pulgar metido en uno de los bolsillos de los vaqueros. Cuando la miró con sus impenetrables ojos oscuros, Morgan sintió que una oleada de inquietud le recorría la espina dorsal.

—Tengo un informe para usted del jefe Berry —el comandante abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre—. Según sus órdenes, se le asigna la misión de incógnito del sargento Blade mientras ésta dure. Yo le tomaré juramento y le entregaré su placa antes de que se vaya hoy. Ya no tendrá que presentarse aquí para que se le asignen sus obligaciones.

—Sí, señor —Morgan tomó el sobre y frunció ligeramente el ceño—. ¿Señor?

—¿Qué ocurre, McCall?

—Hay una... barbacoa después de la graduación en la casa del recluta O'Brien. Es privada, sin medios de comunicación. ¿Se me permite asistir?

—Negativo. Informaremos a los miembros de su clase de que está en una misión especial. Recibirán órdenes de no contactar con usted —Henderson se levantó—. No debe comunicarse con ellos hasta que acabe su misión. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Morgan sabía que el hecho de ser elegida para una misión de incógnito podía lanzar su carrera y facilitarle un ascenso. Sin embargo, aún se sentía decepcionada por haberse visto separada de los demás reclutas tan repentinamente. Durante los últimos meses se había concentrado más en los estudios que en sus compañeros de

clase, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de que había creado con ellos un vínculo emocional.

—El sargento Blade usará mi despacho para darle las órdenes — continuó Henderson—. Hasta nuevo aviso, debe presentarse ante él.

—Sí, señor.

La inquietud que sentía aumentó y se le hizo un nudo en el estómago. Antes de que pudiera pensar en otra cosa, Morgan revivió los recuerdos que aún rezumaban sangre y presentaban heridas que nunca se habían curado. Y todo por un hombre cuya presencia hacía que la recorriera una corriente eléctrica. No se estaba engañando: junto a Blade sentía la misma intranquilidad.

Se había jurado que jamás volvería a sentir lo mismo por un hombre, y en aquel momento el único modo de conseguirlo era dejar de ser policía aun antes de haber empezado a serlo. Y puesto que no tenía intención de abandonar, se encontraba atrapada.

Henderson cerró la puerta a sus espaldas y Alexander Blade atravesó la habitación como un cazador que hubiera divisado a su presa. Morgan se obligó a permanecer quieta, aunque la ansiedad le removía las entrañas.

—¿Esta misión la toma por sorpresa, McCall? —preguntó mientras se acercaba. Su voz era cálida y dulce.

—No del todo, señor —contestó mirándolo a los ojos—. El personal de entrenamiento no le hubiera permitido curiosear por aquí durante una semana para observarme si fuera un loco o un perverso.

—Mi curiosidad tenía un propósito. Debía estudiarla y tenía que saber cómo se comportaba cuando era consciente de que la observaba.

—Puesto que estoy aquí, asumo que he pasado la prueba.

—Por poco. Cada vez que entraba en una habitación, se ponía rígida como un palo. Su lenguaje corporal decía que sabía que la estaba observando y eso no funcionará en esta misión. Será

observada, pero tendrá que actuar como si no se diera cuenta.

— ¿Cuál es la misión?

— Ahora hablaremos de eso. Pero sus días de entrenamiento han terminado, McCall. Relájese.

— Sí, señor.

Morgan adoptó la postura de «*formar en parada*», con las piernas ligeramente separadas y los brazos a la espalda. Durante dieciséis semanas, el personal de entrenamiento había insistido en que los reclutas tuvieran un comportamiento militar y para ella ya se había convertido en un hábito.

Blade entornó los ojos.

— He dicho que se relaje. No llegaremos muy lejos si se comporta como si estuviera en el campo de entrenamiento y yo fuera su superior —le señaló una silla frente al escritorio—. Siéntese. Tenemos que sentirnos cómodos el uno con el otro.

Morgan se sentó, rígida. Jamás podría sentirse cómoda con un hombre que hacía que sus alarmas se dispararan estando simplemente en la misma habitación.

Blade se puso detrás del escritorio y en vez de sentarse en la silla de alto respaldo del comandante, se inclinó hacia delante y con el índice, abrió una carpetilla.

— Su historial es impresionante. Es la mejor de la clase en todas las áreas: estudios, entrenamiento, defensa personal, tiro...

— Si hay que hacer algo, es mejor hacerlo bien.

Él la miró como si la estuviera sopesando.

— Eso mismo me dijeron varias veces en el pasado —volvió a fijar la atención en el expediente—. Supongo que como todos los reclutas, está ansiosa por patrullar las calles y atrapar a los malos.

— Sí, señor.

Blade levantó la vista.

— McCall, ¿necesita que le defina el verbo «*relajarse*»?

Morgan apretó con fuerza el sobre que contenía las ordenes de su

jefe.

—No, señor. Como usted mismo ha dicho, se me dan bien los estudios.

—Entonces deje de llamarme «señor» antes de que se convierta en una costumbre. No conozco a ninguna mujer que llame a su marido de esa manera hoy en día.

—¿Voy a trabajar de incógnito como su mujer?

—Para ser exactos, trabajaremos juntos de incógnito como marido y mujer.

—Sí, se... ¿Cómo debo llamarlo?

—Usaremos nuestros nombres de pila. Respondemos a ellos por reflejo, así que será una cosa menos de la que preocuparse.

Mientras hablaba, Blade rodeó el escritorio y se apoyó en la parte delantera. El movimiento lo puso en una posición de dominio, obligando a Morgan a levantar la vista para mirarlo.

—Durante esta misión mi nombre será Alexander Donovan y el suyo. Morgan Jones Donovan. Yo te llamaré Morgan y tú me llamarás Alex.

—Muy bien —al ver que seguía mirándola, añadió—: Alex.

—Antes de que te vayas hoy te daré un paquete que contiene, entre otras cosas, un breve resumen de tu supuesto pasado. Nos reuniremos un par de veces durante los próximos días para trabajar sobre ello.

—De acuerdo.

Tendría que ignorar sus hormonas, decidió. Abordaría aquella misión igual que hacía con todo lo demás: con un frío sentido común. Sin emociones.

Blade cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Has oído hablar de Carlton Spurlock?

Morgan visualizó a un hombre alto y distinguido con una agradable sonrisa y el pelo canoso en las sienes.

—Se dedica a urbanizar. Sale bastante en los periódicos, en la

sección de negocios y de sociedad.

—Exacto. Spurlock heredó varios millones de la abuela que lo crió. Ella murió hace tres años y le dejó su finca de Hampton Hills.

—La zona más elegante de la ciudad —comentó Morgan.

—Tras la muerte de la mujer, corrió el rumor de que Spurlock había hecho un casino de lujo junto a la piscina. Los federales infiltraron a un agente de incógnito que descubrió que Spurlock era un estafador y que dirigía varias operaciones ilegales de juego. Pero el juez desestimó los cargos y los federales tuvieron que retractarse. Sin embargo, todavía quieren a Spurlock y también lo quiere el Departamento de Policía de Oklahoma.

—¿Por el juego?

—Por asesinato.

—¿Asesinato? —intrigada, Morgan se inclinó hacia delante—. ¿De quién?

—La primera persona fue un jockey llamado Frankie Isom. Algunas horas antes de que lo mataran, participó en una carrera de caballos millonaria, consiguiendo la victoria.

—¿Por qué lo mató Spurlock?

—No estamos seguros.

—Has dicho que Isom fue la primera persona asesinada. ¿Cuántos más hay?

—Cinco que sepamos. Una mujer llamada Krystelle Vander y un hombre llamado George Jackson, director del departamento de seguridad de Remington. Parle Jackson era un agente retirado del Departamento de Policía de Oklahoma —a Morgan le pareció ver cierta emoción en los ojos de Blade, pero sólo duró un segundo—. Krystelle Vander era la amante de Spurlock —continuó Blade—. Tenía una casa en la ciudad, pero pasaba la mayor parte del tiempo en la mansión de Spurlock. Era adicta a las apuestas. Fútbol, béisbol, caballos, casinos... apostaba a lo que fuera. Unas semanas antes de que muriera, el jockey Vander le dijo a un amigo que estaba

preocupada. Spurlock pensaba abandonarla por una mujer más joven. Dijo que le había dado los mejores años de su vida y que no iba a dejarlo irse tan fácilmente.

—¿Y la abandonó?

—Eso parece. Había conocido a George Jackson y sabía que era un policía retirado. El día que los asesinaron, ella lo llamó a su oficina. Lo sabemos porque Jackson tomó notas en el ordenador mientras hablaba con ella por teléfono. Estaba histérica y repetía que Spurlock había roto con ella. Dijo que tenía pruebas de que Spurlock había asesinado al jockey y Jackson le propuso que se vieran. Encontraron sus cuerpos en el aparcamiento de un almacén abandonado.

—Supongo que interrogarían a Spurlock —dijo Morgan.

—Sí. Confirmó que había roto con Vander y dijo que había estado en casa la noche en que los asesinaron, jugando al póquer con otros tres tipos. Los hombres confirmaron su coartada.

—¿Los crees?

—Creo que jugaron al póquer. Pero como a las víctimas las asesinaron en otro lugar distinto a donde encontraron los cuerpos, sospecho que Spurlock cometió los crímenes o estaba detrás de ellos.

—¿Por qué?

—Los registros telefónicos de Vander demuestran que llamaba con regularidad a sus contactos de apuestas en Reno, Las Vegas y Atlantic City. También hizo varias llamadas a un número local. Cuando los policías lo marcaron, se encontraron con una grabación que simplemente decía que dejaran un mensaje. El número corresponde a Emmett Tool, un antiguo contable diplomado y ex convicto que cumplió condena acusado de apostar ilegalmente. Tool dijo que usaba el teléfono para sus negocios de contabilidad. Los detectives de homicidios se interesaron por él cuando descubrieron que le llevaba la contabilidad a Spurlock.

Morgan asintió, asimilando toda la información.

—¿Sospechan que Tool también está involucrado en los

asesinatos? —preguntó.

—No lo saben, pero piensan que por lo menos, puede tener pruebas que incriminen a Spurlock en el juego. Según el acuerdo que firmó al salir de prisión, tenía que presentar los recibos del juego al oficial encargado de su libertad condicional. Ahí fue donde entró mi unidad y cuando empecé a vigilar a Tool. Después de presenciar varias transacciones en las que se reunía con jugadores conocidos e intercambiaba dinero, lo interrogué.

—¿Implicó a Spurlock en los asesinatos?

—Quiso hacerlo. Tool tiene esposa y un hijo a quien mantener, así que está deseando no volver a la cárcel. Su abogado consiguió un trato: el testimonio de Tool involucrando a Spurlock en los tres asesinatos y en las apuestas ilegales a cambio de inmunidad. Como Spurlock estaba violando las leyes federales sobre el juego, llamamos al FBI y como parte del trato, hicimos que Tool se mudara a un hotel para interrogarlo. La primera mañana que estuvo allí, el servicio de habitaciones le llevó el desayuno. Cuando llegué para hacer mi turno, encontré a dos agentes del FBI muertos por envenenamiento, pero no había ni rastro de Tool. La teoría es que Spurlock se enteró de que Tool estaba a punto de hablar, arregló lo del envenenamiento y secuestró a Tool.

—¿Crees que Tool está muerto?

—Sé que lo está. Una semana después de desaparecer, encontramos un cuerpo quemado. Las piezas dentales confirman que era Tool —Blade se separó del escritorio y se sentó en la silla que había al lado de la de Morgan—. Y ahora no tenemos nada sólido contra Spurlock.

—¿Y dónde entra nuestra farsa de marido y mujer?

—Según las notas que tomó George Jackson en su ordenador, Krystelle Vander estaba demasiado asustada para salir de la mansión de Spurlock con las pruebas que había encontrado del asesinato de Isom. Le dijo a Jackson que las había ocultado en el dormitorio de



color dorado. Y tal y como están las cosas, el asesinato de Isom es el único en el que tenemos alguna oportunidad de atrapar a Spurlock. Para hacerlo necesitamos las pruebas de Vander.

—¿No puedes conseguir una orden para registrar el dormitorio?

—No cuando no tenemos ni idea de qué tipo de pruebas son. Además, la mansión de Spurlock es una fortaleza, lo que significa que la mejor opción es nuestra historia de marido y mujer. Tenemos que conseguir que Spurlock nos invite a entrar.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso?

—La mansión que hay junto a la suya perteneció a un petrolero que cavó demasiados pozos secos y se arruinó. El banco se quedó con la casa, los muebles y todas las pertenencias personales y ha accedido a dejarnos usar el lugar gratis. Tú y yo nos mudaremos allí.

—¿Juntos?

—Sí —Blade elevó un lado de la boca en una mueca—. La mayoría de los matrimonios viven bajo el mismo techo —Morgan se quedó callada—. Relájate, McCall. La casa no es tan grande como la mansión de Spurlock, pero tiene tres pisos y un montón de habitaciones y baños. Incluso tiene un pequeño gimnasio. Lo único que tendremos que compartir es la cocina. Me aseguraré de que haya suficiente comida en el congelador para poder hacerla en el microondas. Si quieres comer otra cosa, tráete tu propia comida.

—Lo haré. Pero ¿por qué yo? Aún tengo que patrullar las calles. El Departamento de Policía de Oklahoma tiene montones de agentes femeninas con experiencia. ¿Por qué me han elegido a mí para esta misión?

—Porque la experiencia que tú tienes es única.

—¿Y cuál es?

—En primer lugar, tus conocimientos de jardinería. En especial, el cultivo de rosas.

Morgan parpadeó, sorprendida.

—¿Jardinería? ¿Rosas?

—Tu madre tiene el mayor negocio de jardinería de la ciudad. Cuando eras joven trabajaste allí los fines de semana y durante las vacaciones. Y antes de ir a la universidad, trabajaste una temporada a tiempo completo.

—Parece que has hecho un buen trabajo investigándome.

—Así es. Bienvenida a las misiones de incógnito.

—¿Y qué tiene que ver mi experiencia con las rosas con esta misión?

—Spurlock heredó de su abuela la pasión por las rosas. En su mansión tiene cientos de rosales y ha cultivado nuevas variedades que han ganado numerosos premios. Tu conocimiento y tu gusto por las rosas lo atraerán hacia ti. Hacia nosotros —Blade hizo una pausa—. Tú puedes hablar sobre rosas con Spurlock y nunca te pillaré, porque sabes de lo que estás hablando. Ninguna otra agente puede hacerlo.

—Hay otras dos. Mis hermanas. Carrie y Grace son las dos agentes del departamento y también crecieron trabajando en el negocio de mi madre. Debiste darte cuenta cuando me investigaste.

—Y lo hice.

Ella frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no hablas con alguna de ellas sobre esta misión?

—Ya he pensado en las dos. De hecho, Grace y yo trabajamos juntos en una misión de incógnito hace años. Es una buena policía, y preferiría tenerla a ella en este caso. Desafortunadamente, ni Carrie ni ella son adecuadas para esta operación.

—¿Por qué?

—Una es morena y la otra pelirroja. Yo necesito una rubia.

—Se pueden teñir el pelo.

—Es cierto, pero ninguna de tus hermanas puede conseguir esos centímetros de más que tú tienes de altura.

Morgan reconoció que Blade tenía razón. Carrie y Grace habían

heredado la constitución pequeña y delgada de su madre, mientras que ella tenía la altura de su abuela paterna.

—Sólo porque sean unos centímetros más bajas que yo, no quiere decir que no sean capaces de hacer el trabajo.

—Yo no he dicho eso. Pero hay otras cosas a tener en cuenta.

—¿Cuáles?

—Tú eres nueva en el cuerpo y nunca has estado en la calle. Nunca has podido multar a Spurlock o a alguno de sus hombres, ni han podido verte de uniforme. Con Carrie o con Grace habría que correr ese riesgo y no pienso hacerlo. Además, Spurlock siente debilidad por las rubias bonitas de largas piernas. Podría decirse que las cultiva, igual que hace con las rosas. Tú cumples los requisitos físicos de su mujer ideal y además compartes su pasión por las rosas. Con un poco de suerte, lo fascinarás.

Mientras hablaba, la mirada de Blade la escudriñó desde los pies, pasando por las piernas y los pantalones cortos de gimnasia hasta llegar a lo alto de la cabeza, donde ella se había recogido el cabello en un moño.

—Eres exactamente lo que necesito para llamar la atención de Spurlock —continuó—, y para mantenerla.

El intenso estudio al que Blade la había sometido casi le puso la piel de gallina.

—¿Y se...? —hizo una pausa cuando le tembló la voz—. ¿Se supone que vamos a llamar a su puerta y a presentarnos como sus nuevos vecinos? ¿Y que cuando vea que soy una rubia de piernas largas nos invitará a entrar?

—No es tan fácil. No llamaremos a su puerta. Después de que el juez desestimara los cargos que había contra él relacionados con el juego, Spurlock no cerró el casino. Lo hizo inexpugnable. Construyó un muro de ladrillo de cuatro metros de alto alrededor de la propiedad e instaló sensores de movimiento y cámaras de seguridad. La única forma de entrar es atravesando la verja de hierro que

bloquea el camino que lleva a su casa y la verja está vigilada por guardas con dóbermans. Sólo entran los amigos de Spurlock.

—¿Y esperas que baje la guardia porque somos sus vecinos? ¿Esperas que nos invite a cenar y tal vez a jugar? Y entonces, una vez dentro, buscaremos las pruebas que Vander ocultó en el dormitorio, ¿no es así?

—Exacto —Blade entornó los ojos—. Haces que suene fácil, pero no lo será. Va a llevar tiempo y no podemos mostrar impaciencia. Nos mudamos, nos ocupamos de nuestros propios asuntos y llamamos la atención de Spurlock de forma que pueda sentirse cómodo, incluso curioso. Tarde o temprano se acercará a nosotros.

—Y esperas que mis atributos físicos aceleren el proceso.

—Spurlock no es ciego —dijo Blade antes de inclinarse hacia delante y tomar un sobre que había en una esquina del escritorio—. Aquí también tienes fotos de la mansión a la que nos vamos a mudar. Tiene una piscina y montones de flores. Están en mal estado, porque nadie las ha cuidado desde que se declaró la bancarrota. Quiero que pases la mayor parte del tiempo trabajando con ellas.

—Si podemos permitirnos tener una mansión, ¿no podemos pagar a un jardinero?

—Sí, pero tú, Morgan Donovan, sientes pasión por las flores. Prefieres pasar varias horas cada día trabajando en los jardines. Por supuesto, vestida de forma que llame la atención de Spurlock.

Morgan enarcó una ceja.

—No hay muchas mujeres que lleven ropa ajustada y tacones de aguja mientras quitan las malas hierbas.

—Ya te daré los detalles, pero en general, debes estar atractiva —le tendió el sobre—. Aquí hay una tarjeta de crédito, el carné de conducir y la cartilla de la seguridad social con tu nombre de incógnito. Cómprate ropa adecuada y también un par de vestidos de noche. Y de camisones.

—¿Camisones?

—Cuando hayamos llamado la atención de Spurlock, él o uno de sus hombres puede presentarse en casa a cualquier hora del día o de la noche, simplemente para asegurarse de que somos quienes decimos ser. Sería difícil explicar por qué duermes con una camiseta de la academia de policía.

Morgan pasó por alto el hecho de que Blade había acertado de pleno.

Él le miró el moño despeinado.

—A Spurlock le gusta que sus mujeres lleven el pelo suelto y con peinados elaborados.

Ella ahogó un gruñido.

—¡Genial! Justo mi estilo...

—He metido algunas fotos en el sobre de él con algunas de sus mujeres, incluida Krystelle Vander. Tendrás que parecerte a ellas — Blade se puso en pie y la miró—. A grandes rasgos, ésta es la misión. ¿Crees que podrás hacerlo?

Morgan levantó la barbilla.

—No tienes que preocuparte por el trabajo que haga —agarró los sobres y se levantó—. ¿Cuándo nos mudamos?

—Dentro de una semana. Hasta entonces, tendremos que conocernos y acostumbrarnos el uno al otro mientras estudias tu pasado como Morgan Donovan. Ya que el aprendizaje también incluye conocer las costumbres de cada uno y cómo vivimos. Trabajaremos tanto en tu casa como en la mía. Mi dirección está en el sobre. Ven mañana por la mañana, a las ocho en punto. Al día siguiente trabajaremos en tu casa.

—Mi familia —dijo Morgan—. Tengo que decirles que no se presenten a la graduación y por qué. Además, Carrie, Grace y yo vivimos juntas. Si desaparezco de repente, llamarán a la caballería.

—Bien pensado. Ya que tu familia está compuesta en su mayor parte de policías, puedes decirles que te han asignado una misión de incógnito conmigo. Pero no les cuentes los detalles.

—Bien —dijo ella y empezó a darse la vuelta para salir del despacho.

—Morgan —Blade la agarró del codo, obligándola a mirarlo—. Hay algo más a lo que tienes que acostumbrarte.

—¿El qué? Oye... —sacudió la barbilla cuando Blade se la tomó con una mano.

—Mi tacto. Recuerda que somos marido y mujer. Tienes que acostumbrarte a mi tacto y yo al tuyo.

Sus dedos eran cálidos y algo se tensó en el vientre de Morgan. No podía imaginarse nada más peligroso que tocar a Blade.

—Está bien. No hay problema.

—Es esencial que te metas en tu papel. Somos un matrimonio que se adora —la soltó y le estudió el rostro—. El hecho de que nos toquemos no tiene que ser un problema, especialmente si Spurlock está mirando.

—Mensaje recibido —dio un paso atrás y después otro. Respiraba con dificultad y el pulso se le había acelerado. Las manos le temblaron un poco cuando agarró los sobres—. Te... veré mañana.

Él la observó como si quisiera leerle los pensamientos y Morgan temió que se diera cuenta de cuánto la alteraba su presencia.

Blade asintió levemente con la cabeza.

—Mañana, Morgan. Y después habrá muchos más mañanas.

## Capítulo 3

Dos días después, Alex llamó al timbre de la casa de dos pisos de las hermanas McCall. El porche era acogedor, con flores y plantas por todas partes.

En cuanto a jardinería, las hermanas McCall eran unas expertas, pensó Alex con satisfacción, esperaba que los conocimientos de Morgan, coronados con sus atributos físicos, contrarrestaran su falta de experiencia en misiones de incógnito. Su sexto sentido de policía le decía que así sería; si no, no estaría en aquel porche, esperando a que una rubia de largas piernas le abriera la puerta.

Cuando estaba a punto de llamar por segunda vez, la puerta se abrió.

—Justo a tiempo —dijo Morgan.

No sonreía ni fruncía el ceño; simplemente lo observaba.

—Siempre llego a tiempo cuando se trata de trabajo.

—¿Y cuando no estás trabajando? —preguntó ella mientras se apartaba para dejarlo pasar.

Nada más entrar Alex percibió el aroma de naranjas, especias y pan horneado. La boca se le hizo agua.

—Entonces llego tarde.

Ella cerró la puerta y se giró para mirarlo.

—Eso es una mala costumbre. Hace que la gente piense que no valoras su tiempo.

—Tienes razón. Y te darás cuenta de que tengo otras malas costumbres, una de las razones por la que estoy aquí, para que las conozcas antes de que nos vayamos a vivir juntos.

—¿Y hay muchas?

—Suficientes.

Igual que el día anterior, cuando habían trabajado en el apartamento de Alex, Morgan llevaba pantalones cortos y una camiseta amplia que camuflaba su figura. Su largo pelo rubio estaba recogido en una coleta, resaltando sus pómulos y la barbilla. Tenía la piel ligeramente bronceada y con el rostro libre de maquillaje, parecía más una adolescente que una mujer de veintidós años.

—¿Has desayunado? —le preguntó.

—No.

Había pensado parar a tomar un café, pero eso lo habría hecho llegar tarde.

—Tengo magdalenas en el horno y estaba a punto de preparar café —mientras hablaba se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y luego las volvió a sacar—. ¿Quieres un poco?

«*Ahí está*», pensó él. Ni los ojos ni la expresión de Morgan delataban sus emociones, pero su lenguaje corporal lo decía todo. Casi podía sentir la alteración que su presencia le provocaba. No podrían convencer a nadie de que eran marido y mujer a no ser que descubriera el modo de hacer que se relajara con él.

—Si lo que huele tan bien son las magdalenas, me encantará desayunar contigo —enarcó una ceja—. ¿Te diste cuenta ayer de cómo tomé el café?

—Solo —contestó ella.

—Exacto.

—Ya veo. Estabas comprobando mis dotes de observación.

—Y no será la primera vez.

Alex se descubrió analizando su propia observación cuando su mirada se deslizó por las caderas de Morgan. Caminaba con movimientos elegantes que él atribuyó a la altura y a su constitución delgada, y a aquellas piernas interminables con las que más de un hombre desearía ser abrazado.

Desconcertado por sus pensamientos, levantó la mirada y se



obligó a concentrarse en el trabajo. La regla número uno de las misiones de incógnito, era mantener la distancia emocional. Morgan McCall y él, tenían un importante trabajo entre manos y él era demasiado profesional como para dejar que el deseo sexual le enturbiara el pensamiento.

—No hace falta ser un genio para recordar como tomas el café: no tenías leche ni azúcar en la cocina.

—Buena observación. Nunca voy a comprar hasta el último momento y así es más fácil beber café solo.

—No ir a comprar es otra mala costumbre. Eso significa que probablemente tomas demasiada comida preparada y que te faltan frutas y verduras.

—Si sigues cultivando tus dotes de observación, llegarás a ser detective en poco tiempo.

—Ése es el plan.

Eso no era una sorpresa, pensó Alex. Todas las mujeres que destacaban en la academia tenían las miras puestas en altos cargos. Perfecto. Que le pusieran un escritorio y la llenaran de papeleo; él prefería enfrentarse con cien criminales antes que pasar un solo minuto estudiando los presupuestos y la política del departamento.

Avanzó por el pasillo y vio que las habitaciones eran las típicas de una casa antigua: pequeñas, con techos altos y muchas ventanas para dejar pasar la luz. La distribución también era convencional. Un salón a la derecha, un pequeño comedor a la izquierda y una escalera de madera al final del pasillo. El mobiliario era de tonos neutros y el color lo ponían algunas piezas de color rosa y gris. Por todas partes había plantas y flores en jarrones y macetas.

—Bonita casa —comentó.

—Gracias. Yo me encargo del patio y la decoración es obra de Grace —al final del pasillo Morgan giró a la izquierda—. Ahora es difícil de creer, pero este lugar era un basurero cuando Carrie y yo lo compramos.

—¿Lo arreglasteis vosotras o contratasteis a alguien? —preguntó mientras la seguía a la cocina, donde una fila de cazuelas de cobre y de sartenes colgaban sobre una pequeña isla. Junto a la ventana había una hilera de pequeñas y coloridas macetas que debían de ser hierbas.

—Fue un proyecto familiar. Mis abuelos, mis padres, mis tres hermanos y Grace se encargaron de la reforma —mientras hablaba, le indicó que se sentara en uno de los taburetes altos que había junto a la isla—. Carrie y yo firmamos los papeles de la casa el mismo día que el marido de Grace murió en acto de servicio. Era el teniente Ryan Fox. ¿Lo conocías?

—Vagamente. Conozco a tus tres hermanos e hice un pequeño trabajo de incógnito con Grace. Ryan y yo nunca coincidimos en el trabajo —se sentó en un taburete y dejó el sobre que había llevado junto a unas carpetas—. He oído que era un buen policía.

—El mejor. Y un cuñado fantástico. Perderlo...—se le quebró la voz y Alex pudo sentir la pena en sus ojos azules—. Todos lo pasamos fatal. Tener esta casa en la que trabajar y hacerlo juntos fue una especie de catarsis para la familia —paseó la mirada por la habitación—. Cuesta creer que ya han pasado tres años.

—¿Cómo está Grace? —preguntó Alex suavemente.

—Mejor. Terminó vendiendo su casa y mudándose aquí, con Carrie y conmigo. Es bueno que no esté sola.

—Es una suerte que os llevéis bien.

—Somos las típicas hermanas. Vivimos en armonía hasta que Carrie empieza a desperdigar el maquillaje, los tubos, los frascos y las pociones por el cuarto de baño. ¿Y tú? —preguntó mientras preparaba la cafetera—. ¿Tienes hermanos o hermanas?

—Soy hijo único.

Y el día en que un asesino le metió una bala a George Jackson en la cabeza, Alex había perdido a la única persona que se había preocupado por él.

Jamás olvidaría la visión del cuerpo de George, tirado en un sucio aparcamiento, ni el día en que el ataúd del hombre que había sido como un padre para él se hundió en la tierra. Sintió dolor en el corazón, una pena de la que sabía que nunca se recuperaría. Carlton Spurlock había apretado el gatillo o había ordenado a otros que lo hicieran, así que sus manos estaban manchadas de sangre. Era culpable y él se ocuparía de que respondiera por sus crímenes. No importaba cuánto tiempo le llevara, ni cuánto le costara, porque atraparía a ese bastardo.

Entornó los ojos y miró a Morgan, que estaba sacando del horno una bandeja llena de magdalenas. Aquella mujer era el arma que utilizaría para llevar a cabo sus propósitos.

—Espero que te gusten —dijo mientras echaba un poco de jarabe de naranja sobre cada magdalena—. Es una receta nueva que quería probar.

—A juzgar por cómo me están sonando las tripas, no tienes que preocuparte por si me gustan —se echó un poco hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho—. Tus puntuaciones en la academia son las mejores. Haces café y magdalenas caseras sin ningún esfuerzo. Y además está tu habilidad de jardinera. ¿Hay algo que no hagas bien?

—Ya no.

—¿Ya no?

—Es una larga historia —puso un par de platos con magdalenas y las tazas de café sobre la isla y se sentó en otro taburete, junto a él—. Si quiero aprender a hacer algo, tomo un libro, leo las instrucciones y después lo hago —se encogió de hombros y tomó un sorbo de café—. Paso a paso, como todo.

—Visto de esa forma, es como si todo fuera muy fácil.

—Eso es exactamente lo que pienso.

La aparente tendencia de Morgan de hacerlo todo al cien por cien hizo que Alex la comparara con otra mujer. Una mujer motivada por una necesidad ardiente de destacar en su carrera, de ser la mejor en

todo, en cualquier cosa, costara lo que costara.

Aun después de tanto tiempo, lo invadía la amargura al pensar en el fracaso de su matrimonio. Nunca olvidaría la traición y el daño que había sentido cuando su falta de deseo de ascender en los puestos policiales le había costado el desdén de la mujer que había amado.

Tomó un sorbo de café, que era el mejor que había probado en su vida y pensó que debería estar contento porque Morgan compartiera las mismas ambiciones que Paula. Así le resultaría más fácil concentrarse en el peligroso trabajo que debían realizar.

—El problema de eso es que no todo viene con instrucciones — dijo Alex, saboreando una magdalena... y sintiéndose en el cielo. Sí, aquella mujer había aprendido a cocinar—. Y aunque así fuera, seguiras no es siempre lo más inteligente.

Ella terminó su magdalena y bebió un poco de café.

—¿Qué me dices de la biografía detallada de Morgan Jones que me hiciste escribir ayer?

—¿Qué pasa con ella?

Morgan agarró una carpetilla que había cerca de su plato y la abrió. Alex reconoció el cuadernillo que ella había usado el día anterior para tomar notas en su apartamento. Su escritura era precisa, con letras angulares. Exactas.

—La biografía empieza con el nacimiento ficticio de Morgan Jones. Sigue con una infancia normal y después ella se muda a Las Vegas, donde trabaja sirviendo cócteles. Allí conoce a Alexander Donovan. Lo suyo fue una atracción instantánea, que rápidamente se convirtió en deseo y después, en amor. Se casaron hace un mes y pasaron la luna de miel en un complejo turístico de la costa norte del lago Tahoe.

—¿Y...?

—Me dijiste que incluyera todos los detalles que se me ocurrieran para hacer de ella una persona real Y que memorizara esos detalles, que los repasara hasta que fuera capaz de pensar y actuar como lo

haría ella. Así que ¿no es la biografía de Morgan Jones Donovan mi manual de instrucciones para esta misión? ¿No tengo que usarla como un actor haría un guión?

—No exactamente.

Alex se giró en el taburete para mirarla de frente y rozó sus piernas contra las de ella a propósito. E inmediatamente, sintió que ella se tensaba.

Se dijo a sí mismo que la irritación que sintió se debía al hecho de que la reacción de Morgan podría meterlos en problemas durante la misión. Tendrían que trabajar el lenguaje corporal.

—Un actor no puede salirse del guión —continuo—. Tiene que dar una respuesta determinada que está pensada para conseguir la reacción que se espera. Sin sorpresas. Todo el mundo sabe el final incluso antes de haber empezado, pero ése no es nuestro caso.

Alex la miró y vio que se apretaba las manos con fuerza sobre el regazo. Tenía los hombros tensos, rígidos como el acero. No era una buena señal. Se acercó un poco más, deseando poder leerle los ojos, pero eran fríos e impersonales. Al menos era capaz de evitar que sus sentimientos se reflejaran en su cara. Era el lenguaje corporal lo que necesitaba mejorar, y urgentemente.

—Cuando se trata de trabajar de incógnito, no hay nada parecido a un guión —siguió diciendo Alex—. Tendrás un escenario general en el que aparecerán sorpresas inesperadas. No sabrás lo que va a pasar ni cómo. Lo más importante que tienes que recordar, es que si te equivocas, no habrá un público que te tire tomates, sino unos tipos que disparan balas de verdad —ella asintió con la cabeza y Alex sacó varias fotografías del sobre que había llevado—. Como te dije el otro día, sabemos por las notas que tomó George Jackson que Krystelle Vander lo había llamado. Estaba histérica porque Carlton Spurlock había cortado con ella. Le dijo a Jackson que tenía pruebas de que Spurlock estaba detrás del asesinato del jockey y él le sugirió que quedaran. Después abandonó su oficina —le pasó a Morgan las fotos

—. No sabemos dónde se encontraron ni lo que pasó después; sólo sabemos que aparecieron muertos.

Alex estudió a Morgan mientras ella observaba las fotografías de los cuerpos encontrados en un aparcamiento de un almacén abandonado. Durante el entrenamiento, Morgan había visto fotos de escenas de crímenes, así que Alex no se sorprendió al ver que no le temblaban las manos y que contemplaba las fotos con serenidad. Escudriñó la imagen de Vander, tumbada de espaldas y completamente desnuda, excepto por unos zapatos rojos de tacón de aguja. La cara bronceada de la mujer estaba llena de moratones y su cabeza estaba girada en un ángulo imposible. Su largo cabello rubio estaba manchado de sangre seca.

Cuando Morgan tomó las fotografías de George Jackson, Alex desvió la mirada. No necesitaba verlas para recordar que una bala en la cabeza había terminado con la vida de su amigo.

—Lo conocías, ¿verdad? —preguntó Morgan con suavidad.

—Sí, lo conocía. Era el mejor policía que ha tenido este departamento.

—Lo que quiero decir es que te importaba.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Cada vez que pronuncias su nombre, hay algo en tu voz. Un cambio. Emoción.

Alex no podía decir el nombre de George sin sentir dolor en la garganta y supuso que Morgan era lo suficientemente intuitiva para darse cuenta.

—Sí, me importaba. Mucho. Me convertí en policía por él.

—¿Es él la razón por la que estás en esta misión?

—Él y las otras cinco personas a las que Spurlock ha asesinado — Alex recogió las fotos—. Quería que las vieras para que no olvidaras ni por un segundo lo que es capaz de hacer.

Morgan asintió y lo miró a los ojos.

—Después de haberlo visto, especialmente lo que le hizo a la

mujer, es difícil de olvidar —vio que Alex volvía a guardar las fotos en el sobre—. ¿Crees que fue Spurlock quien apretó el gatillo, quien envenenó a los agentes de FBI y calcinó a Tool?

—Ésas son varios de los interrogantes con los que nos vamos a enfrentar en este caso. Lo que sí sé, es que con este tipo de criminales, cuanto más dinero invierten en los asesinatos, menos probabilidades hay de que sean violentos. En otras palabras, es muy posible que quien esté detrás de todo esto tenga hombres trabajando para él que hagan el trabajo sucio, mientras que él, inmerso en su ilusión de respetabilidad, no se ensucia las manos. No estamos tratando con un chiflado que te volará la cabeza si simplemente lo miras mal; Spurlock se encuentra en la élite de la sociedad. Se codea con gente muy importante, incluso políticos. Antes de mancharse las manos, se lo pensará detenidamente.

—Pero lo hará si tiene que hacerlo —dijo ella.

—No lo dudes. No es extraño ver que un gatito se convierte en un fiero león.

—Y es con el león con el que hay que tratar, sin el guión.

—Exacto. Pero puedes hacerlo, Morgan.

Ella le sonrió.

—Espero que tengas razón.

—La tengo. Pero tienes que confiar en mí, confiar en que no dejaré que te metas en esto sin la preparación necesaria. Por eso te pedí que crearas la biografía de Morgan Donovan, porque es la única manera de que te fundas con su personalidad. Ahora la tienes en tu mente. Ése es el primer obstáculo que hay que superar.

—¿Cuál es el segundo?

—Convertirte en ella. La esposa de Alexander Donovan no puede ser alguien en quien sólo pienses cuando estés conmigo. Tienes que darle vida, ser ella.

Morgan sacudió la cabeza.

—No sé muy bien cómo hacerlo. Si me explicas cómo...

—Lo que quieres es que te dé instrucciones, como en un manual. Olvídalo. Esto tiene que ver con las emociones y los sentimientos.

—Emociones y sentimientos —murmuró ella.

—Exacto. Y tienes que empezar acostumbrándote a tenerme cerca —le puso las manos en los hombros, que seguían tensos—. Relájate —dijo con suavidad—. Ahora eres Morgan Donovan y el hombre que te está tocando es tu marido. Pero das un bote cada vez que él se acerca a ti y Spurlock se preguntará por qué.

—Tienes razón. Sé que tienes razón.

—Cierra los ojos.

Ella lo miró con recelo.

—¿Por qué?

—Porque yo soy tu marido y quien da las órdenes. Tú las acatas.

La expresión de Morgan pasó de la aprensión a la ironía.

—Ese rasgo no está en el carácter de la señora Donovan.

—No bromees con esto, Morgan. Ahora, cierra lo ojos.

—Bien.

—Ayer te enseñé unas fotos de la mansión a la que nos vamos a mudar —dijo cuando ella le hizo caso—. Estudiaste el mobiliario, los adornos, e incluso los cacharros de cocina. Viste cómo es cada habitación.

—Sí.

—Visualiza el dormitorio principal —en su propia mente, Alex vio la suntuosa habitación, decorada con papel de pared de color vainilla y una suave alfombra de color coral. La enorme cama con dosel, situada frente a la chimenea de mármol verde, era del tamaño de un pequeño lago. El cabecero de caoba hacía juego con la cómoda, el armario y las mesillas de noche—. ¿Lo ves?

—Sí.

—Ahora, visualízate a ti misma como Morgan Donovan. Es por la mañana, temprano y aún estás en la cama —suavizó la voz mientras le masajeaba ligeramente los hombros—. Te estiras como un gato y



consideras la idea de volver a dormirte. ¿Qué lleva puesto Morgan Donovan? ¿Cómo se siente? ¿Hizo algo la noche anterior que la haga sentirse de esa forma?

En cuanto pronunció esas palabras, una imagen apareció en la mente de Alex: Morgan tumbada en la enorme cama, debajo de él, moviendo su exuberante cuerpo al ritmo del suyo propio y abrazándolo con las piernas. Por primera vez en años sintió deseo por una mujer.

De repente fue consciente del silencio de la casa, de que los dos estaban solos y del calor del cuerpo de Morgan, que le llegaba a las manos a través de la camiseta.

Cuando Morgan sintió que los dedos de Alex se detenían sobre sus hombros y se tensaban, abrió los ojos. Su rostro sin afeitar y su cabello negro le conferían el aspecto de un bucanero. Pero no fue su apariencia lo que la estremeció, sino el darse cuenta de que sus ojos negros se habían detenido en su boca.

Morgan sintió que la garganta se le secaba.

¿Cómo era posible que el simple contacto de las manos de un hombre sobre sus hombros y ni siquiera desnudos, la alterara de tal forma? ¡Cielo santo, estaban trabajando! Él estaba intentando enseñarle a mantenerse viva durante una operación de incógnito y ella se estaba poniendo al rojo vivo. Sentada tan cerca de él, era imposible no sentir el calor de su cuerpo, no respirar su aroma masculino. Había pasado mucho tiempo desde que un hombre la había tocado.

No necesitaba esa clase de distracción, pensó apretando los dientes. Había devuelto su vida a la normalidad despacio, paso a paso y asegurándose de tenerlo todo bajo control. Ella controlaba su vida, se aseguró a sí misma. Pero no sus emociones.

—¿Es...? —se aclaró la garganta—. ¿Eso es todo?

Alex desvió la mirada de su boca para centrarla en sus ojos. Ella creyó ver un brillo en sus ojos oscuros, pero sólo duró unas décimas

de segundo.

—No. Cierra otra vez los ojos.

Morgan irguió la espalda un poco más y obedeció. Pensó que aquel ejercicio sería mucho más fácil si le quitara las manos de los hombros. Y si se fuera al otro extremo de la cocina, o mejor aún, al pasillo, desde donde le dijera cómo tenía que abordar la misión.

—Ahora visualiza cómo Morgan Donovan sale de la cama cada mañana.

«*Concéntrate*», pensó ella. «*Piensa en la operación*».

—Muy bien.

—¿Cómo camina? ¿Se lava los dientes? ¿Baja para prepararse café y hornear magdalenas?

«*Tal vez se salta el desayuno y se echa en tus brazos*».

El inesperado pensamiento hizo que Morgan abriera los ojos repentinamente y que se bajara del taburete de un salto.

—¿Qué demonios...?

Alex se puso en pie y dio un paso hacia ella justo cuando se abría la puerta que conectaba la cocina con el garaje.

—Vaya, buenos, días.

—¡Carrie!

Morgan intentó controlar su acelerado pulso mientras veía a su hermana enarcar una ceja. Con los labios fruncidos, Carrie los miró mientras entraba en la cocina.

No estaban haciendo nada malo, pensó Morgan. Lo único malo había sido la dirección que habían tomado sus pensamientos respecto a Alex Blade. No iba a dejar que sus hormonas la controlaran de nuevo. No después de la desgracia que había pasado y que le había hecho pasar a su familia.

Metió las manos en los bolsillos de los pantalones y apretó los puños. Alex parecía estar de lo más cómodo, con una cadera apoyada en la isla mientras bebía café. Por supuesto que estaba tranquilo y relajado, se dijo Morgan. Estaba acostumbrado a preparar a otros

compañeros para las misiones de incógnito. Estaba haciendo su trabajo.

—Carrie, éste es el sargento Alex Blade. Ya te dije que iba a trabajar con él. No sé si ya os conocéis. Estamos trabajando —no pudo evitar añadir—. Me está dando algunos consejos para la misión.

Carrie atravesó la habitación. Aunque acababa de terminar su turno de trabajo, parecía fresca como una rosa. Como siempre, su impresionante cabello de color castaño le caía en suaves ondas sobre los hombros y su ropa parecía inmaculada. Incluso el uniforme, que llevaba colgando de un brazo, parecía no tener ni una sola arruga.

Sonriendo ligeramente, le tendió una mano a Alex.

—No nos hemos conocido, pero he oído hablar mucho de ti.

Él inclinó la cabeza mientras le tomaba la mano con delicadeza.

—Espero que no haya sido para mal.

—Todo ha sido bueno. De hecho, Grace y yo nos sentimos aliviadas cuando Morgan dijo que iba a trabajar contigo.

—Me alegra oír eso —contestó él.

Carrie levantó la barbilla y husmeó el aire.

—Morgan, dime que has cocinado algo maravilloso que pueda comer antes de meterme en la cama.

Morgan dejó escapar el aliento, sin darse cuenta hasta ese momento de que había estado conteniéndolo.

—Magdalenas con jarabe de naranja —aliviada de poder hacer algo con las manos, tomó un platito de uno de los armarios—. Llévate un par de ellas arriba —dijo, poniéndolas en el plato—. ¿Quieres café?

—Más que nada. Pero si lo tomo, no pegaré ojo —le echó un vistazo al reloj—. ¿Sigue en pie nuestra cita con Grace para ir de compras esta tarde?

—Sí, nos encontraremos con ella en la alameda a las seis — cuando Carrie salió de la cocina, Morgan miró a Alex a los ojos—. Me dijiste que podía decirles algo a mis hermanas de la misión, así que

se lo dije. Las dos saben más de moda que yo, especialmente Carrie. Iremos esta tarde a buscar ropa para la misión.

—Bien —sin dejar de mirarla, volvió a sentarse en el taburete—. Morgan, ¿es por esta misión o es por mí por lo que estás tan tensa? ¿O por las dos cosas?

Con un movimiento inconsciente, Morgan se tocó la cicatriz casi invisible de la sien derecha. Su mal juicio respecto a los hombres la había llevado a tener un accidente de coche que casi había acabado con su vida. Había devuelto cada centavo que sus padres se habían gastado en las facturas que el seguro médico no había cubierto. También había tenido que devolver el préstamo de estudiante, ya que había perdido la beca de estudios al adoptar el escandaloso estilo de vida de su novio.

Y ahora, justo cuando estaba enderezando su vida, aparecía Alex Blade y la conmocionaba como sólo un hombre lo había hecho en todo su vida. Las cicatrices emocionales de aquel encuentro del pasado habían llegado mucho más hondo que las físicas.

Y aquello era bueno, pensó perversamente, porque recordar el dolor y el sufrimiento era lo que necesitaban tanto ella como sus hormonas, para dejar de pensar en Alex y concentrarse en el trabajo.

—Estoy tensa por lo inesperado de la misión —dijo—. Pensé que me graduaría con los demás y que trabajaría en la calle durante los siguientes seis meses, junto a un oficial de entrenamiento. Y sin embargo, estoy trabajando de incógnito —«*contigo*», añadió para sí.

—Ser un policía significa que no puedes dar por sentado lo que va a ocurrir, dónde te asignarán o con quién o para quién vas a trabajar. No puedes decidirlo.

—Lo sé. Es lo mismo que me dijo mi familia hace mucho tiempo —despacio, relajó los hombros, los brazos y las manos. Tenía que acostumbrarse a aquel hombre—. Entiendo lo que quieres decir sobre Morgan Donovan.

Sin dejar de mirarla, Alex tomó un sorbo de café.

—¿El qué?

—Que no es suficiente con pensar en ella. Tengo que convertirme en ella, salir de la cama como ella —se humedeció los labios y Alex continuó observándola, sin decir nada—. Debo lavarme los dientes como lo hace ella y comer como ella. Pensar como ella. Y pensar en ti como ella pensaría en su marido.

—Eso es —dijo él después de un momento—. Morgan, necesito que te pongas a mi nivel. ¿Crees que puedes conseguirlo? Nuestras vidas pueden depender de ello.

—No te preocupes. Ya conozco la misión. Spurlock es un asesino y vamos a atraparlo. Haré lo que sea necesario para conseguirlo.

—Bien —Alex desvió la mirada hacia el cuaderno donde ella tomaba notas—. ¿Lista para volver al trabajo?

—Lista.

## Capítulo 4

Días después, Alex conducía un Lincoln negro hacia el camino posterior de una casa de ladrillo, empleada a veces por el departamento como base de operaciones. El Lincoln había sido el niño mimado de un traficante de drogas de Atlanta hasta que fue encarcelado. El Departamento de Policía de Atlanta había adquirido el Lincoln y un BMW blanco descapotable gracias a un programa de pérdida de bienes. Para evitar que los vehículos fueran reconocidos por otros criminales, el Departamento los había intercambiado por dos Cadillacs, que habían pertenecido a un proxeneta, que la brigada antivicio había conseguido.

Alex detuvo el Lincoln tras el BMW descapotable. Era el vehículo perfecto para la mujer de Alexander Donovan, un hombre al que le sobraba el dinero, que había adquirido una mansión en Hampton Hills y que era un jugador empedernido.

Apagó el motor y observó el BMW a través del parabrisas. No podía imaginarse a Morgan McCall sentada tras el volante del descapotable, con la ropa amplia que solía llevar y su cabello rubio recogido.

Esperaba que hubiera comprado la ropa apropiada durante las dos salidas que había hecho con sus hermanas.

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona cuando pensó en la lista que Morgan había hecho para comprar la ropa y otros artículos. Hacer una lista no era algo malo, el problema era que le recordaba a otra mujer que hacía listas y gráficos de todo.

—¡Maldición! —murmuró mientras salía del coche.

Ya era mala suerte que la mujer perfecta para aquella misión fuera

una clon de su ex.

Los estrechos escalones de madera que conducían al porche posterior crujieron cuando los subió de dos en dos. Se acercó a la puerta mientras se retiraba el puño de la camisa de diseño que llevaba para comprobar la hora en el reloj de oro macizo que se había puesto por la mañana. Uno de los muchachos del FBI había instalado dentro varios microchips. Uno era un detector de micrófonos ocultos y otro le permitía enviar una señal de socorro.

Llamó dos veces a la puerta, hizo una pausa y después dio cuatro golpes seguidos, el código que empleaba para que el policía que estaba en el interior supiera que era uno de los suyos.

Cuando la puerta se abrió, inclinó ligeramente la cabeza al ver a la atractiva agente federal, que vestía pantalones cortos y una camiseta negra.

—Buenos días, Rackowitz.

—¿Qué tal te va, Blade?

Alex había trabajado con Sara Rackowitz varias veces en operaciones que requerían la intervención de los federales y los locales y le agradó ver que la habían elegido para que fuera el oficial de control de aquella misión. Rackowitz, una policía inteligente y capaz, estaba felizmente casada y tenía dos hijos.

—¿Todo bien esta mañana? —preguntó Alex mientras entraba en la pequeña cocina.

—Perfecto —Rackowitz se sujetó unos mechones de pelo oscuro y liso tras las orejas—. Recogí a McCall, su equipaje y unos diez sacos de comida hace un par de horas.

—¿Diez sacos?

—Sí, dijo que habías llenado el congelador de la mansión de comida preparada y que ésa no era su idea de comer bien. Así que se levantó pronto esta mañana y fue a comprar. La comida y todo lo demás, excepto una maleta, está preparado en el BMW. McCall se llevó el resto arriba. Todavía está ahí, transformándose en tu mujer.

—¿Os encontrasteis con alguno de sus vecinos cuando la recogiste?

—No vi ni un alma.

—Bien.

La tapadera de los Donovan era que eran nuevos en la ciudad, así que no quería correr ningún riesgo indeseado. Eran pequeños detalles, pero podían arruinar la operación. Aquella misión era su única oportunidad de atrapar a Carlton Spurlock por seis asesinatos y Alex no pensaba dejarla pasar.

—La furgoneta de la mudanza llegó a la mansión sobre las ocho y media —lo informó Rackowitz.

Eso no era nuevo para Alex. Antes de salir de su apartamento había comprobado que la furgoneta, en la que viajaban policías federales y locales de incógnito, había llegado a tiempo. Había planeado que Morgan y él llegaran más tarde, ya que eran una pareja rica y privilegiada que tenía dinero para hacer que los demás se lo dejaran todo preparado.

Rackowitz salió de la cocina y tomó el bolso y las llaves, que había dejado sobre una mesita de madera.

—Ya que soy la chica que se encarga del patio y la piscina, me iré y empezaré a cortar el césped.

—Recuerda que, cuando empecemos a tener actividad en la mansión, seguramente Spurlock comenzará a barrer la propiedad con sus cámaras de seguridad —dijo él.

—Me pondré mis pantalones cortos más ajustados para asegurarme de que se fija.

—Para ser una federal, Rackowitz, no eres tan mala.

—Ya. Y tú tampoco lo haces mal, para ser un local.

—Échale un ojo a Wade Crawford. Irá a la mansión esta mañana para instalar la alarma de seguridad y las cámaras.

—Lo haré.

—Antes de irte, comprobemos que mi reloj puede comunicarse



con tu busca —le echó una rápida mirada a la cinturilla de sus pantalones cortos—. ¿Dónde está?

—En el bolsillo. Vibra en vez de hacer ruidos que podrían llamar la atención.

—Bien.

Alex hizo una secuencia de clics en los botones de su reloj.

—Es como si tuviera una polilla atrapada en el bolsillo —sacó el busca y comprobó la pantalla—. Tengo tu código personal —borró la pantalla y se guardó el busca—. ¿Algo más?

—Te lo diré en un minuto.

Alex entró en el salón, amueblado con un sofá desteñido y sillones a juego que parecían sacados de un motel barato. Había un teléfono en una mesita, junto al sofá. Alex levantó el auricular, escuchó el sonido de la línea y después colgó. Crawford instalaría teléfonos en el estudio y en el dormitorio principal de la mansión de Hampton Hills; estarían conectados a aquél para tener comunicación directa. Si uno se descolgaba, los otros sonarían automáticamente. Los teléfonos especializados también actuaban como micrófonos pluridireccionales, ya que eran a la vez un sistema de seguridad y un dispositivo de escucha, casi imposibles de pinchar.

Alex se giró y miró a Rackowitz, que estaba apoyada en la puerta de la cocina. Como oficial de control, viviría en la casa base hasta que terminara la misión. Cualquier contacto que Morgan y él tuvieran que hacer con las leyes del orden lo harían a través de ella. Como Rackowitz trabajaría todos los días en la piscina de la mansión, la comunicación entre las dos partes sería fácil. Y si Alex tuviera que acudir a la casa base, siempre podrían decir que la atractiva agente Rackowitz era su amante.

—Me alegro de que te hayan asignado a esta misión —dijo él—. Es una pena que te separe de tu familia.

—Spurlock envenenó a dos agentes del FBI —al decirlo, algo frío y duro apareció en sus ojos oscuros—. Uno de ellos era amigo mío.

Esto es algo personal, Blade. Atraparemos a Spurlock.

Alex pensó en George Jackson y sintió de nuevo un pinchazo de dolor.

—Sé cómo te sientes.

—De todas formas, Frank y los chicos estarán bien sin mí. Están deseando ir a Waterworld todos los días y no tomar más que comida basura. Tendré que contratar a una cuadrilla de limpiadores cuando vuelva.

—No lo dudes.

—McCall —dijo Rackowitz, mirando la estrecha escalera que había al final del pasillo.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Estás seguro de que podrá hacer esto? Está muy verde.

—Si no lo estuviera, ella no estaría aquí.

—Sí, claro. Confío en tu buen juicio —se colgó el bolso del brazo—. Me voy a cortar tu césped y limpiar tu piscina. Os veo dentro de un rato —dijo antes de salir por la puerta trasera.

Alex desvió la mirada hacia la escalera. Era hora de echarle un vistazo a su mujer. Estaba a punto de subir cuando oyó una puerta que se abría y el ruido de pisadas en el pasillo superior. De pie en medio del salón, mantuvo la mirada fija en las escaleras, esperando a que Morgan apareciera.

Cuando lo hizo, Alex sintió que la sangre abandonaba su cerebro. Estaba claro que Morgan había comprado la ropa adecuada.

Una minifalda negra de cuero se pegaba a sus muslos como si fuera pintura fresca y dejaba al descubierto sus interminables y bronceadas piernas. Se había maquillado, pero sólo lo bastante para hacer que sus ojos azules parecieran mucho más luminosos y su boca, jugosa. Y extraordinariamente tentadora. Su cabello rubio estaba ondulado y caía en suaves cascadas sobre sus hombros, como lo harían si acabara de pasar la noche en la cama con su amante. Una noche muy larga y apasionada. El top de color azul eléctrico que

llevaba, sugería que debajo de la tela, no había más que feminidad.

Cuando Morgan lo vio parado en el salón, dudó un segundo, pero luego se dirigió hacia él.

—Espero que esta ropa esté bien. Ya que tengo que llamar la atención de Spurlock, pensé que sería mejor hacerlo en cuanto llegáramos a la mansión.

Cuando Alex consiguió tomar aire, el perfume de Morgan se metió en sus pulmones. Ella lo miró con cautela.

—¿Pasa algo?

—No —pensó que aquella mujer sí estaba hecha para conducir el descapotable—. Estás... bien.

Ella arqueó una ceja y lo miró.

—Tú también estás diferente. Totalmente distinto.

Alex se había afeitado, se había peinado como un ejecutivo y llevaba un traje de seda gris y una corbata roja.

—Alex Donovan a su servicio, señora Donovan.

Ella miró hacia la cocina.

—¿Dónde está la agente Rackowitz?

—Ya se ha ido a Hampton Hills. Estará cortando el césped o limpiando la piscina cuando lleguemos.

—Me gusta. No es como los federales de los que siempre he oído hablar.

—Aja.

Alex acababa de ver los altos tacones negros que hacían que las piernas de Morgan parecieran interminables. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que las piernas de una mujer podían considerarse una obra de arte.

Ella se pasó las palmas de las manos por la minifalda de cuero.

—Alex, me estás mirando como si no fuera lo que esperabas ver —mientras hablaba, se echó el cabello rubio hacia atrás, con un gesto sensual que hizo que a Alex se le pusiera un nudo en el estomago—. Si el aspecto de reina del porno no es lo que tenías en mente, dímelo.

Carrie me dijo cómo arreglarme el pelo y maquillarme, pero puede haberse equivocado. Y si la ropa no es la más adecuada, puedo devolverla. He conservado los recibos...

—No, eres exactamente lo que quiero —y aquello para lo que no estaba preparado. Si Morgan tenía ese efecto en él, tendría a Spurlock comiendo de su mano en cuanto la viera—. Has acertado de pleno, Morgan. Confía en mí.

—De acuerdo —le echó una mirada al Rolex de oro macizo que Alex le había dado el día anterior. También había sido modificado con los microchips—. ¿Hemos terminado aquí?

—Casi. Nos falta hacer algo antes de ir a Hampton Hills —mientras hablaba, acertó la distancia que los separaba y sacó un pequeño sobre marrón del bolsillo—. Los Donovan son marido y mujer. Llevan anillos.

—Anillos. No había pensado en eso.

—Cuando has trabajado el tiempo suficiente de incógnito, aprendes a pensar hasta en el más mínimo detalle —sacó los anillos y volvió a guardarse el sobre.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Dios santo...! ¿De cuánto es esa piedra?

—De algo más de seis quilates —sonriendo, Alex miró el anillo de oro con un diamante que brillaba en su palma—. Los de inteligencia criminal lo consiguieron, junto con los relojes, de un ladrón de joyas. Aún no han encontrado a los dueños, así que mientras, nos los han prestado.

Ella extendió una mano para tomar el anillo, pero Alex, en vez de dárselo, le tomó la mano... y sintió que se tensaba.

—Mi tacto —le recordó, consciente de lo suave que era su piel—. Tienes que acostumbrarte a que te toque, Morgan.

—Lo sé. Lo estoy intentando.

—Y yo tengo que acostumbrarme a ti —añadió.

Le puso el anillo en el dedo, sintiendo los nervios de Morgan.

—Me queda bien —dijo ella, forzando la voz para que pareciera despreocupada—. Debí imaginármelo.

Empezó a apartarse de él, pero Alex dijo:

—Yo también tengo un anillo —se metió la mano en el bolsillo y sacó la alianza de oro que una vez había simbolizado las promesas que le había hecho a otra mujer. Ahora era un recordatorio de un tremendo y doloroso error.

Pudo sentir la cautela de Morgan cuando tomó el anillo de su palma. En cuanto se lo puso en un dedo, se apartó.

—¿Ya está? ¿Somos oficialmente los Donovan?

Él la miró a los ojos y vio nerviosismo y otra emoción que no pudo definir.

—Sí, ya está.

—Muy bien. Recogeré mi maleta del dormitorio.

—¿Necesitas ayuda?

—No, bajaré enseguida.

Dejando escapar un suspiro, Alex la vio subir las escaleras, balanceando las caderas sensualmente. Cuando sintió una punzada de deseo sexual, supo que se estaba metiendo en terreno peligroso. No pensaba dejar que ninguna mujer volviera a adueñarse de él hasta que lo único que le quedara fuera dolor. Entornó los ojos. Morgan McCall tenía algo que no podía definir que podía adueñarse de él, aunque no quisiera.

Se dijo que la distancia era la solución para que eso no ocurriera. Era una pena que estuvieran a punto de irse a vivir juntos.

Hundió las manos en los bolsillos de los pantalones y murmuró una maldición. Tendría que hacer una actuación digna de un Oscar para tener éxito en aquella misión.

Con la capota bajada del BMW, Morgan sentía la cálida brisa de junio en el rostro mientras seguía al Lincoln negro de Alex, atravesando el impresionante vecindario. Se había criado en un barrio de clase media de Oklahoma y jamás se había imaginado a ella

misma como la propietaria de una de aquellas enormes casas que costaban millones de dólares.

Ni se había imaginado que se casaría, de forma fingida o de cualquier otra manera, con un hombre como Alexander Blade. «*Donovan*», se corrigió mentalmente.

Se ajustó las gafas de sol sobre el puente de la nariz mientras se fijaba en el hombre que conducía el coche que la precedía. Escrupulosamente peinado, afeitado y vestido con ropa cara, parecía el padrino de un imperio de la Mafia. Un hombre frío, calculador y peligroso con quien una mujer nunca podría sentirse totalmente segura.

En su mano izquierda, el diamante brillaba a la luz del sol, arrojando destellos en todas direcciones. Sólo ante sí misma admitiría que no estaba segura de poder manejar bien aquella misión. Ella funcionaba mejor con normas. Normas sólidas, guías estables. Pero en el trabajo de incógnito no existían; allí no había más que juegos e ilusiones, humo y espejos. Mentiras y decepción. Sólo hacía falta un minúsculo agujero para que alguien pudiera mirar a través de él y descubrir toda la verdad.

¿Y si fallaba? ¿Y si Spurlock descubría que estaba actuando? Aquel hombre era un monstruo que había asesinado al menos a seis personas, tres de ellos policías. Se aferró al volante con fuerza al pensar que cualquier error podría ponerlos en peligro. O peor aún, podrían resultar heridos... o terminar muertos.

—Ya basta —se ordenó a sí misma—. Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo.

Spurlock era un asesino y Alex y ella tenían que atraparlo. Y además, aquella misión era una gran oportunidad para su carrera. Si lo hacía bien, podía ascender rápidamente.

Cuatro manzanas más adelante, el intermitente del Lincoln se encendió. Morgan había visto muchas fotos de la mansión de Hampton Hills a la que Alex y ella se iban a mudar, pero ninguna

fotografía la había preparado para lo que tenía delante.

—¡Cielos! —murmuró mientras se metía en el camino de entrada flanqueado por enormes robles.

El Lincoln avanzó un poco más y finalmente se detuvo a unos metros de una gran furgoneta blanca de mudanza. Ya que el banco se había quedado con la casa y todo el mobiliario, los policías, vestidos con monos azules que llevaban un logo de una compañía de mudanzas en la espalda, sólo estaban descargando algunas piezas de mobiliario que los federales habían equipado con compartimentos secretos. El resto de la furgoneta lo habían llenado con cajas de cartón de varios tamaños, la mayoría vacías.

Morgan detuvo el BMW frente a un enorme porche con columnas. «*Maceteros*», pensó automáticamente. El porche parecería mucho más acogedor con unos grandes maceteros llenos de plantas ornamentales a cada lado de las impresionantes puertas principales.

Apagó el motor y sin salir del coche, se quedó mirando la enorme mansión de tres pisos. Alex había intentado hacerle comprender lo cómodos que debían sentirse los agentes de incógnito con su tapadera. «*Cómodos*», pensó mientras empezaba a sentir pánico. Jamás podría sentirse cómoda fingiendo ser la dueña de aquella casa con enormes habitaciones, gruesos muros y brillantes suelos de madera. O siendo la mujer del hombre que compartiría con ella esas habitaciones.

—Querida... —la voz profunda de Alex le arrancó la mirada de la casa. Como si pudiera sentir su pánico, Alex le puso una mano sobre la suya, que aún agarraba con fuerza el volante. Su tacto era firme, seguro y cálido—. ¿Todo va bien?

Ella lo miró y sus gafas de sol le devolvieron su propia imagen. No fue a Morgan McCall a quien vio, sino a Morgan Donovan. Empezó a tranquilizarse. Conocía a aquella mujer por dentro y por fuera, se recordó. La esposa de Alexander Donovan, sexy con el pelo arreglado, ropa ajustada y un diamante de seis quilates se sentiría

infinitamente cómoda en aquel ambiente. Y con el hombre que se lo había proporcionado.

Mentalmente se metió dentro de su papel y le dirigió a Alex una sonrisa.

—Las fotos que me enseñaste no le hacen justicia. Es mucho más bonita al natural.

—Así es —con su mano todavía sobre la de Morgan, abrió la puerta del vehículo y la ayudó a salir del BMW. Cuando ella quiso liberar su mano, Alex enlazó los dedos con los suyos, la acercó a él y deslizó la mano libre por su garganta—. Acabo de usar el reloj para hacer una inspección. Por el momento, no hay vigilancia de audio —murmuró. Morgan podía sentir su aliento en la mejilla—. Pero varias de las cámaras que están sobre el muro de ladrillo, detrás de mí, apuntan a esta dirección. Ten cuidado con lo que dices; alguien podría leernos los labios.

Morgan no sabía si era el roce de las manos de Alex sobre su piel o la certeza de que los estaban vigilando, o tal vez las dos cosas, lo que hizo que le diera un vuelco el corazón. Intentando normalizar la respiración, se ajustó las gafas de sol mientras miraba por encima de su hombro.

La propiedad de Spurlock estaba rodeada por un alto muro de ladrillo coronado por cámaras de vigilancia, detectores de movimiento y otros sensores. Desvió la mirada de las cámaras y volvió a dirigirla a Alex. Se quedó helada al instante, consciente de que si levantaba la barbilla, su boca quedaría sobre la de él. Permaneció inmóvil mientras el cálido aroma de la colonia masculina penetraba en sus pulmones. ¿Cómo sería, se preguntó, acortar esa distancia prohibida? ¿Cómo sería deslizar los labios sobre esa boca amplia y generosa? ¿Su sabor sería tan peligroso como su aspecto?

El repentino ruido de un motor cortó sus pensamientos. Morgan dio un vacilante paso atrás y después otro, obligando a Alex a que retirara la mano de su garganta. Sin embargo, siguió tomándole la



mano.

—Es la persona que se encarga del césped —dijo con indiferencia al ver a la agente Rackowitz con una cortadora de césped—. Se llama Sara Jones. Tenía muy buenas referencias, así que la contraté. También limpiará y mantendrá la piscina y si no puede hacerse cargo de otros trabajos, buscará a alguien para que los haga.

—Diría que te sientes afortunado por haberla encontrado.

—Así es como me siento.

Morgan se frotó la zona de la garganta donde la había tocado y sintió que el pulso se le aceleraba. «*Concéntrate en el trabajo*», se dijo, el trabajo para el que había sido elegida no sólo por su aspecto, sino también por su conocimiento de plantas y flores. El juego, pensó, había comenzado.

Enderezándose, paseó la mirada a su alrededor, fijándose en la hierba.

—Alex, el césped está horrible.

Él siguió su mirada.

—¿En serio?

—¡Míralo! Está completamente seco —liberando por fin la mano, se acercó al camino de entrada y clavó la puntera de uno de sus zapatos en el suelo—. Este tipo de hierba debería estar mucho más espesa y mucho más verde. Necesita nutrientes y fertilizante. Por no hablar del agua. Montones de agua.

—Hablaré con Sara. Puede que necesites darle instrucciones precisas sobre... nutrición de césped.

—Cuenta con ello —girándose, Morgan centró su atención en los enormes parterres que había a cada lado del porche—. ¿Es que nadie del banco se ha dado cuenta de que es junio y de que hace calor?

Alex cruzó los brazos sobre el pecho y los gemelos dorados de su camisa brillaron al hacer el gesto.

—El tiempo no era uno de los temas de conversación cuando me reunía con el departamento de bancarrota.

—Supongo que habría sido demasiado pedir que un puñado de contables pensarán en conectar los aspersores —observó el parterre más cercano, que estaba lleno de hierbajos y de un grupo de flores identificables—. Todas estas flores han muerto por falta de agua. Al menos, las azaleas, las hortensias y las peonías siguen vivas —se agachó y tocó una hoja mustia—. Casi —se puso las manos en las caderas y se giró para mirar a Alex—. Tendré suerte si consigo salvarlas.

—Si no lo logras, estoy seguro de que Sara nos podrá recomendar buenos viveros donde podrás comprar más flores.

Morgan hizo una mueca de disgusto.

—Primero tengo que ocuparme de la tierra. Necesita acidulante. Y rápido.

—Tú eres la experta —Alex se acercó a ella y extendió una mano—. ¿Por qué no hablamos de acidulantes más tarde? Quiero enseñarte nuestra nueva casa. Como bien dijiste, las fotografías no le hacen justicia.

—Bien —consciente de la presencia de las cámaras, Morgan hizo un coqueto movimiento con la cabeza. Era un gesto que había visto hacer a Carrie con éxito con los numerosos hombres que la rondaban—. No a todas las mujeres su marido les regala una mansión como regalo de bodas.

—No todas las mujeres lo merecen —mientras hablaba, Alex le puso las manos en las caderas y las deslizó por su estómago desnudo, deteniéndose junto debajo de los pechos. La oleada de deseo que Morgan sintió en el vientre le hizo apretar los dientes.

—Alex... —se interrumpió cuando él empezó a levantarla del suelo—. Puedo caminar.

—Sí, y lo haces bastante bien con esos tacones —comentó mientras atravesaba con ella el camino adoquinado—. ¿Qué tipo de marido sería si no atravesara el umbral con mi mujer en brazos?

Alex comenzó a subir los escalones del porche. Algunos de los

policías disfrazados de hombres de la mudanza los miraron, pero todos mantuvieron expresiones neutras mientras dejaban en el porche un escritorio antiguo y seguían sacando cajas de la furgoneta. En el césped, Sara Rackowitz, con una gorra de béisbol cubriéndole los ojos, manejaba la cortadora, concentrada en su trabajo. Todo el mundo estaba haciendo su papel de manera profesional.

Sabiendo que eso era lo que también se esperaba de ella, Morgan abrió al puño que había cerrado con fuerza y le puso la mano a Alex en la mejilla con suavidad.

—No tienes que llevarme. Pero eres muy dulce al haber pensado en esto.

—Soy un verdadero caballero —murmuró él.

Atravesó con ella las puertas dobles y entró en el vestíbulo, donde una alfombra persa cubría el suelo de mármol rosa. Se detuvo al pie de la escalera que llevaba a los dos pisos superiores, pero no hizo ademán de bajar a Morgan.

—Uno de los chicos del laboratorio que ahora está con las cajas rastreó la casa en busca de micrófonos. Está limpia. Podemos decir lo que queramos aquí dentro.

—De acuerdo —quiso escapar de sus brazos, pero él continuó sujetándola.

—Todo lo de antes lo dijiste en serio, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó ella.

—Lo que dijiste sobre el césped. Lo de las plantas, las flores y la tierra. No lo estabas fingiendo.

—No tuve que hacerlo. Todo está hecho un desastre, al borde de la muerte. Mi madre ha dedicado su vida a cuidar de las cosas. Si viera esto, le declarararía la guerra a alguien.

—Creo que su hija lo está haciendo por ella.

—Tú no creciste trabajando en un vivero ni aprendiste a respetar a las plantas y las flores. Influyen mucho en el bienestar de la gente. ¿Nunca has sentido placer al oler una rosa? ¿O al ver un jarrón con

un hermoso ramo de flores?

—La mayoría de las veces que veo flores, pienso en los funerales

—contestó Alex.

—¿Y las bodas? En ellas suele haber tantas flores como en los funerales.

—Para mí, esos dos acontecimientos tienen mucho en común.

—Veo que la señora Donovan debe andarse con ojo con su marido.

—No necesariamente. En estos momentos, él está tan cegado por el amor que no puede tener malos pensamientos sobre el matrimonio.

—¡Qué suerte para ella! —Alex le puso una mano en el muslo desnudo y ella pudo sentir la firmeza de cada uno de sus dedos sobre la piel. Demasiado cerca. Demasiado íntimo. Con los nervios a flor de piel, le puso las manos en los hombros, inclinándose hacia atrás—. Ahora no hay ninguna cámara que nos pueda ver, lo que significa que los Donovan están fuera del escenario. Puedes bajarme.

—Entendido —dijo con ligereza. La bajó al suelo y dio un paso atrás—. Has hecho un buen trabajo ahí fuera, Morgan.

Ella se pasó las palmas de las manos por la minifalda de cuero.

—Gracias.

—Le pediré a uno de los hombres que suba arriba nuestros equipajes y que guarde tu comida en la cocina. Después te enseñaré la casa.

Ella se quitó las gafas de sol y echó una mirada alrededor. Las paredes estaban cubiertas de papel de color azul pálido y había unas cuantas mesitas apoyadas contra las paredes. Colgada del techo, una pequeña lámpara de araña les proporcionaba luz.

—A juzgar por el tamaño del vestíbulo, te llevará un buen rato.

—Es cierto. Mientras veníamos hacia aquí me llamó Wade Crawford, el técnico de antivicio encargado de instalar la alarma y las cámaras de seguridad. No llegará hasta dentro de una hora, así que

tenemos tiempo para verlo todo. Cuanto más tiempo estemos juntos, Morgan, más cómodos nos sentiremos el uno con el otro.

—Estoy segura de que tienes razón —pero, a juzgar por la forma en que le estaba latiendo el corazón, dudaba que eso ocurriera alguna vez.

—Volveré enseguida.

—De acuerdo.

Morgan vio cómo se daba la vuelta y atravesaba la puerta. Cuando lo hubo perdido de vista, se dejó caer en el primer escalón de la escalera. Tenía la boca seca, le temblaban las rodillas y el dolor que sentía en el vientre era puro deseo. ¡Maldición, tenía que encontrar el equilibrio!

## Capítulo 5

Esa misma tarde, Alex entró en la cocina. Llevaba una camisa de color azul y pantalones deportivos. En medio de varios armarios con encimera de granito había una imponente isla con una zona de trabajo, un pequeño fregadero, seis quemadores eléctricos y un grill. Una enorme campana de cobre cubría la zona de cocina y el motor del frigorífico de acero inoxidable ronroneaba como un gato.

Apoyándose contra la isla, Alex observó al policía de antevicio, que estaba en el otro lado de la cocina. El sargento Wade Crawford tenía a sus pies una caja de herramientas abierta y junto a ésta había varios rollos de cables eléctricos de colores.

El policía tenía poco más de treinta años y era alto y larguirucho. Su cabello negro tenía la longitud necesaria para ser considerado antisocial y su piel era oscura. Sus ojos castaños le proferían una mirada profunda y tenía un aspecto serio, ensalzado por unas espesas cejas. Centraba su atención en los cables que salían del pequeño hueco que había hecho en la pared, cerca de la puerta que conducía a la terraza.

—¿Qué tal va, Crawford?

—Va, Blade.

—¿Estás seguro de que el sistema es a toda prueba?

—Por supuesto —levantando la vista de un grupo de cables que acababa de enrollar juntos, le dedicó una mirada que era pura confianza en sí mismo—. Blade, con lo que acabo de hacer, esta mansión tendrá un sistema de seguridad casi tan infalible como el de Fort Knox.

—Define «casi».

—Claro —Crawford se sacó un trapo del bolsillo trasero de sus pantalones de trabajo y se limpió las manos. Su camisa blanca tenía sobre un bolsillo el logo de una compañía de seguridad y éste era el mismo que el de la furgoneta que había aparcada en el camino de la casa—. He dicho «*casi*» porque cuando hablo de alarmas, añado un descargo de responsabilidad —volvió a meterse el trapo en el bolsillo y centró su atención en la pantalla digital del sistema mientras tecleaba una serie de números—. Después de todo, siempre hay gente capaz de burlar la mayoría de los sistemas de seguridad.

—Y tú eres uno de ellos.

—Veo que lo has entendido —tecleó otra serie de números, asintió satisfecho y sacó un destornillador a pilas del cinturón que colgaba de su cadera—. Es sólo metal, cables y circuitos integrados con un par de microchips —el destornillador giró ruidosamente mientras Crawford instalaba un embellecedor sobre el teclado. Ajustó el último tornillo y le dio una palmadita al panel—. Listo. Lo he programado con un sistema numérico de una base de quince dígitos y un intervalo de cuarenta y cinco segundos.

—¿Lo que significa...?

—Cuando el sistema se activa y alguien abre una puerta de entrada o salida, esa persona tiene cuarenta y cinco segundos para insertar el código correcto. Si no lo hace, la alarma se dispara. Y la he reprogramado para que chille como una prostituía del barrio francés a quien le hubieran ofrecido un trato de cinco mil dólares. No hay muchas posibilidades de que alguien que no tenga el código correcto desactive a tiempo el sistema. Aunque logran entrar, desatornillar el panel y conectar un descodificador, cuarenta y cinco segundos no sería suficiente tiempo —dijo mientras se agachaba para meter rollos de cable en la caja de herramientas.

—Eso cubre las puertas. ¿Qué hay de las ventanas?

Crawford cerró la caja y se levantó.

—También están conectadas. Igual que la trampilla del desván y

la puerta que conecta el ático y el almacén donde los chicos están dejando las cajas vacías. También hay una batería de reserva. Aunque alguien desactive el circuito principal, este monstruo de casa permanecerá seguro.

Alex le echó un vistazo a los artículos que Crawford había dejado sobre la isla al llegar. La cafetera, la lámpara de escritorio, la cámara de vídeo el reloj de mesa y los dos libros con encuadernación de cuero estaban equipados con cámaras de vigilancia.

—Dime cómo funciona el sistema de vídeo.

Crawford se acercó a la isla.

—El movimiento activa todas las cámaras. En cuanto alguien pasa por delante, la imagen de esa persona queda grabada en una cinta a color. Si ves la grabación después, verás también la fecha y la hora.

—¿Y qué pasa con la luz?

Alex tenía la suficiente experiencia en misiones de incógnito para saber que la poca luz daba problemas de grabación, especialmente si se usaban videocámaras a color.

—La luz no es un problema desde que el departamento reemplazó todas las microcámaras por las nuevas y más inteligentes. Cada cámara tiene sensores que cambian automáticamente a blanco y negro cuando hay poca luz.

—Bien.

—Tengo algo más para ti —dijo Crawford, tomando un detector de humos de la encimera de la isla.

—¿También habéis metido una cámara ahí dentro?

—No. Un detector de radiofrecuencia. Si alguien entra y deja por aquí un micrófono oculto, la luz roja del detector empieza a parpadear.

Alex asintió con la cabeza.

—¿Necesitas que te ayude en la sala de vídeo?

Habían habilitado una pequeña habitación bajo las escaleras del primer piso, accesible a través de un panel oculto. Dentro, Crawford



había instalado un equipo de grabación programado para grabar todo lo que recogieran las cámaras ocultas. Todo estaba metido en las cajas que los muchachos habían llevado por la mañana.

—Sí, podrías echarme una mano —señaló los artículos que había sobre las islas—. Necesito que pongas todo esto en distintas habitaciones de la casa. Mientras lo haces, estaré en la sala de vídeo, observando los monitores. Te diré dónde tienes que dejar la cámara en cada habitación y después en el ángulo que ofrezca una mejor vista.

—¿Cómo nos comunicaremos?

Crawford tomó una bolsa de tela y sacó dos pequeños radiotransmisores.

—Con esto —dijo mientras le pasaba uno a Alex.

—¿Preparado para empezar a trabajar? —preguntó Alex, ajustándose la radio al cinturón.

Al ver que Crawford no contestaba, levantó la vista. Los ojos de Crawford estaban muy abiertos y fijos en la puerta. Alex giró la cabeza y vio que Morgan entraba.

Se había cambiado de ropa y llevaba una ajustada camiseta roja y unos vaqueros cortos que dejaban al descubierto sus largas y bronceadas piernas. Las deportivas rojas hacían juego con la camiseta. Se había recogido el cabello en la parte alta de la cabeza y algunos mechones escapaban aquí y allá. Una de las patillas de sus gafas de sol estaba enganchada en el amplio escote de la camiseta y se había pintado los labios de un sugerente rojo oscuro. Era el sexo personificado.

Alex frunció el ceño al sentir la oleada de deseo. Si sobrevivía a aquella misión, sería capaz de hacer cualquier cosa.

Con un cuaderno y un metro en una mano, Morgan se acercó a la isla, paseando la mirada de Alex a Crawford y volviéndola a fijar en Alex.

—He hecho una lista de lo que necesitamos para los parterres y el

césped. Voy a hablar con Sara antes de que se vaya.

—Buena idea —intentando controlar la respiración, Alex señaló la ventana que había sobre el fregadero—. La he visto ir hacia el almacén hace unos minutos.

—Mientras estoy fuera, mediré todos los parterres y haré bocetos de ellos. Después meteré las medidas en mi portátil para calcular la cantidad exacta de flores y de matas que hay que comprar.

—Bien.

Alex era consciente de que no era el único hombre a quien lo afectaba su presencia. Casi podía oír cómo se elevaba el nivel de testosterona de Crawford mientras éste estudiaba a Morgan.

—No nos han presentado —con la mano extendida, Crawford bordeó la isla hasta llegar junto a Morgan—. Sargento Wade Crawford, de antivicio.

—Morgan McCall —miró a Alex—. También conocida como Morgan Donovan.

—Oí que había otra hermana McCall en la academia —dijo Crawford sonriendo—. Carrie, Grace y tú deberíais darles las gracias a vuestros padres cada día por haberos hecho tan bonitas.

Morgan se rió. Su risa era un sonido suave y sugerente que hizo que Alex se estremeciera. Se dio cuenta de que nunca antes la había oído reír... y le gustaba. ¡Maldición!

—Les diré el cumplido de su parte, sargento Crawford —dijo ella.

—Wade —la corrigió él.

—Wade —repitió Morgan.

Alex vio que Crawford envolvía con su mano la de Morgan. Aquel policía tenía fama de haber perfeccionado el arte de la seducción con las mujeres y al verlo en acción, Alex pudo confirmarlo.

Mientras Crawford le enseñaba a Morgan los artículos con cámaras ocultas, Alex la estudió con el ceño fruncido. Cuando la había llevado en volandas a la mansión, ella había encajado perfectamente en sus brazos, como si perteneciera a ellos. Y una vez

dentro de la casa, se había sentido reacio a soltarla porque hacía mucho tiempo que no abrazaba a una mujer. Y mucho más tiempo desde que abrazaba a una mujer a la que no había querido dejar ir.

¡Estaban trabajando, maldita fuera! Morgan era su compañera y no debía pensar en ella en otros términos. No debía preguntarse cómo sabría su boca. Ni su piel.

Se obligó a centrar la atención en el cuaderno que ella llevaba bajo un brazo. Había hecho otra lista. Cuando Morgan metiera las medidas en su portátil, seguramente haría otra montaña de listas, de cuadros a color y de gráficos. Él todavía conservaba las cicatrices que demostraban que una mujer ambiciosa nunca estaba satisfecha con un hombre que no aspiraba a añadir más galones a las mangas de su uniforme. Pero aun así, esa certeza no mitigó la punzada de deseo que la presencia de Morgan le provocó en las entrañas.

—...A menos que me necesites aquí.

Se dio cuenta de que Morgan le había hablado.

—Perdona, estaba pensando en otra cosa.

El anillo de diamantes que le había puesto en el dedo aquella mañana brilló cuando ella paseó una mano por la isla de la cocina.

—He dicho que saldré a hablar con Sara, a menos que me necesites para colocar estas cámaras.

—Prefiero que las cámaras de Spurlock puedan verte. —Alex miró a través de la ventana. Desde el ángulo en el que estaba podía ver una parte de la terraza y una esquina de la piscina. Más atrás estaba el muro de piedra que ocultaba la propiedad de Spurlock—. Asegúrate de conectar el sensor de tu reloj para comprobar si alguien nos escucha. Y dime si ves algún rastro de nuestro vecino al otro lado del muro.

Morgan se dirigió al refrigerador de puertas de cristal que había en una esquina y tomó una botella de agua que había dejado allí antes. Se detuvo en la puerta, se puso las gafas de sol y le dirigió una sonrisa a Crawford.

—Encantada de conocerte, Wade.

—Ha sido un placer —la miró intensamente—. Morgan McCall, nos veremos de nuevo.

Crawford la siguió con la mirada hasta que salió y luego se volvió hacia Alex.

—No hay nada como una preciosa rubia de largas piernas para volver loco a un hombre.

—Cierra el pico, Crawford.

El policía de antivicio le dirigió a Alex una mirada inquisitiva.

—¿Has puesto los ojos en ella, Blade?

—Diablos, no —le espetó Alex, furioso consigo mismo, porque aparentemente, eso era precisamente lo que había hecho—. Tenemos una misión por delante y quiero hacerla bien. Morgan acaba de salir de la academia y ya tiene suficientes cosas con las que enfrentarse. No necesita que tú estés a su alrededor, husmeando. Ésta es mi operación y no quiero que se distraiga.

—No hay problema —dijo Crawford y después volvió a mirar a la puerta—. Esperaré a que hayáis terminado el trabajo para distraerla —se giró hacia la isla, tomó la cafetera y la levantó para comprobar la lente de la cámara—. ¿Quieres que empecemos con esto?

—Sí. Está bien.

Con la botella de agua y el cuaderno bajo un brazo, Morgan atravesó la terraza, balanceando intencionadamente las caderas por si la observaba alguna cámara de vigilancia. Después de pasar la piscina, tomó el camino que llevaba al almacén y cuyas puertas dobles estaban abiertas.

Entró justo cuando Sara Rackowitz colocaba un bidón con productos químicos para la piscina en una estantería. A la derecha de ésta estaba el cortador de césped y algunos útiles de jardinería.

—¿Cómo va, Sara?

La agente federal se volvió. Después de horas trabajando al sol, sus pantalones cortos y su camiseta negra estaban arrugados, sucios

y con rastros de sudor. Su cabello oscuro estaba oculto por una gorra de béisbol y la nariz y las mejillas tenían un bonito color dorado.

—Buenas tardes, señora Donovan.

—Pensé que te gustaría beber algo fresco —dijo Morgan, ofreciéndole la botella.

—Sí, señora. Gracias.

Sara tomó varios tragos, largos y lentos, mientras Morgan apretaba uno de los botones de su reloj. Se encendió una pequeña luz verde, que se apagó rápidamente. La luz confirmaba que no había aparatos de escucha en las inmediaciones. Si aparecía alguno, el reloj comenzaría a vibrar discretamente.

—Podemos hablar.

—Aún no he visto actividad en la casa de al lado —dijo Sara, enroscando el tapón de la botella—. ¿Cómo va todo dentro?

—Alex y yo hemos colocado nuestras cosas en un armario y en un baño tan grandes como un apartamento. He dejado la comida en una cocina que mataría por tener en mi propia casa. Y he recibido una gran dosis de encanto del sargento Wade Crawford.

—No me extraña —contestó Sara, observando los pantalones cortos y la camiseta de Morgan—. Crawford sabe qué cosas tiene que decir para emocionar a una mujer.

—Sí, tiene una lengua de oro.

Sara sonrió.

—¿Estás interesada en dejar que ese zalamero de Luisiana se te acerque?

—No.

Tenía las entrañas aceleradas, pero no era por el encanto de Wade Crawford.

Morgan visualizó la imagen de Alex de pie en la cocina, escuchando mientras Wade le enseñaba los objetos en los que habían ocultado las cámaras. En un momento determinado lo había mirado y lo había encontrado observándola, con ojos indescifrables y los

labios apretados. Le había parecido más que peligroso. Le había parecido fatal. Tentador.

—Lo último que quiero ahora es meterme en una relación —dijo, más por su propio bien que por el de Sara—. Prefiero concentrarme en una sola cosa a la vez y ahora esa cosa es el trabajo —para confirmar lo que acababa de decir, se sacó el cuaderno de debajo del brazo—. He hecho una lista de lo que hay que comprar para arreglar las flores, la hierba y la tierra —se sacó un lápiz del bolsillo trasero de los pantalones mientras añadía—: Incluiré cualquier artículo de la piscina que me digas.

Sara se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Lo primero que haga mañana por la mañana será la lista.

—Muy bien. ¿Tienes tiempo antes de irte de ayudarme a medir los parterres?

—Usted me ha contratado, señora Donovan. Mi tiempo es suyo.

—Bien. Me pregunto si alguna vez le encontraré el truco a este tipo de misiones.

—Lleva tiempo. Y experiencia —Sara bebió lo que quedaba en la botella y la arrojó a un cubo de basura—. Tienes suerte de trabajar con Alex Blade. Es el mejor en trabajos de incógnito. Obsérvalo, Morgan. Aprende de él. Si lo haces, te aseguro que le encontrarás el tranquilo.

—Espero que sea pronto —dijo Morgan, saliendo del almacén.

Mientras Sara cerraba las puertas, Morgan se puso las gafas de sol y miró a las cámaras que había sobre el muro de ladrillo. Se le puso la Carrie de gallina al pensar que cien ojos podrían estar observándola. ¿Estarían los de Carlton Spurlock entre ellos?

Una hora después, Sara y ella habían terminado de medir los parterres del patio y de los laterales de la mansión y se dirigían a la parte frontal. De pie de espaldas a la calle, Morgan apuntó las dimensiones del parterre paralelo al camino de entrada y al alto muro de Spurlock. Cuando empezó a hacer un bosquejo, sintió un

repentino frío en la base del cuello. Se quedó inmóvil con el lápiz en la mano mientras el instinto le decía que pasaba algo, aunque no sabía bien qué.

Oculto tras los cristales oscuros de las gafas, su mirada se dirigió a las cámaras de Spurlock.

—No te gires —murmuró Sara.

Moviendo el dedo índice, fingía interés en los bocetos del cuaderno.

Morgan giró la barbilla, para que no pudieran leerle los labios.

—¿Qué está pasando?

—Hace unos segundos salió una limusina negra del camino de Spurlock —le explicó Sara—. Ahora el vehículo está parado detrás de ti, en la calle.

—¿Puedes ver quién está dentro?

—No. Tiene las ventanillas tintadas. Pero apostaría mi siguiente sueldo a que nuestro objetivo está en el asiento trasero, observando a la señora Donovan.

Como Alex le había enseñado, Morgan cerró los ojos y visualizó a la camarera de Las Vegas, preguntándose qué haría ella. Sólo tardó en saberlo una décima de segundo. Le tendió a Sara el cuaderno, el lápiz y el metro.

—Ha empezado el espectáculo.

Sin dejar entrever que se había dado cuenta de la presencia de la limusina, se dirigió al parterre más cercano, contoneándose y se inclinó para examinar una azalea, sintiendo que al hacerlo, los pantalones ascendían por sus muslos. *«Echa un vistazo, Spurlock. Cuanto antes hagas amistad con tus nuevos vecinos, antes entraremos en tu casa y encontraremos las pruebas para machacarte».*

Un momento después escuchó el motor de la limusina, mientras su conductor cambiaba de marcha. Arrancó algunas hojas muertas de la azalea y se giró un poco para ver con el rabillo del ojo que la limusina se alejaba. El vehículo desapareció tras una esquina.

—Despejado —dijo Sara, aún de espaldas a las cámaras.

Morgan se incorporó y se apartó de la azalea. Observó la calle vacía y tragó saliva, intentando deshacer el nudo de nervios que tenía en la garganta.

—Le has ofrecido un buen espectáculo a quien fuera que estuviera en la limusina —comentó Sara—. Buen trabajo.

—Gracias —Morgan se pasó las manos sudorosas por los pantalones y le echó una mirada a la mansión—. Tengo que contarle a Alex lo de la limusina.

—Sí —Sara le devolvió el cuaderno, el lápiz y el metro y se llevó un dedo a la visera de su gorra de béisbol—. Hasta mañana, señora Donovan.



## Capítulo 6

Las imágenes no le hacían justicia a la mujer, decidió Carlton Spurlock.

Ataviado con un elegante esmoquin negro, estaba sentado en un sillón de orejas, con una copa de brandy en la mano. Las canas de las sienes le conferían un aire distinguido. Frente a él tenía un enorme televisor, cuya pantalla le mostraba las imágenes silenciosas que sus cámaras de seguridad habían recogido durante el día.

Estaba totalmente concentrado en el televisor y casi no reconocía las suaves notas de su ópera favorita de Mozart, que llenaban la habitación.

Aquella rubia le parecía interesante. Tenía un cuerpo bonito, era alta, pechugona y aun así, tan delgada como una bailarina. Por cómo se movía, parecía ser muy muy ágil. Físicamente era el tipo de mujer que más lo atraía.

Sonrió mientras hacía rodar un puro entre sus cuidados dedos. Su nueva vecina se contoneaba, como si fuera una prostituta que enseñaba la mercancía, y esa confianza también lo atraía.

Dejó la copa sobre una antigua mesita que había junto al sillón y apretó el botón de rebobinado en el mando a distancia. El humo del puro ascendió en una espiral hacia el techo mientras observó de nuevo a la mujer atravesar el camino. Sus pantalones cortos se le ceñían a las caderas y los pechos pugnaban por salirse de la camiseta roja.

Apretó otro botón y la imagen quedó congelada. Sí, la mujer parecía interesante.

Entornó sus ojos grises mientras la observaba, igual que había hecho al observarla desde el asiento trasero de la limusina. Todo en

ella lo hacía pensar en el sexo. En un sexo salvaje, desinhibido y sin ataduras. El único tipo de sexo que él quería.

Era una pena que Krystelle Vander hubiera decidido ignorarlo.

Pensar en aquella fulana aún encendía su furia. Le había dado dinero, regalos y su preciado tiempo. No le había negado nada, excepto su apellido, pero ella, resentida, se había transformado en una mujer vengativa. Su amenaza de contar a la policía lo que había descubierto mientras vivía con él había sellado su destino, igual que el del policía retirado a quien había acudido en busca de protección.

Spurlock pensaba que la traición merecía un rápido castigo.

Tomó de nuevo la copa de brandy y la apuró. Le dio una calada al puro y a través del humo, paseó la mirada por lo que había sido el dormitorio de su querida abuela. Observó la cama de nogal, cubierta por lujosos tejidos. Los frascos y los joyeros aún estaban sobre la cómoda. La bata de seda dorada que solía ponerse descansaba sobre el sofá de terciopelo carmesí.

Fijó la vista en el jarrón de Waterford que había sobre la mesilla de noche y lo invadió un sentimiento de satisfacción al ver que los capullos dorados comenzaban a abrir los tiernos pétalos. Había cultivado la «*Rosa del toque de Midas*» en honor a su abuela. Cuando floreciera, sería exquisita.

Cada dos días, las rosas del florero de cristal eran reemplazadas por otras recién cortadas. Junto al florero estaba el teléfono y el contestador y la agenda de cuero de su abuela. Excepto las rosas, todo en la habitación estaba como el día en que murió.

Spurlock apagó el puro en un cenicero de cristal y retomó el mando a distancia, apretando el botón de play. Su nueva vecina siguió paseando en la pantalla, mientras el diamante en su mano izquierda brillaba con la luz del sol.

Intrigado, inclinó la cabeza. El anillo ya lo había sorprendido al verlo la primera vez. La mujer no tenía aspecto de estar casada. En realidad, parecía una prostituta cara, aunque no tenía la mirada

codiciosa y calculadora de las prostitutas. Y ninguna prostituta que conocía pasaba horas midiendo los parterres, como había hecho ella aquella tarde.

Una llamada en la puerta le hizo apartar la mirada del televisor.

—¿Qué pasa?

—Siento molestarlo, jefe —dijo Peter Colaneri cuando abrió la puerta—. Han llegado los primeros invitados. Dijo que lo avisáramos.

—Sí. Gracias, Peter.

El hombre que trabajaba de chófer y guardaespaldas, vestido con un discreto traje negro, se quedó en la puerta. Las cicatrices que tenía en las cejas y la nariz torcida indicaban que había tenido un pasado violento.

Spurlock miró el reloj de oro que había aceptado de un cirujano vascular como pago por una deuda de juego. Sentía pesar por dejar las cintas de vigilancia, pero no tenía elección. Aquella noche, como presidente de una fundación que financiaba investigaciones sobre enfermedades del corazón, era el anfitrión de una cena que ofrecía a veinte parejas. Más tarde, pasarían al casino, donde disfrutarían de algunos aperitivos, puros, cigarrillos y del juego. Aquella noche, toda la actividad en el casino sería estrictamente legal.

Los invitados harían una donación y a cambio, recibirían fichas para jugar al blackjack, a la ruleta o al crap. Al final de la velada, el tesorero de la fundación tendría en el bolsillo un sustancioso cheque, que también incluiría las ganancias de los invitados.

—¿Quiénes han sido los primeros en llegar? —preguntó Spurlock.

—El juez Philben y su mujer —respondió Colaneri.

—Una pareja agradable.

Algunos años atrás, unas malas inversiones habían impedido que el juez pudiera pagar los estudios de su hija. Casualmente, la empresa de urbanización de Spurlock fue demandada en un juicio multimillonario que presidía Philben. Siguiendo las órdenes de su jefe, Colaneri se había acercado al juez con una oferta. Philben había

aceptado el dinero, dando un veredicto a su favor. Spurlock creía conveniente tener en el bolsillo a tantos jueces como fuera posible.

Hizo un gesto hacia el televisor.

—Entra un momento, Peter. Tengo un trabajo para ti.

Colaneri atravesó la habitación, cubierta por una gruesa alfombra de color gris perla. En cuanto vio la pantalla, sus labios se curvaron de forma arrogante.

—La nueva vecina. Tiene bonitas piernas y un trasero estupendo.

Spurlock no esperaba menos de un hombre que pagaba a prostitutas por sexo sádico y que había cometido su primer asesinato a los quince años. Mantenía a Colaneri en su plantilla precisamente porque era un asesino experimentado y sin cargos de conciencia que disfrutaba causando dolor.

Spurlock apretó el botón de apagado. Aunque su atención en aquel momento estaba en la mujer que habían grabado las cámaras, la experiencia le había enseñado que debía investigar a cualquiera que se acercaba a él. O que lo intentaba. Ya que sus nuevos vecinos entraban en esa categoría, también investigaría a su marido.

—Peter, me interesan los nuevos vecinos. Quiero que hagas las averiguaciones de costumbre mañana por la mañana.

—Lo haré, jefe. ¿Algo más?

Fijando la vista en el televisor, Spurlock sintió un deseo casi incontenible de ver la cinta por enésima vez. Apretó los labios. El deseo de observar a la mujer lo hacía sentirse como un vulgar mirón.

—Haz una copia de la cinta. Llévasela a nuestro contacto y dile que saque fotografías de cada imagen en la que aparezca la mujer.

—¿Sólo la mujer? ¿Sin el hombre?

—Eso es.

—¿Quiere que lo haga por la mañana también?

Spurlock le dirigió a Colaneri una mirada afilada.

—Esta noche, Peter. Asegúrate de que las fotos están en el escritorio de mi habitación antes de que se haya ido el último

invitado.

—Lo que usted diga, jefe.

—¡Maldición! —murmuró Morgan, dando tajos a un puñado de chalotes que había sobre la isla—. ¡Maldición! ¡Maldición!

Aunque habían pasado varias horas desde que la limusina se había detenido frente a la casa, aún tenía la sensación de ser observada. Saber que las cámaras de vigilancia de Spurlock habían estado enfocadas en ella casi la hacía sentirse violada.

Genial. Su trabajo era llamar la atención de aquel hombre y cuando lo conseguía, se sentía como si tuviera que comprobar que se había vestido antes de salir de casa.

Sacudiendo la cabeza con disgusto, dejó a un lado el cuchillo y levantó la tapa de una gran cacerola. Un vapor rico y aromático llenó la cocina, confirmando que el pollo estaba casi a punto.

Recogió el cuchillo y volvió a descargar su frustración con los chalotes. Con cada cuchillada se intensificaba la sensación de que estaba siendo observada. Pero ser el objeto de atención de Spurlock no era la única razón de su inquietud. Pensó en el enorme armario del dormitorio principal, donde su ropa compartía espacio con la de Alex. Y en el baño, donde sus útiles de aseo se alineaban en las estanterías junto a los de Alex.

Él dormiría en un cuarto de invitados, pero había que mantener las apariencias. ¿Y si invitaban a Spurlock y él, o cualquier otra persona, subía con el pretexto de usar el baño? Esa persona podría fisgar un poco para asegurarse de que los Donovan vivían como los enamorados marido y mujer que pretendían ser en público.

Morgan sabía que gran parte de su intranquilidad se debía al hecho de que no podía acercarse a Alex Blade sin que se le acelerara el pulso. Se suponía que esa reacción tenía que ser fingida, pero el problema era que su respuesta a Blade era tan real como el cuchillo que tenía en la mano.

—¡Maldición! —murmuró mientras sentía otra oleada de

frustración. Tenía que controlar sus emociones.

—¿Qué han hecho esas cebollas para merecer tal muerte?

Se sobresaltó al escuchar la voz de Alex, justo detrás de ella.

—¿Qué... qué has dicho?

Alex se apoyó en la isla, examinando la encimera.

—He preguntado qué han hecho esas cebollas para merecer tal muerte.

—Son chalotes.

—Muy bien, chalotes.

—Nada. Estaba pensando en un problema. A veces hablo sola cuando lo hago.

—Sí, eso parece.

Recogió el anillo de diamantes, que ella había dejado junto al fregadero para lavarse las manos. Morgan no se había dado cuenta hasta ese momento de que no se lo había vuelto a poner—. ¿Necesitas ayuda con ese problema?

—No, gracias —«*tú eres mi problema*», pensó—. Puedo cambiarme de sitio si necesitas esta encimera —paseó la mirada por aquella cocina de ensueño—. Aquí hay suficiente espacio para seis chefs con todos sus utensilios.

—No te preocupes —hizo girar el anillo entre dos dedos, observando el brillo de la piedra—. Mis habilidades culinarias se limitan al microondas.

Ayudándose de la hoja del cuchillo, Morgan echó los chalotes troceados en una sartén en la que había puesto a calentar aceite.

—Yo no uso el microondas muy a menudo, así que no nos molestaremos.

Alex se acercó a ella y le tomó la mano izquierda.

—Deberías llevar puesto esto —dijo, deslizándole el anillo en un dedo. En vez de soltarle la mano, mantuvo los dedos sobre los suyos.

—Yo... —Morgan miró sus manos unidas—. Me lo quité para lavarme las manos.

—Y luego lo olvidaste.

Morgan no tenía intención de admitirlo.

—Pensaba ponérmelo después de haber fregado los platos.

Alex comenzó a pasarle el pulgar lentamente por los nudillos, mientras sus ojos oscuros la observaban.

—Morgan, cuanto más lleves el anillo, antes te acostumbrarás a él —le soltó la mano—. Tiene que convertirse en una costumbre.

—Y así será —apartando la mirada, echó más chalotes en la sartén—. Sólo lo llevo puesto desde esta mañana.

—Morgan Donovan no dejaría un diamante de seis quilates junto al fregadero. Una mujer como ella se acostumbraría a llevarlo rápidamente.

Morgan apretó los labios. Tenía razón. Sus propias preferencias no tenían lugar en aquella misión. Allí, en una mansión enorme y elegante, Morgan McCall no existía. Era la mujer de Alex Donovan, sexy y con ropa ceñida, quien mandaba. Y aquella mujer no dudaba en exhibir cualquier joya que su amante marido le proporcionara.

Alex miró su reloj.

—Supongo que también es mi hora de cenar —comentó y atravesó la cocina. Abrió la puerta del congelador y Morgan frunció el ceño cuando lo vio sacar una caja sin mirarla.

—Ya que estás ahí, ¿puedes pasarme el bol de plástico con la tapa azul que está en la nevera? —preguntó ella.

—Claro.

—Gracias —contestó cuando él volvió junto a la isla y le dio el recipiente.

—¿Qué tiene?

—Puré de arugula. Lo traje de casa —al ver que la miraba sorprendido, añadió—: Es como el pesto. Es uno de los ingredientes del risotto que estoy haciendo.

—Huele bien.

—Gracias —se preguntó cuándo fue la última vez que Alex había

comido una cena casera—. ¿Sabes lo que hay en la caja que has sacado del congelador?

Alex la miró.

—Pizza de pepperoni. ¿Por qué?

—No has mirado la caja hasta ahora.

—¿Y...?

—Y yo estoy aquí con el pelo cardado, ropa ajustada y tacones de aguja. Debo tener este aspecto mientras estemos aquí por si alguien de la casa de Spurlock viene a hacernos una visita.

Alex dejó a un lado la caja y miró a Morgan.

—El señor Donovan se ha fijado en el atuendo de su mujer en cuanto ha entrado a la cocina y lo aprueba. ¿Qué tiene que ver eso con la pizza?

—Estoy pensando en lo que me enseñaste sobre trabajar de incógnito. Dices que hay que dar la imagen y que es indispensable estar metido en el papel constantemente.

—Eso es.

—¿Qué pensaría alguien que viniera de visita y viera que estamos comiendo cosas diferentes?

—Si viene alguien esta noche, diré que soy alérgico a la arugula. Sea lo que sea.

—Es una hierba. La cultivo en mi jardín —bajó el fuego de la sartén y miró a Alex—. Las parejas casadas cenan juntos y comen lo mismo.

—Si estás sugiriendo que hagamos turnos para cocinar, estoy de acuerdo. Eso evitaría que tuviéramos que explicar por qué no cenamos lo mismo. Pero los días que me toque cocinar a mí tendremos que pedir comida o sacar algo del congelador. ¿Qué crees que podríamos hacer?

—Simplificar las cosas para que no tengamos que mentir.

—Si quieres que compartamos las tareas, podemos cenar fuera cuando me toque cocinar a mí.



—Eso o yo puedo cocinar para los dos cuando estemos aquí. Lo haré si tú pones la mesa y después lo friegas todo. ¿Hay trato?

—Si crees que voy a declinar esa oferta, estás equivocada —tomó la pizza y la volvió a meter en el congelador. Después se giró hacia Morgan, sonriendo—. No sólo consigo comida casera, sino que esto refuerza nuestra historia. Es un punto a tu favor, Morgan.

—Gracias.

Juntó el arroz con los chalotes, dándole unas vueltas y añadiendo un poco de vino. Alex sacó unos platos y los llevó a una enorme mesa de roble separada de la cocina por unas ventanas triples. Ya que habían decidido compartir las tareas de la cocina, Morgan pensó que sería mejor no hacerlo en silencio.

—¿Te importa si te hago una pregunta?

Él le echó una mirada mientras colocaba los cubiertos.

—Depende de la pregunta.

—¿Por qué no aprendiste nunca a cocinar? ¿Naciste en una familia riquísima donde te lo hacían todo?

Él se quedó en silencio un minuto antes de contestar.

—Era un delincuente. Estaba demasiado ocupado robando y estafando a la gente.

Ella parpadeó.

—¿Hablas en serio?

—Mi único interés era ser expulsado de todas las casas de acogida en las que me metía el Estado.

Se acercó a la isla, quedándose en el lado contrario al de Morgan.

—No todo el mundo pasa de delincuente a policía —comentó ella mientras ponía el pollo sobre el arroz.

Alex se encogió de hombros.

—Tuve suerte.

—¿Gracias a George Jackson? —en cuanto Morgan dijo el hombre, el rostro de Alex se ensombreció—. El otro día dijiste que él fue la razón por la que te hiciste policía.

—Es cierto.

—Si te resulta doloroso hablar de él, no lo hagas. Simplemente, sentía curiosidad.

Alex se giró y se puso a mirar por la ventana que había sobre el fregadero. Morgan se preguntó si estaría recordando las fotos de la escena del crimen y si estaría pensando en el hombre que vivía al otro lado del muro.

Terminó de preparar el risotto mientras Alex permanecía de pie en silencio, aparentemente perdido en sus pensamientos. Cuando finalmente se giró, había algo frío y amenazador en sus ojos.

—Nunca aprendí a cocinar porque mi madre estaba demasiado ocupada vendiendo su cuerpo para conseguir drogas y alcohol — empezó a decir—. El día que cumplí siete años salió del cuarto de la pensión donde vivíamos y nunca volvió.

Morgan se quedó helada. Si las cosas hubieran sido diferentes entre ellos, se habría acercado a él para consolarlo.

—¿Y tu padre?

—Mi madre no tenía ni idea de quién plantó la semilla, así que nunca pudo presentarnos. Supongo que sería como aquellos perdedores que se llevaba a casa cada noche. La mayoría estaban borrachos y algunos solían pegarle. Uno de ellos me golpeó una noche hasta que perdí el conocimiento.

—Alex...

Lo que decía ya era suficientemente horrible de por sí, pero oírsele decir con voz neutra y vacía le ponía los pelos de punta.

—Cuando cumplí once años, los expertos me pusieron la etiqueta de «*incorregible*». Tenían razón. Era respondón, tenía una mala actitud y nunca evitaba una pelea. Y estaba orgulloso de ser así. En todas las casas de acogida me echaban a los pocos días y no podían mantenerme encerrado en centros para menores durante mucho tiempo.

—¿Dónde vivías? ¿Cómo vivías?

—Gracias a mi ingenio. Vivía en un edificio medio derruido, ocupado por borrachos. Por entonces me había convertido en un buen carterista y era un buen trilero. Pero uno de los tipos a quien quise engañar con el juego era un hombre de George Jackson. Jackson me agarró por el cuello. Era un tipo alto y fuerte y me asustó, a pesar de que al vivir en la calle, pocas cosas me asustaban. Imaginé que me devolvería al Estado y que se iría, pero me llevó a un centro de juventud donde me daban tres comidas y una cama siempre que acudiera a charlas nocturnas. George aparecía en las charlas, incluso en sus días libres, para asegurarse de que iba. Me hizo volver al colegio. Hasta el día de hoy no sé muy bien por qué se quedó para ver los resultados. Y ahora ya no puedo preguntárselo.

Ella se mordió el labio inferior.

—Evidentemente, vio el potencial que tenías.

—Puede ser —frunció el ceño—. ¡Maldición!

—¿Qué ocurre?

—No sé lo que George pensaba, pero aún menos sé por qué te he contado todo esto. Yo nunca... Me has preguntado por qué no había aprendido a cocinar y yo te he contado la historia de mi infancia.

—Lo que explica perfectamente por qué no aprendiste a cocinar. Como dijiste, tenemos que hacer lo necesario para sentirnos cómodos el uno con el otro. Tal vez tú lo consigues hablándome de tu pasado.

—Puede ser —dijo Alex, observándola con atención.

Ella se volvió hacia la isla y le dio los últimos toques al risotto mientras intentaba que las manos no le temblaran. Había pensado que su reacción ante Alex era hormonal, pero al hablarle de su pasado, Alex le había mostrado una parte del hombre con el que tendría que compartir su vida durante una temporada. Su respuesta ante él no era sólo química, sino también emocional.

Alex Blade no sólo era un hombre que le hacía hervir la sangre con una sola mirada; también era su compañero y era digno de

admiración y respeto.

Agarró con fuerza un paño de cocina. En el pasado, le había ofrecido su corazón a un hombre que también la había estremecido. Y se lo había devuelto roto y lleno de cicatrices. Aquella era una buena razón para mantenerse alejada emocionalmente de Alex y además, por la naturaleza de su trabajo, cualquier relación no profesional que hubiera entre ellos podía ser letal. Así que no arriesgaría su vida, su trabajo, ni su corazón. Se concentraría en su carrera. Alex y ella completarían la misión y después tomarían caminos diferentes. Así debía ser.

## Capítulo 7

Aún medio dormido, Alex entró en la cocina al día siguiente y lo recibió un agradable aroma a especias. En la encimera había una bandeja llena de bollos de canela, aún calientes del horno. No tenía ninguna duda de que estarían deliciosos, igual que el risotto de la noche anterior. Después de años comiendo comida precocinada, podría acostumbrarse rápido a la comida casera.

Y al café recién molido, pensó mientras atravesaba la cocina hacia la cafetera. El día anterior, Wade Crawford y él habían estado de acuerdo en que el ángulo con mayor visión era el mostrador que había junto a la nevera y mientras se ponía una taza de café, Alex fue consciente de que su imagen estaba siendo transmitida por la cámara hasta la sala de vídeo oculta bajo las escaleras.

Con el café en la mano abrió las puertas que daban a la terraza. Eran casi las ocho, pero ya hacía sol. Sacó las gafas de sol del bolsillo de la camisa, se las puso y tomó un sorbo de café. El cálido sabor le resultó reconfortante. Sí, podía acostumbrarse a una vida que le ofreciera comida casera y café recién hecho. Pero no a la mujer que se lo proporcionaba.

Frunció el ceño y se apoyó en el quicio de la puerta. Aquella noche no había pegado ojo, preguntándose qué demonios le había pasado para hablarle a Morgan de su infancia miserable. Cuando le había pedido a su ex mujer que se casara con él, sólo le había contado lo imprescindible para explicarle por qué no le iba a presentar a su familia. Y sin embargo, a Morgan le había dado todos los detalles.

Y eso lo hacía sentirse intranquilo, igual que la certeza de que su presencia durante los días anteriores le había desatado la libido.

Sorbiendo el café, la recordó tal y como la había visto la noche anterior, cenando, vestida con aquella ropa tan sexy. Sentado junto a ella en la cocina, había luchado contra el impulso de tirarla al suelo, quitarle la ropa y pasar toda una eternidad con ella desnuda debajo de él.

Murmuró un juramento y se pasó la mano por el cabello. No tenía ningún sentido imaginarse a Morgan desnuda. No importaba que nunca hubiera sentido un deseo tan intenso por una mujer; lo que importaba era que estaban trabajando. Eran compañeros y no tenía intención de involucrarse con un compañero durante una misión en la que sus vidas podían depender de la objetividad y de mantener la cabeza fría.

Le resultaría más fácil concentrarse en el trabajo si recordara que Morgan no era su tipo. Lo sabía con seguridad. Cuando ella escogiera un amante, sería un hombre tan eficiente en el trabajo como en la cama. Y él no era ese hombre.

Cuando terminara la misión, ella comenzaría a trabajar en la calle y después ascendería en el departamento hasta lo más alto. Y él se quedaría donde estaba, trabajando en misiones que se adaptaban a él. Lo más seguro era que no volvieran a trabajar juntos. Incluso que no volvieran a verse más, y eso teniendo en cuenta su gran error de casarse con una mujer que quería sobresalir en todo, era lo mejor para los dos.

El sonido de salpicaduras del agua lo llevó a salir a la terraza y alcanzó a ver la piscina justo cuando Morgan hacía un giro perfecto y usaba los pies para impulsarse desde el borde. Después alcanzó el otro extremo con brazadas poderosas y eficientes. Brazadas de una atleta olímpica.

«¿Qué más?», se preguntó Alex, metiendo una mano en el bolsillo de sus pantalones cortos de lino gris. Nadar era otra cosa que hacía a la perfección.

Cuando Morgan volvió al extremo de la piscina que estaba más

cerca de él, Alex alcanzó a ver el reflejo de su cabello rubio y un destello de un bañador rojo. Volvió a girar elegantemente sobre sí misma y se impulsó en dirección contraria. Sus brazos bronceados se deslizaban limpiamente por el agua mientras hacía movimientos de tijera con sus largas piernas.

Fuera de toda lógica, Alex deseó que aquellos brazos lo envolvieran y que aquellas piernas interminables se enredaran con las suyas.

Mientras la observaba, su sexto sentido de policía se puso alerta. Sin prisa, se dirigió a la mesa de hierro forjado en cuyo centro había una sombrilla para protegerse del sol. Una vez allí dejó el café sobre la mesa y pulsó un botón de su reloj. No sintió ninguna vibración, lo que significaba que no había aparatos de escucha en las inmediaciones. Con una rápida mirada comprobó que varias cámaras de Spurlock estaban enfocadas hacia la piscina.

«*¿Estás mirándola, bastardo?*», pensó Alex.

Saber que parte de la misión de Morgan consistía en mostrar sus atributos físicos para seducir a Spurlock no aliviaba la tensión que sentía en las entrañas. Y probablemente aquel bastardo, o alguien de su plantilla, estaba disfrutando del espectáculo en ese momento.

Sabía que era irracional, pero Alex se sintió de repente protector y posesivo. Irritado consigo mismo, agarró una toalla que descansaba en una tumbona, se acercó al borde de la piscina y esperó a que Morgan completara otra vuelta.

Como si sintiera su presencia, ella ralentizó las brazadas y sacó la cabeza del agua al llegar al borde.

—Hola —le dijo, moviendo las piernas para mantenerse a flote.

—Buenos días. ¿Cuántos largos llevas?

—Ciento siete —metió la cabeza hacia atrás en el agua para apartarse el pelo de la cara—. Me había puesto como meta cien. Quería ver cuántos más podía hacer.

—Y naturalmente, sobrepasaste tu meta. Anoche dijiste algo

sobre ir a hacer jogging. ¿Has cambiado de idea?

—No. Corrí antes de hacer el desayuno. Quería salir antes de que hiciera demasiado calor. He hecho bollos de canela. ¿Los has visto?

—Los he olido incluso antes de bajar las escaleras. Tienen una pinta estupenda. ¿Cuánto has corrido?

—Ocho kilómetros.

—Recuérdame que no vuelva a preguntarte por tus actividades matutinas —le dijo casi sin aliento. Había corrido, había preparado el desayuno y había nadado antes de que él pudiera salir de la cama.

—¿Qué?

—Nada —Alex entornó los ojos y se fijó por primera vez en la pequeña cicatriz que Morgan tenía en la sien derecha.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No —Alex levantó la toalla—. ¿Necesitas un descanso?

Morgan le echó una rápida mirada a las cámaras y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—En realidad no, pero me tomaré uno. A menos que quieras quedarte conmigo, cariño...

Él levantó una ceja.

—¿En qué estás pensando?

—En una carrera —se acercó un poco más al borde de la piscina, con un brillo de desafío en los ojos—. Te daré una vuelta de ventaja.

—Querida, eres demasiado buena para mí. Además, tengo que seguirle la pista a la primera carrera.

—¿Y mañana?

—Es posible —«*sólo si el infierno se congela*», añadió para sí, mientras Morgan nadaba hacia la escalera más cercana.

Cuando empezó a subir los escalones, a Alex se le secó la boca. El bañador rojo que había visto fugazmente era en realidad un par de trozos de tejido que le cubrían lo mínimo.

Caminó hacia él con la confianza de Morgan Donovan, con el pelo húmedo cayéndole sobre los hombros y el agua deslizándose por su



cuerpo. El bañador no dejaba nada y a la vez lo dejaba todo, a la imaginación. Alex sintió que tenía el mismo efecto sobre quien fuera que estuviera al otro lado de las cámaras.

—Cariño, de todos tus bañadores, éste es mi favorito.

Ella le dedicó una mirada pícara.

—Por eso me lo he puesto —se detuvo a unos pasos de él y alargó la mano para tomar la toalla—. Dame un minuto para cambiarme y enseguida desayunamos aquí fuera, en la terraza.

Alex sabía que estaba actuando, que su pose y su sonrisa eran fingidas, pero eso no cambiaba el hecho de que su boca estuviera húmeda y sus ojos, tan azules como el cielo.

Más tarde, cuando se hubiera controlado, razonaría que lo que hiciera sería sólo en beneficio de las cámaras; pero en ese momento no era el policía quien controlaba sus acciones, sino el hombre. Y lo único que sabía era que quería saborear a Morgan. Tenía que hacerlo. Sólo una vez.

—Desayunar fuera es una buena idea —murmuró. Le puso la toalla alrededor del cuello y la atrajo hacia sí. Bajó la mirada, observando el pulso que latía en su garganta—. Pero antes, ¿por qué no nos damos los buenos días como Dios manda?

Los ojos de Morgan reflejaron cierta sorpresa cuando él inclinó la cabeza, dejando los labios a sólo unos centímetros de los suyos. Alex deseaba ese beso, pero no pensaba tomarlo a la fuerza. Todo lo que ella tenía que hacer era darle un suave beso en la mejilla y a nadie le extrañaría.

Ella se quedó inmóvil mirándolo a los ojos, mientras el beso se quedaba suspendido en el aire durante varios segundos. Alex observó el cambio en su mirada, un oscurecimiento casi imperceptible, justo antes de que le pusiera la palma de la mano en la mejilla, como si quisiera mantener su boca a una distancia prudencial. Entonces inclinó la cabeza ligeramente hacia atrás, en un gesto que podría confundirse fácilmente con la seducción.

—Yo voto porque retrasemos ese saludo —dijo, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Los bollos de canela están mejor calientes.

—Muy bien —contestó Alex.

Dejó escapar un leve suspiro y dio un paso atrás.

Morgan estaba sentada en la terraza, dejando que la brisa le acariciara la piel que no cubrían los pequeñísimos pantalones de color caqui y el top corto que se había puesto. Frente a ella, en la mesa, tenía una taza de café y un bollo de canela casi intacto. Aunque había pasado ya media hora desde la escena junto a la piscina, el puso le latía descontroladamente, como si se hubiera hecho otros cien largos.

La mujer que había en ella había deseado el beso. Había deseado la boca tentadora y peligrosa. Con ganas.

Había sido la agente de policía quien le había devuelto la cordura, recordándole que el deseo que sentía en la voz de Alex era fingido, parte del espectáculo. Igual que el contoneo y las miradas de seducción que ella le había ofrecido. Todo aquello se desvanecería en cuanto terminara la misión. Debía recordarlo.

Sólo esperaba que la necesidad que le roía las entrañas se desvaneciera con la misma rapidez.

—¿Has perdido el apetito?

Morgan levantó la mirada. Alex la observaba, reclinado tranquilamente en su silla de hierro forjado, con la taza de café descansando sobre uno de sus muslos desnudos. Llevaba una camisa gris, un poco más oscura que los pantalones y calzado deportivo. Se protegía los ojos con unas gafas de espejo.

Con sólo mirarlo, Morgan experimentaba un deseo tan fuerte como sólo había conocido una vez en su vida. Y sabía que esa sensación era tan peligrosa como un borracho tras el volante.

No podía arriesgarse de nuevo. No sucumbiría al deseo, no se arriesgaría a perder todo lo que con tanto esfuerzo había conseguido.

Inspiró profundamente y se encogió de hombros.

—Parece que, después de todo, no tenía tanta hambre —dijo, levantando la taza de café. Si le daba otro mordisco al bollo, lo vomitaría todo. Señaló la cesta donde estaban el resto de dulces—. ¿Quieres otro?

—Sí, pero tengo un límite. Y anoche comí mucho risotto. Si sigo comiendo así, tendré que correr y nadar contigo.

—Si te preocupa mantener mi ritmo, prometo ir más despacio.

—Ay —dijo él—. Ése ha sido mi ego herido. Pasaré algunas horas al día en el gimnasio de la mansión para contrarrestar los efectos de tus habilidades culinarias. Eres una gran cocinera, Morgan.

—Gracias. Pero como te dije, me gusta probar nuevas recetas...

—...Y seguir las instrucciones —Alex terminó la frase.

—Eso es.

Alex tomó un sorbo de café sin apartar la vista de ella.

—Una gran cocinera, una atleta imponente, una estudiante excelente y una horticultora con gran experiencia. ¿Hay algo que no hagas bien?

—La lista es interminable —se apartó el pelo de la cara con un dedo—. Invierto mi tiempo en cosas que hago bien.

—Querrás decir, en cosas que haces a la perfección —sin esperar una respuesta, añadió—: Con todos esos talentos, ¿por qué decidiste ser policía?

Morgan miró instintivamente el muro de ladrillo de Spurlock. Alex estaba sentado de espaldas a las cámaras y la sombrilla que había en el centro de la mesa estaba inclinada de tal modo que escondía su rostro de las cámaras de vigilancia. Los sensores de audio de sus relojes indicaban que podían hablar con libertad.

—Porque siempre he querido serlo.

—¿Por qué?

Ella se obligó a relajarse, músculo a músculo. Hablar podía ser bueno, pensó. Tal vez después de algunas charlas amigables pudiera acostumbrarse a la presencia de Alex. Si verlo y hablar con él se

convertía en una costumbre, tal vez su cuerpo dejara de volverse loco cada vez que lo tenía cerca. Merecía la pena intentarlo.

—Me hice policía por dos razones. Primero, porque me gustan las normas. Las leyes. Las cosas estructuradas. Cuando la gente las rompe, alguien tiene que ir contra ellos, mantener el orden y recuperar el control. Y hacer justicia para las víctimas.

—Ésa es la razón número uno. ¿Cuál es la otra?

—El hecho de llevar una placa es algo de familia —le recordó—. Y como somos escoceses, también se nos da bien eso de contar historias. Mi abuelo fue el primer McCall en entrar en el Departamento de Policía de Oklahoma. Mi padre fue el segundo.

—Y seguro que contaban buenas historias, ¿verdad?

—Las mejores. De pequeños, solíamos comer todos los domingos en casa de mis abuelos. Después del postre, Carrie, Grace y yo nos sentábamos en una alfombra enorme con mis hermanos, mientras el abuelo y papá nos contaban anécdotas de su trabajo —al recordar la escena, Morgan sonrió—. Los policías siempre eran «*los buenos*» y los otros, «*los criminales*». Parte de la diversión consistía en convencer al abuelo y a papá de que nos enseñaran los movimientos con los que reducían a los malos. Después los niños practicábamos entre nosotros y terminábamos siendo un revoltijo de piernas y brazos sobre la alfombra.

—Parece divertido.

—Lo era. La mayoría de las veces. Hubo una ocasión en que le doblé a Bran el brazo a la espalda con tanta fuerza que le rompí un hueso de la muñeca. Tuvo que llevar una escayola durante seis semanas y yo estuve castigada durante el mismo tiempo.

Alex se inclinó hacia delante y dejó la taza sobre la mesa.

—Teniendo en cuenta que los seis chicos McCall se han convertido en policías, aquellas historias debieron de inspiraros mucho.

—Todos queríamos ser de los buenos, como el abuelo y mi padre

—ella dudó un momento y luego le preguntó—: ¿Te uniste al cuerpo porque querías ser como George Jackson?

—Por eso y porque quería un trabajo con sueldo fijo. Cuando has crecido sin saber de dónde te vendrá la siguiente comida, eso es un lujo.

—Puedo imaginármelo —apoyó los brazos en la mesa—. ¿Y cuánto tiempo hace que recibes ese sueldo?

—Casi quince años.

—Estás a medio camino en tu carrera.

—Un poco más, si decido retirarme tras veinte años de servicio.

—Pero todavía eres sargento.

Alex se deslizó hacia abajo las gafas de sol y la miró por encima de ellas.

—¿Y eso te causa algún problema, McCall? —preguntó con una voz tan fría como sus ojos—. ¿Que todavía sea un sargento?

—No. Yo espero ser sargento algún día.

—Pero no tienes pensado permanecer en ese puesto mucho tiempo, ¿verdad?

—Mi idea es ascender —levantó la barbilla—. El hecho de querer progresar en la carrera que uno ha elegido no es nada de lo que avergonzarse.

—Tienes razón, no lo es. Y tampoco lo es encontrar un lugar que se adapte a ti y quedarte en él.

—¿Es eso lo que tú has hecho?

—Sí.

—¿Nunca te has presentado a las pruebas para teniente?

—¿Quieres decir si no tengo ambición por ascender, igual que tú? La respuesta es «no». El trabajo de incógnito me gusta. No quiero subir de categoría.

—¿Nunca?

Se quitó las gafas y las hizo girar entre dos dedos mientras la observaba.

—No tengo pensado hacer las pruebas. Nunca. Supongo que para una mujer como tú, eso es una carencia.

—Para una mujer como yo —repitió ella—. Exactamente, ¿qué tipo de mujer?

—Concentrada. Ultracompetitiva. Una mujer que se obliga a destacar en todo lo que hace.

—Y crees que llegaré a lo más alto del departamento algún día.

—Cariño, estoy seguro de ello.

Ella frunció el ceño.

—Haces que suene como si fuera algo malo. Como si estuviera sedienta de poder.

—Tus ambiciones no tienen nada de malo, Morgan. Pero no te sentirías tan bien si intentarás compartir tu vida con un hombre cuyas ambiciones no se ajustan a las tuyas. La relación estaría condenada al fracaso desde el principio.

—Condenada al fracaso. ¿Lo dices por experiencia?

—Sí.

Morgan pensó en la comparación que Alex había hecho el día anterior entre los funerales y las bodas.

—Diría que te casaste con una mujer que sólo pensaba en promocionar su carrera. Y el hecho de que tú no quisieras compartir sus ambiciones con tu propio trabajo os causó problemas.

—Causó un divorcio —entornó los ojos mientras la observaba—. Y según parece, contigo se va a repetir la historia.

—No creo. Fingimos estar casados. Es trabajo, no es nada personal —sentía que era importante hacer la diferencia, aunque no sabía por qué—. Los sentimientos y las emociones no tienen cabida en esto.

—Como con todo lo demás, has hecho una parcela perfectamente definida con los aspectos de esta misión —miró su reloj y se levantó—. El feliz matrimonio que ahora vive en esta mansión es perfecto, así que concentrémonos en él. Así que, señora Donovan, ¿qué va a

hacer hoy mientras su adorado marido se va a las carreras?

Morgan dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Alex tenía razón. Las cosas serían mucho más fáciles si se concentraban en el trabajo.

La noche anterior Alex y ella se habían sentado en el enorme estudio de paredes de roble para revisar los planes. Habían acordado que Alex pasaría el día en las carreras, principalmente por tres razones. Primero, porque su presencia allí reforzaría su cobertura como jugador profesional, nuevo en la zona y deseoso de acción. Segundo, porque el hecho de poner toda su atención en las apuestas le facilitaría contactar con jugadores locales que se movieran en el círculo de Carlton Spurlock. Y tercero, porque algunas visitas discretas a los establos para charlar con los jockeys podrían resultar útiles para descubrir nueva información sobre Frankie Isom, el jockey que según Krystelle Vander, Spurlock había asesinado.

—Ya sé lo que hay que añadir a la tierra para fertilizarla —dijo Morgan, echándole un vistazo a las flores mustias—. Sin embargo, me gustaría tomar varias muestras de tierra y pedirle a Sara que las lleve a analizar.

Alex le dio la vuelta a la mesa y se detuvo junto a ella.

—¿Y después te ensuciarás de barro?

—Terminaré de meter las medidas de los parterres en el portátil. Después decidiré qué tipo de plantas hay que poner en cada parterre y cuántas. Y haré un cuadro para coordinar los colores que le vayan mejor a cada parterre.

—Cálculos y cuadros —dijo Alex. Se inclinó hacia ella, le tomó la barbilla con una mano y se la levantó ligeramente. Sus dedos eran cálidos y firmes y Morgan sintió que empezaba a estremecerse. La miró a la cara durante un largo momento, con ojos impenetrables—. Me pregunto si alguna vez te paras para oler las flores y disfrutar de ellas.

Morgan se obligó a serenarse. Alex tenía la mano en su barbilla,

porque las cámaras de seguridad así lo exigían. Sólo por las cámaras.

—Claro que las huelo.

—Me alegra oír eso —dijo, pasándole el pulgar por la barbilla.

Justo entonces Morgan notó algo de movimiento con el rabillo del ojo y vio que Sara Rackowitz aparecía por una de las esquinas de la mansión.

—Sara está aquí —se apartó, obligando a Alex a bajar la mano.

La agente del FBI, vestida con pantalones cortos, zapatillas de deporte y una camiseta sin mangas, cruzó la terraza. Se había recogido el cabello en una coleta que salía por detrás de una gorra roja de béisbol de los Sooners de Oklahoma.

—Buenos días, Sara —la saludó Alex.

—Buenos días, señor Donovan. Señora Donovan...

Morgan agarró la cesta de bollos de canela.

—¿Te apetece un bollo y un poco de café antes de empezar a trabajar?

—Voy a pasar del café, pero no de esto —dijo Sara, tomando uno de la cesta—. Los he olido nada más entrar en la terraza —tomó un bocado y puso los ojos en blanco—. Han caído del cielo, ¿verdad?

—Yo reacciono de forma parecida ante todo lo que cocina Morgan —comentó Alex. Cambió de postura para darle la espalda a las cámaras de Spurlock—. Sara, podemos hablar.

—Bien —dio otro mordisco, sacó un papel doblado del bolsillo trasero y se lo dio a Morgan—. Ésta es la lista que me pediste de los artículos para la piscina. El trozo de papel que hay debajo de la lista es una descripción de todos los coches que entraron en la propiedad de Spurlock la otra noche, durante la recepción —explicó Sara—. Hemos utilizado una de nuestras cámaras para sacar fotos y averiguar quién es el propietario de cada coche.

Alex, de pie tras la silla de Morgan, le puso una mano en el hombro con un gesto natural mientras se inclinaba para estudiar la lista.



—Jueces, alcaldes de municipios de los alrededores, directivos de empresa —leyó—. Un montón de ciudadanos sobresalientes, al menos a primera vista.

—Correcto —Sara continuó dándole bocados al bollo—. Me preguntó qué dirían si les contáramos que su anfitrión es el responsable del asesinato de al menos, seis personas, tres de ellos policías.

—No se lo creerían —contestó Alex—. No sin pruebas que lo confirmaran.

Morgan deslizó la mirada hacia el alto muro de ladrillo.

—Aquí estamos, esperando encontrar las pruebas que Krystelle Vander ocultó en el dormitorio de color dorado de Spurlock. Pero aunque lo consigamos, puede que nunca seamos capaces de probar que Spurlock mató a las otras cinco víctimas.

Los dedos de Alex se tensaron sobre su hombro durante un instante.

—Atraparlo por un asesinato es preferible a dejarlo libre.

—Cierto —dijo Morgan.

—Tengo que prepararme para ir a las carreras —Alex se inclinó y le dio un beso en la cabeza—. Nos vemos esta noche, cariño.

—Hasta luego.

Conteniendo la respiración, Morgan lo vio atravesar la terraza con movimientos confiados y después, atravesar las puertas. Había estado equivocada: ninguna conversación le serviría para sentirse cómoda con Alex Blade.

—¿Qué tal es vivir con Blade?

—Ha accedido a poner la mesa y fregar los platos cuando yo cocine. Le gusta comer cosas que nunca hayan estado congeladas ni metidas en cajas.

—A mi marido también, pero él jamás se acercaría al fregadero — Sara le dio otro mordisco al bollo de canela—. ¿Me darás la receta de esto?

—Claro.

—La verdad es que soy un auténtico desastre en la cocina — confesó Sara—. Cuando termine esta misión, podrías venir a mi casa y darme un par de lecciones de cocina. Compraré una botella de vino para asegurarme de que no sea doloroso.

Morgan se rió y se dio cuenta de que le gustaba la agente especial Sara Rackowitz.

—Sólo tienes que decirme cuándo.

—Lo haré. Entonces, señora Donovan, ¿qué tiene planeado que hagamos hoy?

—Vamos a ensuciarnos de barro.

—Sabía que ibas a decir eso. Definitivamente, merezco un aumento.

## Capítulo 8

**D**os semanas después Alex, frustrado, conducía su Lincoln negro por el camino que llevaba a la casa de seguridad. Cuando abrió la puerta del coche y salió, sintió que el calor le robaba el oxígeno de los pulmones.

—¡Maldición! —murmuró, guardándose las llaves en el bolsillo del pantalón.

Se aflojó el nudo de la corbata azul de seda y se desabrochó el botón superior de la camisa blanca hecha a medida. Se quitó los gemelos y se remangó mientras subía los escalones de madera del porche.

No era el calor ni la humedad lo que lo había puesto de mal humor. Era el trabajo. El trabajo que adoraba y que lo había convertido en lo que era. Sabía que a veces se tardaba meses en solucionar un caso cuando se trabajaba de incógnito. Para él, ser paciente nunca había sido un problema. Lo sabía bien, pero era incapaz de aplicar esos conocimientos a aquella misión en particular.

Llamó dos veces a la puerta, hizo una pausa y después dio cuatro golpes seguidos. Momentos después, la atractiva agente abrió la puerta.

—Por teléfono parecías malhumorado —comentó, observando la corbata y las mangas—. Y en persona también lo pareces. ¿Has tenido un mal día en las carreras, Blade?

—En realidad, Alex Donovan ha ganado. Una buena cantidad — Alex entró en la pequeña cocina y paseó la mirada por el papel desteñido de la pared, los viejos armarios y el suelo de linóleo amarillo—. ¿Tienes una cerveza, Rackowitz?

No se sorprendió al ver que Sara arqueaba las cejas. Alex se había impuesto a sí mismo no beber alcohol mientras trabajaba de incógnito. Estaba haciendo una excepción a esa norma, pero la verdad era que en aquel momento no le importaba.

—Claro. Y ya que hoy me he matado a limpiar ese monstruo de piscina que tenéis Morgan y tú, voy a acompañarte —se acercó a la nevera, sacó dos latas, le dio una a Alex y le hizo un gesto para que pasara al pequeño salón, donde el aparato de aire acondicionado emitía un murmullo monótono—. Hablando de Morgan... —continuó—, ¿por qué el señor Donovan no va camino de la mansión para celebrar su suerte en las carreras con su maravillosa mujer?

—Llegaré pronto, de todas formas.

La verdad era que el hecho de regresar a la mansión cada tarde lo hacía sentirse demasiado como volver a casa. Sabía que era ridículo; ni la casa ni la mujer eran suyas. No le importaba nada la mansión, pero deseaba dolorosamente a la mujer. Una mujer que no era la adecuada para él.

Ésa era la razón de la frustración que lo había llevado a la casa base. Quería que terminara aquella operación.

—Esta misión no va a ninguna parte —se sentó en el decrepito sofá, abrió la lata de cerveza y le dio un largo y lento sorbo—. Esto tiene que cambiar.

—Y cambiará —Sara se dejó caer en una silla destartada—. Blade, no olvides que solamente llevas en esto dos semanas. Y has hecho progresos. Sabemos con certeza que has llamado la atención de alguien, porque el policía de Las Vegas sospechoso de tener tratos con un consorcio de juego ha estado inspeccionando a Alex Donovan.

—El problema es que no lo sabemos si lo hizo a petición de Spurlock. Podría haber sido uno de los peces gordos que conocí en las carreras y que están interesados en invertir en los negocios de los que he estado hablando.

—El policía también investigó a Morgan Donovan. El instinto me

dice que Spurlock está detrás de todo esto.

—Aun así, no podemos estar seguros, ya que Morgan pasó un par de días en las carreras conmigo. Como te podrás imaginar, llamó mucho la atención.

—Sí, me lo imagino.

Tomando otro sorbo de cerveza, Alex intentó inútilmente borrar de la memoria la sensación que lo había invadido al ir del brazo con Morgan entre toda aquella gente rica. Morgan olía a puro pecado y ese aroma se le había metido en los pulmones, volviéndolo loco y deseando poseerla.

El deseo que sentía por ella parecía intensificarse cada día. ¡Maldición, tenía que alejarse de ella antes de que pudiera hacer alguna estupidez!

—Quiero que termine esta operación.

Mirándolo con interés, Rackowitz dejó su lata de cerveza en una mesita.

—¿Quieres contarme lo que está pasando, Blade?

—El problema es que no está pasando nada. Spurlock aún no nos ha hecho saber que se ha dado cuenta de nuestra presencia. Tenemos que conseguir que lo haga y me voy a asegurar de que ocurra.

—¿Cómo?

—Plan B. Llama y ponlo todo en marcha. Esta noche.

—¿Esta noche?

—Sabemos que Spurlock va a dar otra recepción a favor de la beneficencia esta noche. Cuando sus invitados empiecen a marcharse, pondré en marcha un show que no podrá ignorar. No le gustará que el vecindario llame la atención de esa manera.

Rackowitz miró su reloj.

—No les vas a dar mucho tiempo a los chicos.

—Para lo que tenemos que hacer, es suficiente. Dejaron montado el dispositivo antes de que Morgan y yo nos mudáramos a la mansión. Solamente hay que conectarlo al coche, que está aquí,

aparcado en el garaje.

—¿Estás seguro de esto?

—Lo estoy —Alex se pasó una mano por el pelo—. Mira, Rackowitz, ya es hora de hacerlo. Morgan ha plantado flores, arbustos y quién sabe qué más en todos los parterres. La hierba está empezando a ser más verde que las esmeraldas. Si todos esos cuidados de horticultura hubieran sido suficientes para que Spurlock atravesara su muro de ladrillo, a estas alturas ya lo habría hecho.

—Probablemente —Rackowitz frunció el ceño—. ¿Por qué crees que Spurlock está esperando tanto?

Alex se encogió de hombros.

—Seguramente por los problemas que tuvo hace poco con Krystelle Vander y Emmett Tool. La primera era su amante y el segundo, su contable. Confiaba en los dos y los dos se volvieron contra él. Si ponemos el plan B en acción, le demostraremos que Alex Donovan también tiene motivos para estar preocupado por su propia seguridad. Con un poco de suerte, lo que pase esta noche puede ser el empujón que Spurlock necesita para darse cuenta de que él y yo somos almas gemelas.

—Cuando lo explicas así, el plan B parece lo más apropiado —dijo Rackowitz y alargó la mano para agarrar el teléfono. Cinco minutos después, ya estaba todo en marcha. Retomó su cerveza y se recostó en la silla—. Blade, cuando antes te he preguntado qué pasaba, no me refería sólo a la operación.

—¿Y qué más hay?

—¿Qué está pasando con Morgan?

—La oficial McCall no tiene experiencia, pero es muy capaz. Lo está haciendo bien. Fin de la historia.

—Ya me he dado cuenta de eso yo sola —se inclinó hacia delante—. Tú y yo hemos trabajado juntos en misiones complicadas y nunca te había visto tan tenso, así que dudo que tu comentario sobre Morgan sea el «*fin de la historia*». Dime qué está pasando entre

vosotros.

—No está pasando nada, Rackowitz. Estoy siendo sincero contigo.

—Muy bien, me lo creeré porque nunca me has mentado. ¿Es por eso por lo que estás así? ¿Porque no hay nada entre Morgan y tú y te gustaría que lo hubiera?

Alex sintió de nuevo la frustración y se levantó.

—Digamos que no es lo último que desearía, Rackowitz. Pero Morgan parece un clon de mi ex mujer.

Rackowitz cruzó los brazos sobre el pecho.

—El único comentario que me has hecho sobre tu ex mujer es que casarse con ella fue un gran error.

—Y no he cambiado de opinión —se pasó los dedos por la frente, notando que empezaba a tener dolor de cabeza—. Y ahora, ¿qué te parece si repasamos los detalles del plan B? Si funciona, podremos hacer las maletas y largarnos pronto de aquí.

—Muy bien.

En la oscuridad del dormitorio principal, el reloj digital luminoso de la mesilla de noche marcaba la una de la madrugada. Morgan apartó lentamente las cortinas de terciopelo y miró por la ventana.

En el camino de entrada, el Lincoln negro estaba aparcado en el lugar donde Alex solía dejarlo.

Morgan miró por encima de su hombro, la única luz encendida procedía de una pequeña lámpara que había en el pasillo, así que podía distinguir la silueta de Alex, pero no su expresión.

—¿Estás seguro de que es un coche diferente del que has estado conduciendo desde que empezó la misión?

—Positivo. El verdadero Lincoln de Alex Donovan está en el garaje de la casa base. El que ahora ves es un coche incautado que el departamento adquirió el mes pasado en un asunto de drogas. En realidad, es un montón de chatarra.

Morgan dejó caer la cortina y se giró para mirarlo. Alex tenía una pequeña linterna negra en la mano. Antes le había explicado que el

departamento de policía había convertido la linterna en un dispositivo para hacer estallar la bomba. Lo único que Alex tenía que hacer era deslizar la pequeña pestaña lateral y el mecanismo conectado al motor del Lincoln enviaría una chispa a los explosivos que habían puesto bajo el depósito de gasolina, que estaba casi vacío.

Morgan no podía dejar de ser consciente de que él sólo llevaba unos pantalones grises de pijama. La luz que se colaba desde el pasillo era débil, pero le permitía vislumbrar el vello oscuro de su pecho, un pecho demasiado amplio y tentador.

Sintió que la tentación se le colaba hasta los huesos, se puso una mano en las solapas de su larga bata de seda de color marfil.

—Ya que no sabía nada del plan B hasta hace unas horas, tengo que creerte. Me alegro de que me dijeras lo que iba a pasar esta noche antes de que empezara todo.

Alex se metió el dispositivo en el bolsillo.

—Si no te hubiera avisado, ¿cómo crees que habrías reaccionado al oír una explosión a la una de la madrugada?

Morgan paseó la mirada por el dormitorio y la posó en el escritorio antiguo con un compartimento secreto.

—Tal vez habría agarrado el arma y la placa, pensando que nos atacaban —se pasó una mano por el cabello, que se lo había despeinado hasta parecer que acababa de salir de la cama—. No puedo asegurarte lo que habría hecho.

—Yo tampoco y eso no es bueno cuando se trabaja de incógnito. Los compañeros de este tipo de misiones tienen que mantener las líneas de comunicación abiertas y contarse todo lo que van a hacer. Si olvidas eso puedes echar a perder la cobertura y conseguir que alguien salga herido.

—O muerto.

—Efectivamente.

Morgan se volvió de nuevo hacia las cortinas y las apartó un poco. Era noche cerrada y casi no podía distinguir las siluetas de los



árboles.

Cuando Alex se movió un poco detrás de ella, Morgan sintió el ya familiar aroma de su aftershave. Cerró los ojos, sintiendo la oleada de deseo que empezaba a apoderarse de ella. Después de dos semanas viviendo bajo el mismo techo, se moría por sentir las manos de Alex sobre su piel, por saber cuál sería el sabor de su boca.

«*No sigas por ahí*», se dijo, luchando por apartar esos pensamientos de su cabeza. Involucrarse por segunda vez en su vida con un hombre que podía arrebatárle la facultad de pensar sería un suicidio emocional. Ahora tenía el control de su vida, de su destino y no tenía intención de permitir que la historia se repitiera con el hombre que estaba a unos centímetros de ella.

—Morgan, desabróchate la bata.

Ella abrió mucho los ojos cuando Alex le puso las manos en los hombros. Cuando se giró para mirarlo, puso las manos instintivamente en sus brazos desnudos, que parecían duros y sólidos como el mármol. El tacto de su piel aumentó el calor del cuerpo de Morgan y sintió una punzada de pánico cuando lo miró a la cara y sintió que toda su resistencia se desvanecía.

Levantó la barbilla en un gesto defensivo y se echó el pelo hacia atrás.

—Estás a punto de volar un coche. Creo que éste no es el momento de...

—Relájate —dijo él con suavidad—. Si estuviera pensando en seducirte, habría escogido un momento y un lugar diferentes —le echó una rápida mirada a la enorme cama—. Al menos, un momento diferente.

—Bien —consiguió decir ella—. ¿Por qué quieres que me desabroche la bata?

—Cuando una explosión te saca de la cama, antes de salir a la calle para ver si ha llegado el fin del mundo, es posible que se te ocurra agarrar una bata.

—De acuerdo. ¿Y...?

La mano derecha de Alex se había deslizado desde su hombro hasta su cintura.

—Y no tienes tiempo de ajustarte el cinturón con un bonito lazo —dijo, aflojándose.

Morgan sintió que las solapas de la bata se separaban, dejando al descubierto un camisón a juego.

—Es... lógico —dejó caer las manos y dio un paso atrás—. Supongo que con el cinturón abrochado, parezco demasiado arreglada.

—Demasiado por tu propio bien —girándose repentinamente, apartó las cortinas y miró hacia el exterior.

Con el corazón latiéndole descontroladamente, Morgan lo observó en silencio. Deslizó la mirada por sus amplios hombros y por el pecho musculoso, hasta el estómago plano. Si controlaba su destino y su vida, ¿por qué deseaba a aquel hombre, que podía hacerla estremecer con una sola mirada? ¿Y cómo demonios iba a mantener las manos apartadas de él cuando lo único que deseaba era unirse a ese cuerpo?

—Parece que la fiesta de Spurlock se está terminando —comentó Alex.

Desechando los pensamientos eróticos de su mente, Morgan se puso a su lado y observó el camino de entrada a la casa de Spurlock. Un vehículo salía de ella y segundos después, lo hacía otro coche.

Alex sacó el dispositivo del bolsillo del pijama y miró a Morgan.

—¿Estás preparada para llamar la atención de nuestro vecino?

—Más que preparada.

Aunque estaba esperando la explosión, el ruido atronador le subió el corazón a la garganta. El Lincoln negro se levantó medio metro del suelo, aterrizó bruscamente y comenzó a arder. Las llamas devoraban todo el interior, lanzando chispas azules y anaranjadas.

Alex guardó el dispositivo en el cajón de la mesilla de noche,

descolgó el teléfono y marcó el 911. Con la adrenalina fluyendo como un torrente por sus venas, Morgan se maravilló de su voz tranquila mientras informaba de la explosión y después contestaba algunas preguntas.

Colgó, se giró hacia ella y le tendió una mano.

—Será mejor que salgamos.

Cuando llegaron al porche de la entrada se oía una sirena acercándose. Morgan vio que varios coches lujosos se detenían junto al camino para observar el incendio. Consciente de las cámaras de seguridad que siempre los vigilaban, se llevó una mano a la boca y retrocedió algunos pasos.

—Cálmate, cariño —dijo Alex, pasándole un brazo por la cintura.

El sonido de la sirena aumentó cuando un camión de bomberos entró en la propiedad, seguido por un coche patrulla. Las sirenas cesaron repentinamente y varios bomberos salieron del camión.

Treinta minutos después el fuego estaba controlado y los bomberos se habían marchado. Perfecta en su papel de esposa preocupada y ansiosa, Morgan recorría una y otra vez el porche principal como si fuera una tigresa enjaulada, mientras Alex conversaba en el camino de entrada con un policía. El hombre asintió, le dio una copia del informe, se metió en el coche patrulla y se alejó.

Morgan le echó una mirada a la calle. El espectáculo ya se había acabado y los curiosos se habían marchado en sus caros coches. Y Carlton Spurlock aún no había aparecido.

Sintiendo una punzada de frustración, bajó los escalones del porche. La bata abierta ondulaba a su alrededor con la brisa de la noche. Cruzó el camino, sintiendo el frescor de las baldosas en sus pies desnudos y se detuvo junto a Alex, observando el esqueleto calcinado del Lincoln.

—¿Cuánto tiempo más nos quedamos por aquí, esperando a que Spurlock aparezca?

Alex la miró.

—Dale tiempo. Spurlock siente aversión por la policía. Jamás se dejaría ver si los agentes están aquí.

—Es cierto.

Alex hizo un gesto con la cabeza hacia los restos del vehículo.

—Tengo que acordarme de felicitar a los técnicos por el buen trabajo que han hecho.

Morgan asintió justo cuando el ronroneo de un motor llegaba a sus oídos. Girándose a la vez, Alex y ella vieron que la limusina negra aparecía por el camino.

Sintiéndose como si se le hubiera instalado una pesada piedra en el pecho, Morgan vio que el vehículo se detenía a unos pocos metros de ellos. Alex le pasó un brazo por la cintura e inclinó la cabeza.

—El plan B ha funcionado —murmuró—. Cariño, prepárate para conocer a nuestro vecino —añadió y le dio un beso en la sien.

## Capítulo 9

Carlton Spurlock salió del asiento trasero de la limusina y Alex pudo observarlo al natural por primera vez. La primera impresión era la de un hombre vital y saludable que exudaba poder. Era alto y de constitución fuerte y la sensación de poder se intensificaba por la luz plateada que arrojaban sobre él las imponentes farolas situadas a ambos lados del porche. Vestía un traje oscuro hecho a medida y zapatos italianos.

El recuerdo de que aquel tipo había asesinado a seis personas, incluyendo a George Jackson y dos federales, golpeó a Alex con fuerza. La determinación de atrapar a Spurlock y meterlo entre rejas aumentó repentinamente.

El conductor de la limusina que le había abierto la puerta, un hombre de aspecto atlético, cruzó unas palabras con su jefe, asintió, caminó hasta la parte delantera del vehículo y apoyó una cadera en el capó. Y fijó su mirada calculadora en Alex.

«*Un tipo listo*», pensó Alex.

Gracias a la información proporcionada por el FBI y el Departamento de Policía de Oklahoma, Alex sabía que se trataba de Peter Colaneri, ex presidiario con tendencia a la violencia y con una lista de antecedentes tan gruesa como una guía telefónica. Esa personalidad lo cualificaba para actuar de guardaespaldas y presunto matón para el hombre que en aquellos momentos se acercaba a ellos.

— ¿Señor Donovan?

— Sí — tensando el brazo alrededor de la cintura de Morgan, Alex la puso ligeramente detrás de él. Quería que Spurlock supiera que Alex Donovan era un tipo duro con instintos territoriales y de

protección hacia lo que era suyo. Incluida su mujer—. ¿Quién demonios quiere saberlo?

Spurlock arqueó una ceja oscura. Tenía las facciones marcadas y la piel bronceada. Su cabello era negro, bien peinado, con canas en las sienes. Sus ojos, fríos como el hielo, pasaron de Alex al Lincoln carbonizado y después volvió a mirarlo a él.

—Soy Carlton Spurlock. Su vecino. Esta noche tenía una reunión social y a algunos de mis invitados los ha... molestado la explosión. A mí también.

—¿Alguien pone una bomba en mi coche y cree que a mí no me molesta? —preguntó Alex.

—Éste es un vecindario tranquilo, señor Donovan. Y tengo mucho interés en que siga siéndolo.

—Pues cómprese tapones para los oídos.

—Alex —saliendo de detrás de él, Morgan dio un paso adelante para quedar completamente expuesta a Spurlock. Su bata de seda de color marfil onduló con el movimiento—. No hay ninguna razón para ser rudo con el señor... —inclinando la cabeza, le dedicó a Spurlock una sonrisa—. Lo siento, no he escuchado bien su nombre.

Parecía que se hubiera estado preparando para hacer ese papel toda su vida, pensó Alex. En un solo segundo, la organizada policía se había convertido en una sexy camarera que sabía cómo llamar la atención de un hombre.

—Spurlock —su mirada se deslizó hasta los pechos de Morgan y luego volvió a ascender—. Carlton Spurlock.

—Yo soy Morgan Donovan —le ofreció la mano y se inclinó hacia él con un movimiento sensual—. Por favor, perdone a mi marido; ha sido muy brusco. Está muy enfadado por lo del coche —miró fugazmente al Lincoln—. Una bomba. Uno de los bomberos ha dicho que era una bomba. Tengo los nervios destrozados.

—¿Y quién no los tendría? —en vez de apretarle la mano, se la llevó a los labios.

—Sentimos mucho haberlos molestado, a usted y a sus invitados —añadió Morgan—. Espero que nos dé una segunda oportunidad para demostrarle que somos buenos vecinos. Y tranquilos.

—Por supuesto —contestó Spurlock, acariciándole la mano con los labios—. Y yo me disculpo por no haberles dado antes la bienvenida al vecindario. Ciertos negocios han reclamado toda mi atención últimamente.

—No hay nada que perdonar —el cabello de Morgan le caía desordenadamente sobre los hombros como una cascada dorada. Alex la miró y lo único que pudo ver fue el pulgar de Spurlock acariciándole los nudillos—. Y por favor, llámeme Morgan —añadió y después se giró hacia Alex—. Cariño, el señor Spurlock y tú habéis comenzado con mal pie, ¿no crees?

—Sí —Alex se maravilló por lo bien que Morgan estaba interpretando su papel. Demasiada hostilidad por su parte podría anular la posibilidad de ser invitados a la casa de al lado. Dio un paso hacia delante, ofreciéndole la mano a Spurlock... y obligándolo a soltar la de Morgan—. Alex Donovan. Mi mujer siempre me dice que soy demasiado brusco con los desconocidos. Supongo que tiene razón.

—No pasa nada, señor Donovan —Spurlock le estrechó la mano firmemente y después se giró y observó el Lincoln con interés—. Parece que tiene un enemigo.

—Tengo más de uno —comentó Alex.

—Eso es algo que tenemos en común, señor Donovan —Spurlock volvió a mirarlo, entornando los ojos—. ¿Tiene alguna idea de cuál de sus enemigos le ha puesto una bomba en el coche?

—Tal vez. Pero cuando lo sepa con seguridad, me encargaré de esa persona. Cara a cara.

—Sí. Tengo esa impresión.

Spurlock metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y Alex se tensó. Había dejado su Glock con el arma de Morgan en el

dormitorio, en el compartimento secreto. Cuando se trabajaba de incógnito, a veces había que confiar en las habilidades de uno mismo en vez de en las armas.

Se relajó, pero sólo ligeramente, cuando Spurlock sacó un puro y un mechero de oro macizo del bolsillo.

Spurlock inclinó la cabeza y encendió el mechero. Al ver la llama, Alex recordó las fotos de los restos calcinados de Emmett Tool, reconocidos solamente por la dentadura. ¿Habría usado Spurlock el mismo mechero para quemar vivo a su contable?

Dejando escapar una bocanada de humo, Spurlock giró la cabeza y observó los parterres, artísticamente elaborados.

—Han plantado la rosa de *Madame Pierre Oger* —comentó.

—Sí —con una mirada de total fascinación, Morgan le puso una mano en la manga—. ¿Le gustan las rosas, señor Spurlock?

—Carlton —contestó, mirándola—. Heredé de mi abuela la pasión por las rosas.

—Y yo de mi tía —como si se sintiera cómoda hablando del tema con él, Morgan deslizó una mano por el hueco de su brazo—. Tenía un jardín enorme, con cantidades de flores y arbustos. De pequeña, pasaba muchos veranos con ella y con mis primos. Antes de poder ir a la piscina todos los días, teníamos que ayudarla con el jardín. La verdad es que a mí nunca me importaba. Mi tía me hizo darme cuenta de que hay algo fascinante en el hecho de plantar una semilla y verla crecer.

—Sí, exactamente —Spurlock sonrió ampliamente mientras la miraba a los ojos—. Tu tía se parece a mi difunta abuela.

—¿Le gustaba trabajar en el jardín?

—Con las rosas. Las cultivaba, eran su pasión. Y ahora son la mía.

Morgan hizo un gesto hacia el parterre que estaba en el lado más apartado del porche.

—Entonces, tal vez reconozcas la *Reina Victoria* que he plantado allí. Es el nombre que se le da a la madre de *Madame Pierre Oger*.



Pensé que sería bonito tener las dos variedades frente a frente. Como un tributo a la madre y la hija.

—Es un gesto encantador —comentó Spurlock, deslizando una mano sobre la de ella.

El interés puramente masculino que se apreciaba en su mirada enfureció a Alex. Se preguntó si tendría tiempo suficiente de darle un puñetazo en plana cara antes de que Colaneri saltara sobre él.

—Tengo varios centenares de rosas en mi jardín —dijo Spurlock—. Ahora están en flor. ¿Os gustaría verlas a ti y a tu marido?

—Me encantaría. ¿Alex? —Morgan se giró y le dedicó una mirada expectante—. Sé que no te gustan mucho las flores, así que tal vez prefieras que vaya sola.

Alex sabía que hacía ese comentario porque le había advertido sobre mostrarse demasiado ansiosos ante cualquier invitación de Spurlock. Se puso al lado de ella, le deslizó una mano por detrás del cabello y la posó en la base del cuello.

—Cariño —murmuró Alex, frotando su cuerpo ligeramente contra el de ella—, puedo estar mirando las flores todo el día, mientras esté contigo.

—Qué bonito —contestó ella, dejando escapar una suave risa. Le puso una mano en el pecho desnudo y lo miró pícaramente—. Me pregunto si dirás las mismas cosas cuando llevemos casados un año entero.

—Por supuesto que sí. Y además, te las diré de verdad —se dijo a sí mismo que tenía que hacer que la escena resultara convincente, así que inclinó la cabeza y rozó los labios de Morgan con los suyos. Y sintió que el corazón se le paraba.

Se obligó a pensar como un policía y no como un hombre al que lo estaba invadiendo el deseo sexual. Se recordó que todo era una farsa y que la vida de Morgan y la suya propia dependían de convencer a un asesino de que sólo eran una pareja enamorada que se había mudado a la casa de al lado.

Controlándose a duras penas, se giró a tiempo de ver una mirada de envidia en los ojos grises de Spurlock, que estaban fijos en Morgan.

«*Es mía*», pensó Alex mientras deslizaba una mano por la espalda de Morgan, hasta situarla en su cintura. «*Toda mía*». Le dedicó a Spurlock una mirada significativa, un mensaje de hombre a hombre.

—Mi esposa y yo estaremos encantados de echarle un vistazo a sus flores.

Spurlock expulsó otra bocanada de humo y la columna blanca ascendió en una espiral hacia el cielo oscurecido mientras observaba detenidamente a sus nuevos vecinos.

—Comprobaré mi agenda —dijo, haciendo girar el puro entre sus cuidados dedos—. Nos mantendremos en contacto.

Morgan intentó ignorar los latidos desbocados de su corazón mientras las luces traseras de la limusina desaparecían por el camino de entrada. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y entró en el recibidor de mármol rosa.

En cuanto oyó que Alex cerraba la puerta a su espalda, se puso una mano en el pecho.

—¡Cielo santo!

Alex la miró e instantáneamente, se encendió una alarma en su cerebro.

—Estás blanca como el papel.

—Tengo... que recuperar la respiración —se presionó el pecho con una palma, como si quisiera sacar el aire de sus pulmones. Pero no tenía.

Alex dio un paso hacia ella.

—Tienes que inclinarte hacia delante.

—No... Necesito... respirar.

Él le tomó un brazo.

—No puedes hacerlo si se te ha quedado aire comprimido bajo el diafragma —le puso una mano detrás de la cabeza y la obligó a

doblarse por la cintura.

Inmediatamente, el aire salió de sus pulmones.

—¿Mejor? —le preguntó Alex, observándola con interés mientras ella tomaba aire.

—Sí. Gracias —se incorporó y se apartó el pelo de la frente—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo cuando acabamos de hacer lo que acabamos de hacer?

Él arqueó una ceja.

—¿Te refieres a nuestro encuentro con Spurlock?

—¿A qué si no? Yo estoy hiperventilando y a ti no te ha afectado nada.

—Se llama experiencia, Morgan. Y hemos conseguido captar el interés de Spurlock. Pero no sabremos si se ha tragado el espectáculo hasta que vuelva con una invitación en firme. Mientras, tienes que sentarte —agarrándola de un brazo, la condujo hacia la escalera—. Quédate aquí. Te traeré algo de brandy.

—De acuerdo.

Sintiendo un escalofrío, se cerró la bata y miró a Alex mientras se dirigía al estudio. Los pantalones del pijama revelaban un cuerpo musculoso que parecía estar en plena forma.

Cuando Alex regresó, los pulmones de Morgan ya funcionaban con normalidad.

—Gracias —dijo cuando él le dio la copa.

—De nada.

Morgan tomó un largo trago, dejando que la calidez del brandy la tranquilizara.

—No tenía ni idea de esto.

—¿Del brandy? —preguntó Alex.

—De la adrenalina que me ha recorrido todo el cuerpo.

Alex se sentó en el escalón alfombrado, junto a ella.

—Yo lo llamaría un ataque de nervios.

—No estoy segura de lo que sentí cuando estábamos con

Spurlock.

—Morgan, estás hablando de emociones.

—Sí y estoy intentando analizarlas.

—Estás perdiendo el tiempo. Las emociones no son algo que puedas poner en una gráfica, no son lógicas. En realidad no importa lo que has sentido ahí fuera; lo que importa es que has hecho un gran trabajo.

Morgan se inclinó hacia delante.

—¿De verdad lo crees?

Alex la observó con ojos impenetrables.

—No lo creo; lo sé.

Ella sonrió.

—Ha sido muy extraño. Cuando apareció Spurlock algo cambió en mi mente y de pronto me convertí en una mezcla de Morgan Donovan y Carrie.

—¿Carrie? ¿Tu hermana?

—Sí. Según Grace, Carrie ha tenido a los hombres a sus pies desde que tenía cinco años. Hace que tratar con ellos parezca muy fácil.

—Esta noche tú también lo has hecho.

Morgan apoyó un codo en el escalón inmediatamente superior al que estaba sentada. Podía sentir como el brandy deshacía la tensión en su interior, poco a poco.

—Tú tampoco has estado nada mal, Blade.

—¿Sí? —tenía el cabello alborotado y con sus ojos oscuros y barba incipiente en la mandíbula, parecía duro, peligroso e increíblemente masculino. Y además tenía el pecho totalmente desnudo.

Morgan asintió, intentando concentrarse en lo que decía.

—Parecías uno de esos tipos que va a hacer lo que realmente quiere y a quien no le importa lo que los demás piensen.

—Esa descripción también puede aplicarse a Spurlock.

—Lo sé. Pero cuando las cosas se ponen feas, él mata a la gente.

¿Alex Donovan también lo hace?

—Ésa es una pregunta interesante, señora Donovan. ¿No crees que deberías habérmela hecho antes de casarte conmigo?

—Ahora ya es demasiado tarde —sin ser consciente de que había hecho el gesto, Morgan bajó la vista y vio que una de sus manos descansaba en la rodilla de Alex. Cuando empezó a apartarla, Alex entrelazó los dedos con los suyos.

—Tienes razón, es demasiado tarde —dijo él con suavidad—. Y hay algo más que Spurlock y yo tenemos en común.

Morgan sintió que una oleada de sensaciones la invadía, desde la excitación al miedo, pasando por la ansiedad y el deseo. Dejó la copa a un lado, esforzándose por pensar mientras sentía el pulso latiéndole en la cabeza y en los oídos.

—¿Y qué es?

Alex se inclinó hacia ella y le rozó una mejilla con las yemas de los dedos.

—Los dos pensamos que Alexander Donovan tiene una mujer espectacular.

Morgan sintió un rastro de fuego donde los dedos de Alex la habían tocado. Sabía que tenía que apartarse, darle las buenas noches e irse a la cama. Pero no podía hacerlo. Intentó llevar el tema de conversación a un terreno seguro.

—Así que... eh... ¿Crees que Spurlock se ha tragado la historia de la bomba?

—Eso creo —Alex le pasó un pulgar por los nudillos—. Si no está detrás de ese policía de Las Vegas que nos ha investigado, lo hará él mismo ahora. Y esa investigación le demostrará que hay muchas más cosas de Alex Donovan de las que cree.

—Las compañías legales que Donovan tiene.

—Exacto. Spurlock querrá averiguar cómo un jugador que ya ha sido condenado ha conseguido esas operaciones legales. Tendrá curiosidad por saber si Donovan las usa para blanquear dinero

procedente del juego. Si es así, seguramente querrá meterse en el asunto y confirmará la invitación para que vayamos a oler sus rosas.

—Tiene que hacerlo. Es la única forma de que podamos entrar en su mansión y encontrar las pruebas que ocultó Krystelle Vander.

—Aunque eso ocurra, vamos a necesitar mucha suerte para encontrarlas, cuando ni siquiera sabemos lo que son.

Morgan asintió. El roce del pulgar de Alex sobre sus nudillos eran lento y excitante.

—Mientras tanto, continuaremos haciendo lo que hemos hecho durante las últimas dos semanas. Esperaremos a Spurlock.

—Correcto —Alex inclinó la barbilla—. Suelo tener bastante paciencia. Pero ahora, aquí sentado mirándote y acariciándote, hay algo de lo que me he cansado de esperar.

—Yo...

—Eres una tentación, Morgan —siguió acariciándole los dedos y le puso la otra mano en el cuello, inclinándola hacia él—. Quiero probarte, Morgan McCall. Quiero probar tu sabor.

—Esto no... es... inteligente —levantó las manos y las puso sobre su pecho desnudo. Pero no lo apartó. ¿Cómo podía hacerlo cuando también ella deseaba desesperadamente conocer su sabor?—. Tú lo sabes y yo también.

—Los dos lo sabemos —bajó la cabeza y le atrapó el labio inferior entre los dientes—. Sólo una vez.

—Una —susurró, separando los labios para él.

Alex le tomó la boca despacio, torturándola y Morgan sintió que el corazón se le desbocaba mientras el sabor de él se colaba en su interior. Se olvidó de todo excepto del deseo de estar entre sus brazos.

Los labios de Alex la besaban a conciencia y Morgan los sentía calientes y duros, robándole el aire de los pulmones y los últimos retazos de cordura. Él le deslizó la bata de seda por los hombros hacia abajo y le puso las manos en la cadera para sentarla en su

regazo.

Las manos de Morgan subieron hasta el cuello de Alex como si tuvieran vida propia y enredó los dedos en su pelo. «Mío», pensó mientras su boca seguía saboreándolo.

Alex deslizó las manos hacia sus pechos y le acarició los pezones que ya erectos, se perfilaban contra la seda del camisón. Morgan dejó escapar un gemido y sintió que el corazón le latía aún más rápido, bombeando sangre caliente por sus venas.

—Todas las normas —murmuró Alex—. Maldición, Morgan. Quiero romper todas las normas cuando estoy cerca de ti.

Normas. La palabra empezó a colarse en su mente mientras Alex le besaba ávidamente la garganta. Estaban rompiendo todas las normas en el trabajo y además, ella estaba ignorando la que se había impuesto. Las normas la iban a mantener a salvo e iban a proteger su corazón y su cordura.

Su instinto de supervivencia se abrió paso a través de la pasión y se apartó un poco.

—No podemos... hacer esto.

—Ya lo estamos haciendo —la boca de Alex se deslizaba por su garganta mientras con una mano le bajaba uno de los pequeños tirantes—. Deja que te posea, Morgan. Aquí. Ahora. Deja que te tenga.

—Yo... No —con un solo movimiento se apartó completamente—. No podemos hacer esto. Yo no puedo hacerlo —sintió que las piernas no la sostenían y tuvo que agarrarse a la barandilla—. No puedo involucrarme con un hombre como tú.

—Un hombre como yo —repitió Alex. Seguía sentado en el escalón y la miraba con los ojos entornados—. ¿Quieres explicarme lo que significa eso?

—Significa... —se llevó una mano al corazón y tragó saliva, intentando normalizar la respiración. ¿Quería realmente que él supiera lo que pensaba cada vez que se acercaba a ella? ¿Que en

cuanto entraba en la habitación sentía que le hervía la sangre? ¿Que había aprendido de la peor de las maneras que estar con un hombre que le provocaba esas reacciones era como un suicidio?—. Significa que tenemos un trabajo por delante —dijo finalmente—. Hay ciertas normas que no pueden romperse, ciertas líneas que no deben sobrepasarse. Tú y yo estamos aquí por el trabajo y es eso en lo que tenemos que concentrarnos. Es de sentido común.

—Estoy de acuerdo —Alex se apoyó en la barandilla y la recorrió con la mirada—. Lo que ocurre es que últimamente tengo problemas para concentrarme en el trabajo.

Sintiendo que le ardían las mejillas, Morgan recogió la bata de las escaleras, se la puso y se ató el cinturón.

—Es tarde. Me voy a la cama —sabía que dormiría poco, tal vez nada. Sobre todo cuando aún podía sentir el tacto de Alex por todo su cuerpo.

Se dio la vuelta y su mirada se detuvo en una de las mesitas que había arrimadas a la pared. Cuando vio sobre ella el libro con encuadernación de piel, se quedó helada.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alex.

—Ese libro —miró por encima del hombro para observar a Alex—. ¿Es uno de los que trajo Wade Crawford? ¿De los que tienen cámara?

Antes de que pudiera decir la última sílaba, Alex ya se había levantado. Dejó escapar un juramento.

—No pensé en la cámara. No pensé que había una maldita cámara aquí...

—Grabando todo lo que acabamos de hacer.

—Sí.

Morgan se agarró con una mano las solapas de la bata mientras sentía que la mortificación se convertía en una gran náusea.

—Dime que sabes cómo abrir el panel que oculta la habitación bajo las escaleras.



—Puedo entrar.

—Y dime que puedes borrar la cinta. La cinta con nosotros... — cerró los ojos mientras se imaginaba a Wade Crawford viendo la grabación en la que Alex y ella se besaban.

—Puedo borrarla.

—Bien. Eso está bien.

—He sido un estúpido al olvidarme de la cámara. ¡Demonios, si fui yo mismo quien puso el libro ahí! —se pasó una mano por la cara y sacudió la cabeza—. Tienes razón.

—¿Razón?

—Es una mala idea que nos involucremos, especialmente si hay trabajo de por medio. Cuando se trabaja de incógnito hay que mantener un distanciamiento profesional con todo y con todos. Y yo acabo de romper esa norma.

—Los dos la hemos roto.

—Yo dirijo esta operación, McCall —dijo con voz fría—. Cualquier cosa que ocurra es mi responsabilidad. He dejado que te metieras en mi cabeza, en mi interior y eso me ha hecho descuidado.

¿En qué demonios había estado pensando?, se preguntó Morgan. No quería tener una relación con Blade. No quería estar cerca de ningún hombre que le hiciera perder el control tan rápidamente, sin ningún esfuerzo.

Con el sabor de Alex todavía en los labios, Morgan reforzó esa decisión alejándose de él un paso. Y luego otro.

—No te preocupes —dijo él mirándola a los ojos—. Lo que ha ocurrido entre nosotros no volverá a pasar. Te doy mi palabra. De ahora en adelante, si te pongo las manos encima será estrictamente por trabajo.

—Eso será lo mejor —manteniéndole la mirada, Morgan trató de ignorar la decepción que sentía. Inspiró profundamente—. No ha sido sólo culpa tuya, Alex. Yo también he participado. Lo sabes. Así que yo también te doy mi palabra. Lo que ocurra a partir de ahora

entre nosotros será sólo por deber. Tiene que ser así.  
—Estoy de acuerdo.

## Capítulo 10

Con los músculos tensándose y aflojándose y el cuerpo cubierto de sudor, Alex se sentó en un banco de trabajo. Le dolían los brazos y los bíceps lo quemaban mientras completaba la quinta serie de levantamiento de pesas. A su alrededor, el gimnasio estaba equipado con todo lo necesario y detrás de él había unas puertas que conducían al jacuzzi y a la sauna. Sin duda, el antiguo propietario de la mansión se había preocupado mucho por su imagen. Y en aquellos momentos, a Alex sólo lo preocupaba aliviar un poco su frustración.

Durante los tres días con sus tres noches que habían pasado desde que Morgan y él se besaran, había intentado recuperar la lógica y la sangre fría que siempre lo acompañaban en las misiones de incógnito. Pero había fracasado. Ya no le resultaba tan fácil mantener a raya los sentimientos, en especial los que tenía por Morgan.

No lo ayudaba el hecho de que cuando estaban juntos en la casa, se rehuían como habrían hecho con unapestado. Además, estaban las cenas, que no les quedaba más remedio que compartir, ya que Spurlock o cualquiera de sus matones podía hacerles una visita en cualquier momento. Así que cenaban juntos cada noche, discutiendo los detalles de la operación. No habían vuelto a mencionar lo que había ocurrido entre ellos tres noches atrás.

Comenzó otra serie con las pesas. El sudor le corría por el pecho desnudo y por la espalda, empapando la cinturilla de sus pantalones de deporte. Desde el divorcio, sólo había tenido relaciones con mujeres que querían lo mismo que él: aventuras sin lazos emocionales ni sentimentales. Aquellos encuentros incluían risas,

algo de sexo rápido y varios días o tal vez semanas de compañía. Después cada cual se iba por su lado.

¿Por qué no podía olvidarse de esos minutos que había compartido con Morgan en la escalera? Lo preocupaba que lo hubiera distraído tanto como para olvidarse de la cámara, que había grabado cada beso, cada caricia, cada movimiento. Y tres días después, la deseaba tanto que estaba a punto de ponerse enfermo.

Sabía que jamás debía haber ocurrido aquello con Morgan. No sólo porque era su compañera, sino porque él era varios años mayor... y no sólo cronológicamente, sino también en experiencia. Había tomado ventaja sobre ella y no tenía derecho a hacer eso. Dejaría de pensar con las hormonas y mantendría las manos alejadas de ella. El problema era que eso era imposible, porque estaban en una misión activa.

Así que se tumbaba en la cama cada noche, preguntándose si Morgan estaría dormida o si como él, se mantendría despierta, reviviendo lo que había ocurrido entre ellos, imaginando lo que podría haber sido si hubieran llevado las cosas más lejos.

—Alex, estamos dentro.

Se sobresaltó al oír la voz de Morgan detrás de él. Dejó caer las pesas en la colchoneta y se dio la vuelta mientras se limpiaba el sudor de los ojos con el brazo.

Ella estaba en la puerta, vestida con pantalones cortos negros y una camiseta negra corta y ajustada que dejaba al descubierto su vientre plano. Se había recogido el cabello con una coleta y el sudor que brillaba en su rostro y en los brazos era un indicativo de que acababa de correr, como todas las mañanas.

Alex volvió a sentir la punzada de frustración mientras cada célula de su cuerpo ardía de deseo. Agarró una toalla que había en el borde del banco y se limpió el sudor de la cara y del pecho.

—¿Estamos dentro de qué? —le preguntó.

—De la casa de Spurlock —se pasó el dorso de la mano por la

frente y dio un largo trago de la botella de agua que llevaba—. Estaba corriendo junto a su casa cuando la verja que protege su camino se abrió y un hombre se me puso delante.

—¿Uno de los tipos vestidos de negro que siempre están apostados en la verja?

—No. Era el alto, el que conducía la limusina el otro día...

—Colaneri.

—Exacto, Colaneri. Apareció en la calle, justo delante de mí y tuve que frenar en seco. Casi perdí el equilibrio. Parecía que hubiera estado esperando a que saliera a correr a la misma hora que todos los días —se encogió de hombros y atravesando el gimnasio, agarró una de las toallas que había sobre una pequeña mesa y se enjugó la cara. Se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Algo va mal?

—Había malicia en sus ojos. Aunque ha sido muy educado, había algo...

Alex asintió con la cabeza. Había sentido la mirada hostil de Colaneri la otra noche. No quería ni pensar que ese bastardo vicioso se había acercado a Morgan en la calle.

—Ya has leído los informes que tenemos de él —dijo Alex—. Le encanta la violencia y el sexo pervertido con prostitutas. Algunas mujeres con quienes se lo ha visto han aparecido muertas, cortadas en trozos. Nunca se encontraron pruebas de que fuera él, pero estoy seguro de que esos talentos suyos fueron una de las razones por las que Spurlock lo contrató.

Morgan se pasó la toalla por el cuello.

—No sé quién me horripila más, si Spurlock o Colaneri.

—Recuerda que Spurlock da las órdenes. Colaneri no haría nada sin el visto bueno de su jefe. Tenemos muertos a tres policías y tres civiles porque Spurlock los asesinó u ordenó que lo hicieran —Alex arrojó la toalla a un cubo de metal—. ¿Qué te ha dicho Colaneri?

—Que a su jefe, el señor Spurlock, le gustaría invitarnos a tomar

algo y a cenar esta noche.

—¿A qué hora?

—A las seis en punto —Morgan arqueó una ceja—. Tenemos que llegar en coche en vez de caminando, porque los dóbermans de Spurlock se ponen nerviosos cuando huelen a extraños.

—Yo reacciono igual ante esos perros —Alex sintió la familiar oleada de adrenalina que lo recorría cuando una investigación empezaba a moverse—. Parece que hemos dado el primer paso.

—Eso parece.

Morgan paseó la mirada por el gimnasio e hizo girar los hombros hacia atrás, como si quisiera liberarse de la tensión. Pero no era tensión, pensó Alex, sino aprensión.

—Hoy no iré a las carreras —dijo levantándose. Recogió las pesas y las dejó en un estante—. Me daré una ducha rápida y nos encontraremos en el estudio. Tenemos que volver a repasar cada paso de la operación. Pero recuerda que ya has demostrado que puedes desenvolverte con Spurlock. Esta noche tendrás que hacer lo mismo, pero en otro lugar.

—En su territorio —se mordió ligeramente el labio inferior—. No dejo de pensar en todo lo que puede ir mal mientras busco el dormitorio dorado. Y mientras husmeo buscando las pruebas que Krystelle Vander ocultó allí. Sean lo que sean.

—En cualquier caso —dijo Alex dando un paso hacia ella—, recuerda que en este trabajo es imposible anticiparse a lo que pueda ocurrir. La clave es ser lo suficientemente flexible para poder modificar tu carácter cuando lo necesites para enfrentarte a las situaciones.

—Flexible. De acuerdo —se quitó la cinta que le sujetaba el cabello y éste cayó en cascada sobre sus hombros. Luego le pasó la botella de agua a Alex—. Yo también necesito una ducha. Nos veremos en el estudio.

—Sí.

Alex la observó mientras se dirigía a la puerta, con los pantalones negros ajustándosele a las caderas y al elegante trasero. Lo que él necesitaba era tocarla. Urgentemente.

Cerró los ojos, tomó un largo sorbo de la botella de agua... y volvió a saborear a Morgan. Tuvo que controlarse para no arrojar la botella contra la pared.

Horas después Morgan comprobó por última vez su aspecto en el espejo que había en la parte alta de las escaleras. Con el cabello cardado en una melena densa y salvaje y un escotadísimo vestido rojo que se le ajustaba como una segunda piel, era realmente Morgan Donovan.

Nerviosa, se puso una mano en el estómago. Debería ser la mujer sexy y segura de sí misma que una vez había servido mesas en Las Vegas, pero en aquel momento le faltaba la confianza de Morgan Donovan. No quería ni pensar en lo que iba a ocurrir al otro lado del muro de Spurlock, en la posibilidad de dar un paso en falso. Pero la idea no dejaba de aparecer en su mente.

Además, sus nervios habían aumentado en los tres últimos días. Alex y ella se evitaban desde el apasionado encuentro que habían tenido en las escaleras y deliberadamente, sólo hablaban del trabajo. Sobre todo, Alex la trataba con indiferencia.

No, pensó, frunciendo el ceño ante el espejo. No era indiferencia. Sabía que Alex era muy consciente de su presencia, al igual que ella de la suya y ése era el problema.

De repente lo visualizó como lo había visto en el gimnasio aquella mañana, vistiendo sólo unos pantalones cortos de deporte, con el sudor deslizándose por su piel bronceada. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no arrojarse a sus brazos y quitarle los pantalones.

Cerró los ojos y tuvo que admitir que la tensión que sentía no era sólo por lo que iba a ocurrir en casa de Spurlock. También era por su compañero, un hombre al que había aprendido a respetar y admirar y

que no podía ser bueno para ella a nivel personal. Un hombre sobre el que había prometido tener las manos apartadas y con quien deseaba ardientemente tener sexo delirante y salvaje.

¡Dios, tenía un gran problema! ¡Maldito Alex Blade! ¡Maldito, por desatar todo el deseo que había conseguido controlar durante años!

—Estás...

Sobresaltada, se giró al oír la voz de Alex. No lo había oído acercarse por el pasillo alfombrado y en ese momento la observaba, apoyado en la barandilla. Con unos pantalones sport hechos a medida de color beige y una camisa blanca de seda, tenía la imagen perfecta de un hombre rico que poseía una mansión, coches caros y una joven esposa trofeo colgada de su brazo.

Ella forzó una sonrisa.

—¿Estoy qué? ¿Bien? ¿Más o menos bien?

Alex le paseó la mirada desde la cara a los zapatos rojos con tacón de aguja, pasando por el provocativo vestido.

—Tienes un aspecto peligroso —dijo, volviendo a mirarla a la cara—. Letal.

—¿Es eso un cumplido?

—Sí —Morgan levantó una mano y sus dedos jugaron con la cadena de oro de su pequeño bolso de cuero. Alex se sacó del bolsillo un pequeño tubo negro que contenía un pintalabios—. He comprobado la cámara una vez más —se apartó de la barandilla y se acercó a ella, tendiéndole el pintalabios.

—Gracias —Morgan intentó ignorar que se le había acelerado el pulso al oler su aftershave y se concentró en recordar las instrucciones que le había dado para usar la cámara mientras habían estado en el estudio—. Supongo que le debo a Crawford un beso por haber conseguido meter una cámara aquí y dejar intacta la mayor parte del pintalabios.

Alex la miró y sus ojos castaños se oscurecieron un poco.

—Con un apretón de manos bastará. ¿Estás preparada para visitar



a nuestro vecino?

Morgan metió el pintalabios en el bolso.

—Nunca he estado más preparada.

La mansión de Spurlock tenía un aspecto elegante. Estaba construida al estilo de las casas solariegas inglesas, con hiedra trepadora cubriendo la fachada. El estilo inglés también se apreciaba en el interior, en las antigüedades, en los tejidos y en los muebles, de colores cálidos. Algunos óleos originales, extraordinariamente caros, decoraban las paredes y los suelos de madera estaban cubiertos por alfombras tejidas a mano con motivos de flores.

Cuando Morgan y Alex salieron a la terraza trasera acompañados por su anfitrión, pudieron contemplar los aparentemente interminables y exuberantes jardines y las rosas aterciopeladas.

Después de una hora de visita por los jardines y el invernadero, regresaron a la terraza. Los cenadores y los enrejados cubiertos de rosas y los enormes rincones desbordados de flores y plantas hicieron a Morgan pensar en un jardín secreto.

—Carlton, tu casa y tus jardines son maravillosos. Magníficos.

—Gracias.

Spurlock, que lucía unos pantalones negros y una camisa gris de lino, sirvió champán en copas de flauta. El sol se estaba ocultando e iluminaba la terraza con una pálida luz rosada. Morgan sonrió.

—Tus jardines me recuerdan a los de mi tía. Pero a gran escala, claro.

—Me honras —dijo él—. Teniendo en cuenta los increíbles progresos que has hecho en tu jardín y con los parterres, te considero una experta —le ofreció una de las copas—. Creo recordar que mencionaste que tu tía cultivaba todo tipo de flores...

—Así es.

—Entonces, tal vez puedas ayudarme a solucionar un problema. ¿Ves el grupo de robles tras la mesa de la piscina? Sus hojas forman una cubierta tan espesa que la hierba no puede crecer bajo ellas. He

tenido que plantar musgo.

—Tiene sentido —comentó Morgan.

—Sí, pero hay algunos puntos donde no consigo que agarre el musgo. ¿Qué me recomiendas?

Morgan dirigió la vista hacia la piscina.

—Suero de leche —contestó, volviendo a fijar la mirada en Spurlock.

—Suero de leche —repitió él.

—Haz una mezcla con medio litro de suero y cuatro litros de agua y pinta con ella esos lugares. El musgo agarrará sin problemas.

Spurlock deslizó la mirada por su vestido rojo.

—No sólo eres una experta en plantas, sino que eres una experta guapísima.

—Gracias.

Un sirviente oriental llevando un sobretodo blanco apareció con una bandeja de plata donde descansaba la botella de agua que Alex había pedido.

—Señor Donovan, ¿seguro que no puedo tentarlo con otra cosa que no sea agua embotellada?

—No, gracias y llámame Alex —dijo amigablemente mientras tomaba la botella y la abría—. Necesito mantener la cabeza despejada cuando hablo de negocios —le dedicó a Morgan una sonrisa encantadora y le pasó un brazo alrededor de la cintura—. Y estoy de acuerdo contigo, Carlton: mi mujer es guapísima.

—Extremadamente guapa —Carlton tomó un sorbo de su copa e inclinó ligeramente la cabeza—. No sabía que tú y yo teníamos asuntos que tratar.

—Busco consejo para hacer una inversión —explicó Alex—. Tengo la posibilidad de comprar un pequeño centro comercial en el noroeste de la ciudad —bebió un sorbo de agua—. En las carreras alguien comentó que tenías una empresa inmobiliaria.

—Entre otras cosas.

En aquel momento, Morgan sintió que la ansiedad la invadía. Alex y ella habían planeado que la charla sobre los negocios le daría el tiempo necesario para entrar en la mansión y buscar el dormitorio donde Krystelle Vander había ocultado las pruebas.

—Así que —continuó Alex—, pensé que podrías hablarme de los pros y los contras de abrir cierto tipo de negocios en esa zona.

—Tal vez. ¿Qué tipo de negocios?

—Me gustaría transformar la mayor parte de la superficie en un cine.

Spurlock arqueó una ceja.

—¿Un cine?

Para proyectar películas independientes y de bajo presupuesto a clientela muy selecta. Podría abrir una librería junto al teatro y probablemente quedaría sitio para una tienda.

Dejando escapar un suspiro de aburrimiento, Morgan dejó de mirar a Spurlock y fijó su atención en los enrejados cubiertos de rosas. Alex había transmitido bien el mensaje de que el cine proyectaría películas pornográficas, con una librería para adultos y una tienda que ofrecería artículos sexuales. En ese tipo de negocios los clientes debían pagar en metálico, y los números podían manipularse fácilmente en los libros de contabilidad para reflejar unos beneficios mucho más grandes de lo que realmente eran. Sería una tapadera perfecta para blanquear grandes cantidades de dinero a partir de pequeñas facturas.

Y un hombre que dirigía un casino y otros negocios ilegales siempre estaba buscando formas de blanquear dinero.

—Sí, Alex, creo que puedo darte algunos consejos —Spurlock miró su reloj de oro macizo—. Mi cocinero tendrá la cena preparada en unos veinte minutos. Podemos comentar el potencial de ese negocio ahora, si te parece bien.

—Sí, me gustaría —Alex tomó a Morgan de la mano mientras se dirigían a una mesa cercana—. Cariño, sé que los negocios te

aburren.

—¿No puedes aplazarlo?

—Lo haría, pero tengo una reunión con el dueño del local mañana por la mañana. Tengo que hablar con Carlton ahora. No nos llevará mucho tiempo.

Morgan sabía que aquel comentario era un recordatorio del plan que habían acordado: no gastaría más de cinco minutos en la primera búsqueda del dormitorio dorado.

—En realidad, creo que voy a empolverarme la nariz mientras habláis de negocios —dejó su copa en la mesa, junto a un jarrón de cristal con magnolias y buscó la mirada de Spurlock—. ¿Me disculpáis?

—Por supuesto.

—Me pareció ver un baño en la entrada.

—Sí. Le diré a Chan que te acompañe.

—No te molestes —dijo Morgan mientras empezaba a caminar con un sugerente movimiento de caderas hacia la entrada—. Recuerdo donde está.

Morgan atravesó las puertas y le echó un vistazo al reloj. Al llegar, había deducido por lo que decía Spurlock que la mansión tenía cuatro dormitorios en la planta baja y ocho en la superior. Aquella noche no había tiempo para subir; si tenía suerte, encontraría el dormitorio dorado en la planta baja.

Atravesó rápidamente un amplísimo salón y giró hacia un pasillo revestido de caoba, haciendo girar el broche de su bolso. Si alguna cámara de vigilancia la estaba grabando, escucharía un pequeño sonido. No oyó nada.

La primera puerta con la que se encontró era el pequeño baño que había visto antes, miró a ambos lados del pasillo y se acercó al baño, encendió la luz y cerró la puerta, alejándose nuevamente por el pasillo.

Sacó el pintalabios con la cámara del bolso y siguió avanzando,

deseando saber cuántos sirvientes habría en la mansión. Por lo menos habría dos y podrían aparecer y verla.

Se metió en otro pasillo y abrió la puerta de la primera habitación que encontró. Se encontró con un amplio dormitorio decorado en tonos rojizos y azulados y sintió una punzada de decepción al no haber encontrado el cuarto dorado al primer intento. Levantó el pequeño pintalabios, sacó dos fotografías, apagó la luz y cerró la puerta.

Siguió buscando sintiendo que la tensión la dominaba. Tomó fotografías de un dormitorio en tonos verdes y de otro decorado en color crema. Comprobó el reloj: Habían pasado dos minutos.

«*Date prisa*», se dijo a sí misma.

Se detuvo frente a la última puerta del pasillo y la abrió. Notó un suave olor a lavanda mientras encendía la luz, que iluminó un amplio dormitorio decorado con tonos azules y color colar. La cama era impresionante, con un dosel de terciopelo y había un jarrón con rosas amarillas en la mesita de noche. Morgan estaba a punto de sacar una foto cuando oyó unas pisadas que se acercaban por el pasillo.

Con el corazón en la garganta, atravesó la alfombra de color gris perla para entrar en el baño que el dormitorio tenía incorporado. Cerró la puerta con llave a su espalda y se apoyó contra ella, intentando controlar la respiración. Se concentró en escuchar cualquier ruido procedente del otro lado de la puerta, pero no oyó nada.

El instinto le decía que alguien había ido a buscarla y que se encontraría con esa persona en cuanto abriera la puerta. ¿Sería Spurlock? ¿Su criado Chan? ¿Tal vez el cocinero, o el ama de llaves? Podría ser el guardaespaldas, Colaneri.

Pero sabía cómo enfrentarse a aquella situación. Alex y ella habían preparado algo para ese tipo de casos. Lo único que tenía que hacer era permanecer tranquila.

Después de esperar un tiempo prudencial, tiró de la cadena y se acercó al lavabo de mármol. Abrió el grifo de oro macizo y se lavó las manos con agua fría. Inspiró profundamente varias veces y comprobó su aspecto en el espejo. A pesar del bronceado y del maquillaje que se había aplicado, estaba blanca.

Se secó las manos en una gruesa toalla y se puso algo más de colorete. Inspiró una vez más y abrió la puerta.

Gritó cuando Colaneri la hizo entrar de nuevo en el baño, haciendo que casi perdiera el equilibrio. El hombre cerró la puerta a su espalda y dio un paso hacia ella.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó Morgan, fingiendo indignación a pesar del miedo que sentía.

La boca de Colaneri se curvó en una sonrisa y sus ojos crueles brillaron.

—¿Qué tienes debajo del vestido, rubita?

# Capítulo 11

**M**organ dio dos pasos atrás.

—No te acerques a mí —con el rabillo del ojo vio que Colaneri había echado el pestillo.

—¿Llevas un cable debajo del vestido, rubita?

Colaneri llevaba pantalones negros y una camisa blanca de seda. Los primeros botones estaban abiertos, dejando ver varias cadenas de oro. No era demasiado musculoso, pero sí más alto que ella. Tenía varias cicatrices alrededor de las cejas y de la boca, y parecía que le hubieran roto la nariz en más de una ocasión.

—¡Oye! —protestó Morgan cuando él le arrebató el bolso.

—Cierra el pico.

«*Tranquila*», pensó Morgan. Si actuaba como una víctima, podía convertirse en una.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le preguntó.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo tú cotilleando por aquí? —respondió él.

Sacó el pintalabios del bolso, le quitó la tapa y giró la base. Comprobó cuidadosamente el lápiz de color rojo y volvió a meterlo en el bolso descuidadamente.

—¿Cotilleando? —preguntó Morgan—. ¿Quién está cotilleando? Tenía que usar el baño. Y esto es un baño, ¿no?

—Has pasado por otros cuatro antes de entrar en este —señaló Colaneri con voz ronca—.

Examinó su maquillaje y el atomizador de perfume. Finalmente arrojó el bolso sobre la encimera del lavabo. Cuando detuvo la mirada en sus pechos, Morgan sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Llevas un cable? A lo mejor tienes un micro escondido en el sujetador y querías dejarlo por aquí.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó ella, con mucha más valentía de la que realmente sentía.

Él sonrió con suficiencia.

—Para espiar a mi jefe. Hay muchísima gente a quien le gustaría saberlo todo de sus negocios.

—Pues yo no soy una de esas personas —se echó el pelo hacia atrás y sintió que le temblaban las piernas—. Para tu información, te diré que no me importa lo que hace el señor Spurlock.

—Pero a mí sí. Y sospecho de quienes meten las narices donde no deben.

—¡Tenía que usar el baño!

Colaneri dio un paso hacia ella.

—Éste es el trato, rubita. Voy a cachearte para ver si llevas algo fuera de lo normal bajo ese vestido rojo. Si no es así, me disculparé. Pero si tienes algo, tú y yo tendremos muchas cosas de las que hablar.

A Morgan se le aceleró el pulso un poco más al recordar los informes que había leído sobre Colaneri. Aquel hombre podría matarla en cuestión de segundos.

Pero eso no iba a ocurrir. Ella era policía y podía defenderse. Después de todo, en la academia era la mejor en defensa personal.

Pero tenía que defenderse como una mujer, no como un policía.

Maldiciendo mentalmente los tacones de aguja, separó un poco las piernas para equilibrarse mejor justo cuando Colaneri se acercaba a ella.

Rápida como una serpiente, Morgan le agarró el pulgar y se lo dobló hacia la muñeca. Al mismo tiempo le clavó uno de los tacones en el pie. Rugiendo de dolor, Colaneri cayó sobre una rodilla, apoyándose con la mano libre en la encimera de mármol.

—No vuelvas a tocarme nunca más —dijo ella entre dientes.

Agarró el bolso, descorrió el pestillo en cuestión de segundos,



abrió la puerta y corrió por el pasillo.

Sabía que la farsa que estaba a punto de fingir ante Spurlock decidiría si Alex y ella salían vivos de allí.

Atravesó las puertas de la entrada y salió a la terraza. Ya había anochecido y varias lámparas iluminaban la mesa a la que estaban sentados Alex y Spurlock. Sus caras serias le dijeron que aún seguían hablando de negocios.

Caminó hacia ellos con piernas temblorosas. Spurlock le daba la espalda y al mirar a Alex a los ojos, le transmitió un mensaje de advertencia. Notó que él se tensaba ligeramente, pero enseguida se relajó. Se inclinó hacia delante, observándola cuando ella golpeó la mesa con una mano, lanzándole a Spurlock una fiera mirada.

— ¿Se puede saber qué clase de sucio lugar es éste?

Alex se levantó rápidamente y la agarró de un brazo.

— ¿Qué ha pasado?

— Sí — dijo Spurlock, levantándose de la silla—. Tengo curiosidad por saber por qué crees eso de esta casa.

— Tu matón ha intentado meterme mano, eso es lo que ha pasado. Recibe las órdenes de ti, ¿no es cierto? ¿Sabías que iba a hacer eso?

Alex se volvió hacia Spurlock, apretando los puños.

— ¿Qué demonios es esto?

Spurlock inclinó ligeramente la cabeza.

— Os aseguro a los dos que no sé de qué va esto. Si me perdonáis, iré a averiguarlo.

Se dio la vuelta justo cuando Colaneri entraba en la terraza. Spurlock levantó una mano y Colaneri, como si fuera un perro entrenado, se detuvo. La mirada de odio que tenía en los ojos le heló a Morgan la sangre.

— ¡Él! — exclamó, apuntándolo con un dedo—. Ese gorila me ha dicho que si no le dejaba meterme mano, iba a hacerlo de todas formas.

— Bastardo — dijo Alex con furia.

Cuando quiso dar un paso hacia delante, Morgan lo agarró de un brazo.

—No. Alex, no llegó a tocarme, me aseguré de ello. Simplemente llévame a casa. Ahora.

Spurlock se giró para mirarlos.

—Señora Donovan... Morgan, preferiría que no os marcharais, al menos, hasta que me digas qué ha pasado —miró fugazmente a Colaneri y después volvió a fijar la vista en ella—. Si alguno de mis empleados ha tratado mal a un invitado, tengo que saberlo para tomar cartas en el asunto.

—Bueno...

Morgan se puso una mano en la garganta y miró hacia la mansión. Aquella noche había hecho progresos. Había comprobado que el dormitorio dorado no estaba en la planta baja, lo que significaba que Alex y ella tenían que conseguir que Spurlock los invitara de nuevo a su casa.

—Entré para usar el baño que había visto en la entrada —empezó a contar la historia que Alex y ella habían inventado antes—, pero la puerta estaba cerrada y pude ver luz por debajo, así que pensé que estaría ocupado. Como esto es una mansión, supuse que habría más de un baño en la planta baja, así que empecé a andar por el pasillo. Abrí varias puertas, pero sólo encontré dormitorios. No me parecía bien atravesar la habitación de alguien para entrar en el baño contiguo, así que seguí buscando, pensando que la siguiente puerta que habría sería lo que buscaba. Cuando llegué al final del pasillo, abrí la última puerta y era otro dormitorio. Yo... —bajó la vista recatadamente.

—¿Tú qué? —preguntó Spurlock con suavidad.

—Bueno, realmente necesitaba usar el baño, así que entré en la habitación para llegar al baño incorporado —levantó a barbilla y le dirigió a Colaneri una mirada centelleante—. Cuando quise salir, ese animal me empujó dentro. Me registró el bolso mientras me acusaba

de querer poner un micrófono. Después me dijo que me iba a cachear.

—Alex la tomó por los dos brazos.

—¿Lo hizo?

—No...

Las manos de Alex la apretaron con más fuerza.

—¡Maldita sea, Morgan, quiero la verdad! —exigió—. ¿Te ha tocado ese bastardo?

—No —le dio unas palmaditas en el pecho y sintió que su corazón latía rápidamente—. Cariño, te juro que no le di oportunidad —le lanzó a Spurlock una mirada de satisfacción—. Una chica no sirve copas en Las Vegas sin aprender cómo mantener a raya a los libidinosos.

Spurlock entornó sus ojos grises mientras los observaba.

—Por favor, perdonadme un momento mientras hablo en privado con mi empleado —dijo educadamente—. Estoy seguro de que esto es un malentendido que podemos solucionar si todos nos mantenemos tranquilos.

—Ni lo sueñes —dijo Alex.

Los músculos de su cara estaban tensos.

—Alex, estoy bien. De verdad. Queremos llevarnos bien con los vecinos, así que dale al señor Spurlock unos minutos.

La mirada asesina de Alex seguía fija en Colaneri.

—Si es eso lo que quieres, querida...

—Sí, lo es.

Spurlock inclinó la cabeza.

—Le diré a Chan que os traiga bebidas mientras esperáis.

Comenzó a andar hacia la mansión, chasqueando los dedos cuando alcanzó a Colaneri. El matón se dio la vuelta y siguió a su jefe.

Morgan esperó hasta que los dos hombres desaparecieron en el interior y después se apoyó en Alex.

—¡Cielo santo, necesito sentarme!

Él le acercó una silla y luego se sentó en otra a su lado. Le echó una mirada a la puerta y después se inclinó hacia Morgan.

—Estás bien.

—Más o menos. No...

—Cariño —le tomó una mano y se la puso sobre su propio reloj. Morgan pudo sentir la vibración contra la palma. Spurlock había activado un sistema de escucha al entrar en la casa con Colaneri.

Ella miró a Alex a los ojos.

—No sabía qué hacer —improvisó—. Estaba temblando como una hoja por culpa de ese gorila. Menos mal que Bruno nos enseñó autodefensa a todas las chicas que trabajábamos en el club.

—Sí —Alex asintió y le puso una mano en la mejilla.

Horas después Alex estaba sentado en el sofá del salón de los Donovan, reviviendo los acontecimientos de la noche y preguntándose si Spurlock se habría tragado la historia de Morgan.

Cuando Spurlock regresó a la terraza después de haber hablado con Colaneri, se mostró cortés y se deshizo en disculpas. Les rogó que perdonaran el comportamiento grosero de su empleado, asegurándoles que él mismo se encargaría de sancionarlo.

«*Sí, muy bien*», pensó Alex.

Colaneri no había aparecido durante la cena, ni cuando Spurlock los acompañó a su coche. A Alex le parecía que Spurlock se había tragado el cuento y esperaba tener razón, aunque en ese trabajo nunca se podía estar seguro al cien por cien.

Vestido sólo con los pantalones del pijama, se reclinó en el sofá y fijó la mirada en la película en blanco y negro, aunque sin verla realmente. Trabajar de incógnito era el equivalente a vivir en un mundo lleno de asesinos, ladrones, traficantes de droga, proxenetas y prostitutas. La naturaleza de ese trabajo estaba llena de peligros y a lo largo de los años Alex había vivido varias situaciones delicadas. Como la de aquella noche.

Cerró los ojos y se pasó una mano por el pelo. Había sabido desde el principio que Morgan podía cuidarse ella sola, pero aquella noche había querido arrancarle el corazón a Colaneri por lo que le había hecho. Aquel bastardo ni siquiera la había tocado, pero Alex quería matarlo.

Incluso en aquel momento, horas más tarde, aquel deseo era tan intenso que lo sorprendía.

Podía decirse a sí mismo que esa reacción era normal, que era el instinto de proteger a su compañera, pero sabía que era algo más. Mucho más. Contra toda lógica, supo que estaba obsesionado con una mujer que había terminado siendo su compañera. Y eso lo hacía tan peligroso como el canalla al que perseguían.

Aunque se dijera una y otra vez que Morgan McCall no era su tipo, la deseaba. Era una mujer guapa e inteligente que se había ganado su respeto. Aunque se engañara a sí mismo pensando que había un lugar para ella en su vida y para él en la de ella, sabía que Morgan no querría quedarse mucho tiempo a su lado. Y ése era el problema.

Desde el divorcio, lo único que había querido habían sido breves encuentros sexuales, pero sabía que con Morgan eso no le bastaría.

Levantó la mirada hacia el techo. Ella estaba arriba, en el dormitorio. Al regresar a casa, se habían instalado en el estudio y Morgan le había detallado lo que había ocurrido entre Colaneri y ella. Después se había excusado diciendo que tenía que escribir el informe del incidente. Alex suponía que en aquel momento el informe ya estaba escrito, firmado y archivado eficientemente con los demás papeles en el compartimento secreto del escritorio.

Si Morgan hubiera sido cualquier otra persona, él habría subido para asegurarle de nuevo que aquella noche había llevado bien las cosas con el matón. Después le habría preguntado si quería hablar de ello frente a una taza de café. Pero Morgan no era cualquier persona. Tratar con ella implicaba muchas más complicaciones de las que ya

llevaba parejas el trabajo. Así que lo mejor que podía hacer era quedarse allí sentado, porque mientras lo hiciera sería capaz de recordarse que un policía de incógnito era perfectamente capaz de anular sus emociones y de controlar sus sentimientos. Aunque esa certeza no lo ayudara con la tensión que se había apoderado de la parte inferior de su cuerpo.

Cuando Alex abrió los ojos a la mañana siguiente, seguía en el sofá y el salón estaba bañado por la luz del sol. Se sentó con rigidez e hizo una mueca al sentir dolor en el cuello y en la cabeza.

Entornó los ojos al darse cuenta de la claridad que entraba por los enormes ventanales y vio que la película en blanco y negro había sido reemplazada por un programa de entrevistas presentado por un tipo pelirrojo. Agarró el mando a distancia y apagó la televisión.

Se pasó una mano por la mandíbula e hizo otra mueca al sentir dolor en la frente. La última vez que había tenido una jaqueca de esas dimensiones había sido por una resaca bien merecida.

Pero la noche pasada sólo había bebido agua.

—¡Maldición! —murmuró al levantarse y sentir otra oleada de dolor.

Se dirigió a la cocina masajeándose las sienes, pensando que un poco del café recién molido de Morgan era lo que necesitaba para romper las gruesas telarañas que se habían instalado en su cerebro durante la noche.

Se detuvo frente a la cafetera y frunció el ceño. Por primera vez desde que se habían mudado a la mansión, Morgan no había hecho café. Y él no sabía cómo funcionaba el molinillo, así que aquél no era su día de suerte.

Se giró y paseó la mirada por la isla. Tenía la esperanza de encontrar un plato con magdalenas recién hechas, una cesta con bollos o tal vez algo de pan horneado. Pero no había nada.

En ese momento fue consciente del silencio que lo rodeaba, roto únicamente por el murmullo distante del sistema de aire

acondicionado. Se había dejado el reloj en la mesita del salón, así que comprobó la hora en el del horno. Eran más de las diez. Morgan llevaría horas levantada. O al menos, debería.

Su sexto sentido de policía se puso alerta y Alex atravesó la cocina. Había activado el sistema de seguridad la noche anterior y la luz roja del panel de control de la alarma seguía encendida. Cada mañana, Morgan apagaba el sistema antes de salir a correr. Si hubiera actuado de acuerdo con sus costumbres aquella mañana, debería estar brillando la luz verde, no la roja.

Pensando que podría haber vuelto a activarlo después, Alex insertó el código, apagó la alarma y salió a la terraza. Era el primer día de julio y el aire era espeso y caliente. El agua de la piscina brillaba como diamantes bajo la luz del sol.

Alex sabía que Morgan solía dejar una toalla en una de las sillas y nadar después de terminar de correr. Pero aquella mañana no había ninguna toalla.

Sintió una punzada de aprensión en el pecho. Algo iba mal. Todo a su alrededor parecía ir mal.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la cocina.

—¡Maldición! —dijo entre dientes.

No había bebido nada de alcohol, así que no podía tener una resaca. Y el estómago estaba bien, de forma que no podía ser un virus.

Se detuvo en la cocina, se pasó una mano por la mandíbula, que ya necesitaba un afeitado y obligó a su cerebro a pensar. ¿Podría estar sufriendo los efectos de una droga? ¿Lo habrían drogado? Y si así hubiera sido, ¿cuándo? No había sido en la casa de Spurlock, de eso estaba casi seguro. Únicamente había bebido agua de la botella que él mismo había abierto. Morgan había bebido champán, servido de la misma botella de la que Spurlock también había bebido. La comida había sido tipo bufé y había tenido buen sabor. Ni Morgan ni él habían tenido ningún síntoma en las horas siguientes a la cena.

¿Acaso Spurlock no se había tragado la historia de Morgan? ¿Alguno de sus matones había logrado evitar el sistema de alarma durante la noche, lo había drogado y se había llevado a Morgan? Tal vez la hubieran herido. O matado.

Alex intentó controlar el pánico que amenazaba con invadirlo. No podía empezar a imaginarse lo peor. No hasta estar completamente seguro.

Cerró la puerta que daba a la terraza y echó la llave. El silencio que había en la casa no presagiaba nada bueno. Abrió un cajón y sacó un cuchillo. Ocultó la hoja en la parte interna de su muñeca derecha y salió silenciosamente de la cocina, dirigiéndose al pasillo.

Pasó junto al salón en el que había pasado la noche, se metió por otro pasillo y llegó al estudio. Nada parecía fuera de lugar. No había ningún signo de que hubieran registrado la habitación. Entonces se dirigió a la entrada, sintiendo el frío del mármol en sus pies desnudos.

Su mirada se desvió al panel oculto bajo la escalera tras el que Wade Crawford había instalado numerosos monitores y aparatos de grabación. Podría saber con seguridad si alguien más había entrado en la mansión si viera las cintas. Pero antes tenía que encontrar a Morgan.

Sintió la brutal necesidad de darse prisa cuando se dirigió a las escaleras. Allí, miró hacia arriba y se quedó helado. La luz roja del detector de humos en el que Crawford había instalado un detector de radiofrecuencia parpadeaba con un intervalo de dos segundos. Lo que significaba que había al menos un micrófono oculto en la mansión.

Alex había comprobado la unidad tras regresar de la casa de Spurlock y la luz estaba apagada. La confirmación de que alguien se había saltado el sistema de seguridad de la mansión y había entrado durante la noche le hizo sentir una oleada de emociones: rabia, indignación y vulnerabilidad.



¿Había sido Colaneri la persona que había entrado? Ese bastardo era violento, sanguinario y le guardaba rencor a Morgan.

Luchando por mantener la calma y la lógica, se dijo que ese micrófono había sido instalado para escuchar las conversaciones entre él y Morgan, así que rezó para que ella siguiera y viva y pudiera mantener esas conversaciones.

Aunque quería subir apresuradamente para buscarla, lo hizo con calma, y los años de entrenamiento lo obligaron a detenerse al final de las escaleras. Conteniendo la respiración, intentó escuchar algún movimiento. Comprobó el pasillo enmoquetado en ambas direcciones. Todas las puertas estaban abiertas, excepto la del dormitorio principal. El dormitorio de Morgan. Alex sabía que tenía que registrar toda la mansión para asegurarse de que quien fuera que hubiera entrado ya se había ido. Lo haría tan pronto como encontrara a Morgan.

Agarró con más fuerza el cuchillo y avanzó, pegado a la pared. Se detuvo en la puerta del dormitorio, inspiró profundamente y giró el picaporte.

Sintió que el corazón se le detenía cuando vio a Morgan tumbada boca abajo en la cama, rodeada de un charco de color carmesí.

## Capítulo 12

Con el corazón en un puño, Alex tardó unos instantes en darse cuenta de que no era sangre lo que rodeaba a Morgan, sino su bata. Se aseguró de que no hubiera nadie debajo de la cama y atravesó rápidamente la habitación. Aunque no sentía ninguna presencia, sabía que podía haber alguien escondido dispuesto a saltar sobre él.

Llegar a donde estaba Morgan primero, era un riesgo que tenía que correr.

Cuando la tocó y sintió el calor de su piel, el alivio lo invadió. Estaba viva.

—¿Morgan? —dejó el cuchillo en la mesita de noche, la agarró de un hombre y la hizo darse la vuelta—. Morgan.

Al ver que no respondía, le puso los dedos en el cuello para sentir su pulso y comprobó que era firme. Sin embargo, cuando le apartó el pelo de la cara vio que estaba demasiado pálida.

La tomó de nuevo por los hombros, la incorporó y la sacudió ligeramente.

—¡Morgan! —ella abrió un poco los ojos y los volvió a cerrar—. Cariño, despierta —al ver su mirada vidriosa supo con seguridad que los habían drogado, aunque no tenía ni idea de cómo. Si los dos habían recibido la misma dosis, seguramente la droga tendría más efecto en Morgan, porque su constitución era más pequeña.

Tuvo un momento de pánico al pensar que podría haber sido violada por quien hubiera entrado en la casa. Pero su bata de color carmesí estaba firmemente atada a la cintura y el camisón le llegaba a los tobillos, señales de que no la habían asaltado físicamente.

Ella gruñó cuando Alex la apoyó contra las almohadas y le dio

unas palmaditas en la mejilla.

—Morgan, abre los ojos. Mírame.

—Déjame... sola —dijo son voz débil.

Alex agarró el cuchillo, de nuevo con la hoja contra el interior de su muñeca, e hizo una rápida inspección del armario vestidor y del baño. No había nadie. Cerró la puerta del dormitorio, le echó el pestillo y volvió a la cama, echando un vistazo al escritorio, que afortunadamente, parecía intacto. Pensó en sacar las armas del compartimento secreto, pero desechó la idea. Era posible que además de micrófonos, hubieran ocultado alguna cámara de vigilancia que los estuviera grabando en aquel momento. Lo último que Morgan y él necesitaban era que alguien los observara mientras hacían un registro policial con sus armas.

Ya que ambos seguían vivos, Alex imaginaba que su tapadera seguía intacta. No iba a echar a perder las cosas ahora.

—Cariño, despierta —dijo, intentando mantener un tono de voz normal. Cuando ella intentó apartarse, Alex le pasó una mano por debajo de los hombros, otra por debajo de las rodillas y la levantó en brazos—. Nos hemos quedado dormidos —añadió mientras se dirigía al baño.

Tenía que sacarla de allí, donde podían escucharlos. Sabía que cuando se despertara estaría desorientada y podría decir algo sobre ser una agente de policía. Y tenía que contarle lo que había pasado para planear los siguientes pasos.

—Una ducha fría nos sentará bien, ¿no crees? —preguntó.

Con la cabeza de Morgan apoyada contra su hombro entró en el baño, cerró la puerta empujándola con el pie y echó el pestillo.

Morgan sintió que la levantaban y según volvía a ser consciente, notó un dolor agudo en la cabeza.

—No...

—Cariño, confía en mí, una ducha fría nos sentará bien.

La voz de Alex parecía muy lejana pero ¿cómo era posible que la

estuviera llevando en brazos? Se obligó a abrir los ojos e intentó fijar la mirada, pero la cara de Alex aparecía borrosa. Se sentía mareada y la cabeza le dolía cada vez más.

—¿Qué... ha pasado?

—Nos hemos dormido —le dijo mientras abría con una mano la puerta de cristal de la ducha. Giró el grifo y el agua empezó a caer, repiqueteando contra el cristal—. Nos han drogado. Al menos, eso creo.

Sus palabras activaron algo en el cerebro de Morgan, pero sentía todo el cuerpo pesado y no se podía mover. Sentía un dolor agudo detrás de los ojos.

—Mi cabeza... —murmuró haciendo una mueca.

—Se te pasará —le aseguró Alex—. Esto debería ayudarnos —se metió bajo el chorro del agua, que estaba casi helada. Morgan se sobresaltó y entrecerró los ojos—. ¡Jesús...! —dijo, sacudiendo la cabeza. Ajustó los grifos y momentos después, el agua empezó a calentarse—. Alguien entró anoche —susurró.

El sonido del agua impedía que alguien los oyera. Densas nubes de vapor empezaron a envolverlos.

Morgan se obligó a concentrarse en las palabras de Alex. Alguien había conseguido drogarlos, burlar el sistema de seguridad y dejar micrófonos ocultos y tal vez cámaras, en la mansión.

Se llevó una mano temblorosa a la cara para apartarse el cabello mojado.

—Podrían habernos... matado.

—Sí. Quienquiera que fuera pudo haber hecho muchas cosas —sus ojos ya no eran los de un policía, neutros y fríos. Estaban llenos de emociones.

Morgan intentó sentir cualquier señal que le enviara su cuerpo, pero aún había bastante cantidad de droga en su sangre.

—¿Me han... violado?

—No creo que nadie te haya tocado —contestó Alex—. Cuando te

encontré tenías la bata cerrada y el camisón te llegaba hasta los pies. La ropa de cama no estaba revuelta.

A pesar de la lógica de las palabras de Alex, Morgan se sentía vulnerable y confusa.

—Bájame, Alex. Por favor —necesitaba desesperadamente recuperar el control de su cuerpo.

—Morgan...

—Estoy bien. Estoy bien —se estremeció involuntariamente y sintió que los brazos de Alex la rodeaban con más fuerza—. Bájame.

—Muy bien —dejó que apoyara los pies en el suelo, sin dejar de agarrarla por un brazo para que mantuviera el equilibrio—. Probablemente te sentirás mareada. A mí me ha pasado.

—Ya.

Se apoyó contra las puertas de cristal y esperó a que el baño dejara de moverse. Sentía las piernas flojas, como si hubiera corrido quince kilómetros. Necesitaba entrar en calor, se dijo, a pesar del vapor y del agua caliente que le caía sobre la piel. Bajó la mirada, consciente por primera vez de que el agua había transformado la bata y el camisón en una segunda piel.

—Quiero que te quedes en el dormitorio mientras registro la casa —dijo Alex.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos.

—¿Crees que aún sigue aquí?

—No tengo esa sensación, pero puedo estar equivocado. Alguien ha entrado sin desactivar la alarma. Supongo que habrá salido de la misma manera, pero tengo que asegurarme.

—Yo puedo ayudarte.

—No es una buena idea. Nos ha dejado por lo menos un micrófono y puede que alguna cámara. Si alguien nos observa, no conviene que nos vean haciendo una búsqueda. Empezaré a mirar distraídamente y te preguntaré si sabes dónde pusieron los de la mudanza una caja con documentos que necesito. Algo así.

—Muy bien —Morgan se llevó una mano a la sien—. ¿Qué quieres que haga?

Alex se quedó unos segundos en silencio.

—Vístete. Y si lo que te pones tiene un bolsillo, asegúrate de que no hay ningún transmisor en él. Si cuando termine de registrar la casa todo está bien, te haré una señal. Entonces bajas a la cocina, miras en un armario, dices que nos hemos quedado sin ese café que tanto me gusta, agarras el bolso y las llaves y conduces hasta la primera tienda que tenga teléfono.

—¿Tiene que ser una tienda?

—Sí. Es posible que haya un transmisor en el coche. Si alguien te oye decir que vas a ir a la tienda, ahí es donde tienes que ir. Usa el teléfono para llamar al busca de Rackowitz —Alex entornó los ojos—. Esta mañana no vi su coche fuera. ¿Dónde está?

Morgan se echó hacia atrás el pelo húmedo y se obligó a pensar.

—La compañía de suministros de la piscina nos ha enviado unos productos químicos equivocados. Sara dijo que iría allí esta mañana para cambiarlos.

—Muy bien. Que Rackowitz sepa con qué nos enfrentamos. Dile que quiero que Wade Crawford venga inmediatamente para comprobar su sistema de seguridad y descubrir cómo lo han burlado. Dile también que le recuerde a Crawford que tenemos micrófonos ocultos y que mande a alguien del departamento de química con algún disfraz para que nos tome muestras de sangre. Quiero saber con qué nos han drogado.

—De acuerdo —se quedó callada unos segundos—. Fue Spurlock quien dio la orden de que entraran aquí, ¿verdad?

—Es el principal sospechoso.

—Porque me defendí de Colaneri. No llevaba ningún micrófono, así que debí dejarlo que me cacheara, como quería. Si lo hubiera dejado, nada de esto habría ocurrido.

—Eso no puedes saberlo —Alex mantenía una expresión fría,

pero en su voz y en sus ojos había rabia. Se acercó un poco más a ella y el agua de la ducha le cayó sobre el pecho—. Los dos sabemos de lo que es capaz Colaneri. No quiero ni pensar lo que podría haber hecho ese bastardo si le hubieras dejado ponerte las manos encima.

—Eso es lo que yo me decía cuando estaba encerrada en ese baño con él —sentía la garganta áspera y caliente y el corazón empezaba a latirle con rapidez—. Pero ahora no estoy tan segura de haber hecho lo correcto.

—No pierdas el tiempo con hipótesis, Morgan.

Vio que Alex dudaba antes de que le pusiera las manos en los hombros. Le había prometido que no la tocaría, a menos que el trabajo lo exigiera. Pero tenía las manos cálidas y le transmitían seguridad y Morgan se alegró de que hubiera ignorado esa promesa.

—Spurlock mostró mucho interés en la propuesta de negocios que discutimos anoche —dijo Alex—. Sin embargo, es demasiado cuidadoso como para meterse en algo sin pensar. Es muy desconfiado y comprobará hasta el último detalle hasta ver claramente que no somos policías. Lo que ha pasado aquí esta noche puede estar relacionado con ello y no con tu encuentro con Colaneri.

—Entonces, ¿crees que Spurlock envió a alguien aquí para comprobar que somos quienes decimos ser?

—Sí. Puedes estar segura de que han comprobado que nuestra ropa cuelgue del mismo armario y que mis artículos de aseo estén junto a los tuyos.

—Afortunadamente, así es —Morgan frunció el ceño—. Pero podrían haberlo comprobado mientras estábamos fuera.

—Sí, pero entonces no habrían visto cómo dormimos. Los policías que trabajan de incógnito no duermen juntos —se pasó una mano por el pelo húmedo—. Hemos tenido mucha suerte de que me quedara dormido en el sofá viendo la tele en vez de en el otro dormitorio. Ahora me aseguraré de que Crawford convierta este lugar en una fortaleza para que esto no se repita. Pero por si acaso,

dormiré en el sofá a partir de ahora.

Morgan sintió una punzada de pánico.

—No quiero ni pensar en que esto pueda repetirse.

—No volverá a pasar —le apretó los hombros con firmeza—.

Cuando sepamos cómo nos drogaron y cómo burlaron el sistema de seguridad, sabremos cómo prevenir otra intrusión.

—¿No podemos hacernos una idea de lo que ha pasado viendo las cintas que graban nuestras cámaras?

—Probablemente. Pero no podemos arriesgarnos a abrir el panel de la habitación hasta que estemos seguros de que no han dejado cámaras en la casa.

—Es cierto. Tenía que haber pensado en ello —Morgan se frotó la frente—. Mi cerebro sólo funciona a media velocidad.

—Necesitas tiempo para que la droga deje de hacer efecto —bajó la vista hacia los pantalones de su pijama, mojados y pegados a las piernas—. En el caso de que haya una cámara en el dormitorio, tengo que quitarme esto antes de salir de aquí —arqueó una ceja—. Pensé que sería mejor avisarte.

Ella forzó una sonrisa.

—Con toda esta niebla, no vería nada.

Alex le tomó la cara entre sus manos, acariciándole suavemente las mejillas con los pulgares.

—Sé que se te encoge el estómago cuando piensas en lo que nos podría haber pasado. Pero tenemos suerte de estar vivos. Cuando se trabaja de incógnito, lo que cuenta es sobrevivir. ¿Vas a estar bien, compañera?

Ella lo miró, agradeciendo su tacto, que era reconfortante. Alex sabía mantener la cabeza fría, pensaba rápido y tenía buenos instintos. Y la había cuidado cuando ella no podía haberse cuidado a sí misma. Estaba a punto de enamorarse de él.

¡Oh, Dios, no! Eso estaba mal, pensó mientras intentaba desesperadamente reconstruir las defensas que se estaban



desmoronando. Pensar en lo que podría haberle ocurrido cuando estaba inconsciente le hacía sentir náuseas. Así que no era sorprendente sentirse vulnerable y agradecida al hombre que la había rescatado.

Cuando la droga desapareciera de su cuerpo y se le asentara el estómago, recuperaría el control. Sus emociones se calmarían y podría pensar con claridad. Al menos, esperaba que ocurriera.

—¿Morgan?

—Estoy bien, compañero —lo cual era mentira.

Alex asintió con la cabeza.

—Ofrezcámosle a la audiencia nuestro mejor espectáculo —cerró el grifo y salió de la ducha—. Cariño, ha sido fantástico —dijo—. Tus habilidades en la ducha nunca dejan de sorprenderme.

—Alex... —dijo ella con suavidad. Cuando él se giró y la miró a través del vapor, vio que vocalizaba sin palabras «*ten cuidado*».

—Cuenta con ello, señora Donovan.

Alex entró en la pequeña habitación oculta bajo las escaleras aquella misma tarde. Fijó la mirada en los monitores de vídeo, donde podía verse la figura del intruso mientras salía del dormitorio principal, iluminándose el camino con una pequeña linterna. El hombre llevaba una camiseta negra, vaqueros, guantes negros y una máscara antigás. No había forma de identificarlo.

Alex se giró al sentir movimiento en la puerta.

—Ya sé cómo entró y salió sin hacer saltar la alarma —dijo Wade Crawford mientras entraba.

Crawford había «*barrido*» la mansión y detectado cinco micrófonos del intruso. En vez de destruirlos había alterado sus códigos, de forma que quien estuviera escuchando al otro lado se preguntaría si su equipo había sido descubierto o si simplemente funcionaba mal.

—¿Cómo? —preguntó Alex.

—Se subió al tejado y atravesó una pared para entrar en el ático.

—¿Una pared?

—Un agujero en la pared —especificó Crawford. Igual que el día que había instalado la alarma, llevaba unos pantalones azules de trabajo y una camisa blanca con el logotipo de una compañía de seguridad en el bolsillo—. Hay varios huecos en el tejado, a modo de ventanas, cubiertos con rejas —explicó Crawford—. Hacen juego con el exterior, así que prácticamente no se notan. Si se quita la reja, podría caber un hombre por uno de ellos.

Alex volvió a mirar a los monitores, donde el intruso husmeaba por la cocina alumbrándose con la linterna, salía al pasillo, atravesaba el estudio y se encaminaba de nuevo a las escaleras.

—El tipo es delgado —dijo Crawford, mirando los monitores—. No creo que le costara mucho meterse por ahí después de quitar la reja.

—Dijiste que todas las puertas y ventanas estaban conectadas a la alarma —dijo Alex—. Si hubieran cortado los cables, habría saltado la alarma.

—Sí, pero no cortaron los cables —Crawford se llevó una mano al cinturón de herramientas que tenía en la cadera y sacó una lupa—. He necesitado esto y un par de horas para saber cómo lo hizo. Usó un trozo de cable con una abrazadera a cada lado. Conectó una abrazadera al cable de la alarma que había en un lado de la puerta del ático y la otra en el lado contrario de la puerta. Así dejó que la electricidad fluyera por su cable. Después abrió la puerta y entró.

—Y como la corriente eléctrica no se interrumpió, la alarma no detectó nada.

—Eso es. Y si las abrazaderas no hubieran dejado marcas en el cable de la alarma, seguiría sin saber cómo entró.

—¡Demonios! —Alex se pasó una mano por el pelo—. Muy bien, sabemos cómo entró y salió. Y gracias a nuestras cámaras, sabemos que se tomó su tiempo husmeando mientras colocaba los micrófonos.

—Uno de ellos en el dormitorio principal. Fue una buena idea mantener la tapadera cuando encontraste a tu compañera en la cama.

El recuerdo de Morgan drogada e indefensa le hizo un nudo en el estómago. Saber que el hombre que había entrado podría haberle hecho cualquier cosa lo enfurecía hasta el límite.

Su reacción iba mucho más allá de la de un policía que estaba protegiendo a su compañera. Era la de un hombre que deseaba a una mujer que le estaba haciendo sentir cosas que nunca antes había conocido. Pero sabía bien que involucrarse con ella sería un gran error.

—¿Blade? —Alex se giró y vio que Crawford lo observaba con curiosidad—. ¿Dónde estabas?

—Estaba pensando —volvió a mirar a los monitores—. Lleva una máscara antigás, así que es evidente que usó algún tipo de gas para drogarnos. Me gustaría saber con certeza cómo lo hizo.

—Sí —Crawford asintió con la cabeza—. No puedo ayudarte en eso, amigo.

—Yo sí.

Alex se dio la vuelta al oír la voz de Morgan, e inmediatamente sintió que el deseo se instalaba en sus entrañas. Ella estaba en la puerta, vestida con pantalones cortos y un top muy ajustado de color azul eléctrico. Su cabello rubio estaba cardado y se había pintado los labios de rojo. Tenía toda la apariencia de la confiada Morgan Donovan, pero Alex ya la conocía. Podía ver en ella el mismo recelo que él había sentido por la mañana.

—¿Has descubierto cómo nos drogaron?

—Sara y yo lo hemos descubierto —dijo Morgan. Entró en la pequeña habitación y extendió una mano. En la palma tenía un trozo de tubo negro de goma—. Hemos pasado la mayor parte del día trabajando en los parterres más próximos a la casa, buscando huellas y cosas por el estilo. Sara vio algunos trozos de mortero en uno de ellos y al observarlo detenidamente, descubrimos un agujero en la

fachada, entre los ladrillos. Investigué un poco y vi que llegaba hasta el estudio —le dio a Alex el trozo de goma—. Esto estaba tras la rejilla del aire acondicionado.

—Tiene sentido —confirmó Crawford—. El gas ha debido de estar circulando por toda la casa a través del sistema central de aire acondicionado. Lo único que tuvieron que hacer fue esperar a que hiciera efecto y después poner una escalera para subir al tejado.

Morgan parpadeó.

—¿Una escalera?

—Crawford ha descubierto cómo burlaron el sistema de seguridad —dijo Alex y después le dio los detalles.

Morgan miró a Crawford.

—¿Has hecho algo para que no vuelva a ocurrir?

—He electrificado todas las rejillas. Si alguien las toca, recibirá una buena descarga.

—Han tenido que hacer mucho ruido para hacer el agujero —comentó Alex, haciendo girar el trozo de goma entre el pulgar y el índice—. Seguramente lo hicieron cuando Morgan y yo estábamos fuera.

—Anoche —dijo ella—. Si no, los trozos de mortero se habrían esparcido después de haber regado con los aspersores —su mirada se encontró con la de Alex—. Probablemente fue por eso por lo que no volvimos a ver a Colaneri después de que Spurlock y él se metieran en la casa para hablar. Spurlock lo envió aquí mientras cenábamos.

—Parece que ya lo habéis descubierto —Crawford sacó una bolsa de plástico de su cinturón y Alex metió dentro el tubo—. Llevaré esto al laboratorio para ver si pueden saber qué tipo de gas usaron —se metió la bolsa en el bolsillo de la camisa y le echó una mirada a los monitores—. Ya que seguís vivos, diría que vuestra tapadera sigue en pie.

—Creo que esto lo confirma —dijo Morgan, sacando un sobre del

bolsillo trasero de sus pantalones y tendiéndoselo a Alex.

—¿Qué es? —preguntó Crawford.

—Una invitación —dijo ella—. La trajo uno de los guardas de seguridad de Spurlock.

Alex sacó una tarjeta del sobre.

—Spurlock va a dar una fiesta por el cuatro de julio.

—Anoche confirmó que vivíamos como el matrimonio que decimos ser —dijo Morgan—. Eso, unido a la conversación que pudo oír esta mañana gracias a sus micrófonos, ha debido de convencerlo de que estamos a la altura. Esa fiesta es mi oportunidad para buscar el dormitorio dorado en el piso superior.

Alex la miró fijamente y sintió que se le encogía el estómago. Se dio cuenta de que era incapaz de ver en ella sólo un policía. Era la mujer que amaba.

¡Dios, la amaba! Había roto todas sus reglas por una mujer de la que estaba seguro que nunca estaría satisfecha con él. Aun así, la deseaba.

Morgan y él podían haber muerto la noche anterior. No podían distraerse ni un segundo y ahí estaba él, estúpida e irresponsablemente enamorado de ella. Nada podía ser más peligroso.

## Capítulo 13

Aquella misma noche Morgan estaba intentando asimilar que durante un tiempo, el intruso había tenido control sobre ella. Pero ella era policía y conocía los peligros a los que se enfrentaba. Trabajar de incógnito era especialmente peligroso, así que Morgan aceptó lo que había ocurrido y dio gracias porque todo hubiera salido bien.

También la reconfortaba saber que cualquier que intentara entrar de nuevo recibiría una intensa descarga eléctrica, cortesía del sargento Wade Crawford.

Sin embargo, los peligros relacionados con el trabajo no eran los únicos a los que se enfrentaba. Se había encontrado con otro, igual de real, procedente de su propio corazón.

Y por eso estaba en la cocina a la una de la madrugada, haciendo la masa para unas galletas con trocitos de chocolate blanco y nueces de macadamia. Y todo por el hombre que dormía en el sofá del salón.

Dejó escapar un suspiro y siguió trabajando la masa con energía. Recordó los tórridos pensamientos que había tenido por la mañana, con Alex en la ducha. Y horas después seguía siendo incapaz de deshacerse de esas emociones, porque había sufrido un ataque de vulnerabilidad. Había permitido que Alex Blade traspasara sus defensas y se había enamorado de él. ¡Qué estúpida!

Estaba segura de que se había enamorado y eso la asustaba enormemente. La última vez y la única, que le había ofrecido su corazón a un hombre había perdido el norte, el orgullo, la beca de estudios y había sufrido un accidente que la había dejado en coma. Y al despertar, se había encontrado con una nota del jueguista de su novio que decía: «*Ha sido divertido, ya nos veremos, nena*».

Se había jurado a sí misma que eso no se repetiría. Había decidido terminar los estudios y dedicarse al trabajo sin distracciones externas. Sobresalir como policía. Mantener el control. Había conseguido mantener su corazón a salvo cada vez que se encontraba con un hombre que le aceleraba el pulso. Un hombre como Alex Blade.

Si al menos no estuviera obligada a vivir con él... La misión estaba adquiriendo una dimensión tal real que ella comenzaba a pensar en la mansión como su casa. Pero no lo era. Lo que sí era real eran sus sentimientos por Alex. Él estaba allí, en su corazón y no tenía ni idea de cómo enfrentarse a eso.

Lo que significaba que necesitaba un plan sensato. Si tuviera un plan, pensó, podría controlarlo todo mejor. Y ya que pensaba mejor con el estómago lleno, pretendía meterse en la cama con un plato de galletas y pensar en ese plan. Sí, eso sería práctico, racional...

—¿Qué estás cocinando?

Con la cuchara de madera en la mano, Morgan se dio la vuelta.

Alex estaba en la entrada, con un hombro apoyado en la puerta. Llevaba una camiseta negra cubierta de sudor en la zona del pecho y pantalones cortos de deporte. Una fina capa de sudor le cubría la piel y estaba increíblemente sexy.

A Morgan le dio un vuelco el corazón. Tenía unos músculos increíbles... por todas partes.

—Pensé... que estabas durmiendo en el sofá.

Él entró en la cocina y apoyó una cadera en la isla.

—Y yo pensé que estabas durmiendo en la cama —le echó una mirada a la masa—. ¿Qué galletas son?

—Las que tienen más calorías.

—Mis favoritas —contestó mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

Morgan sintió una presión en el pecho y notó que la temperatura de su piel se elevaba. Metió la cuchara en el bol de la masa y empezó

a echar pequeños pegotes en la bandeja del horno.

—¿Sueles hacer ejercicio a la una de la madrugada? —preguntó ella.

—Sólo cuando no puedo dormir.

Morgan arqueó una ceja.

—¿Hay algo que te preocupe?

Alex la miró, deslizando la mirada por la camiseta blanca que ella llevaba y después por sus pantalones cortos. Se cruzó de brazos y continuó mirándola mientras ella ponía pegotes de masa en la bandeja.

—¿Y tú sueles cocinar a la una de la madrugada?

—Sólo cuando no puedo dormir.

—¿Hay algo que te preocupe?

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

«Tú», pensó.

A Morgan se le aceleró el pulso y sintió una oleada de deseo al mirar a Alex. Sus planes de apartarse de ese hombre se esfumaron de su cabeza. Lo deseaba. Desesperadamente.

—Tienes muchas cosas en la cabeza —repitió él lentamente.

—Sí —recogió más masa y la puso en la bandeja.

—Morgan, deja lo que estás haciendo y mírame. Sólo mírame.

Cuando lo hizo, Alex la miró con tal intensidad que ella estuvo convencida de que podría ver cada una de sus emociones. Después vio que sus ojos se oscurecían de deseo y sintió la misma necesidad en el vientre.

—¿Crees que es posible que sea el mismo problema el que no nos deja dormir?

—Eso... Eso creo —ella tomó aire—. No estoy segura de cómo tratar ese problema.

Alex se quedó callado unos segundos y finalmente dijo:

—Tengo una idea.

Se dirigió al mostrador que había junto a la nevera, giró la



cafetera y abrió una pequeña tapa en la parte trasera. Después desconectó la cámara que tenía dentro.

Se acercó a ella. Morgan se inclinó hacia atrás y notó el borde de la isla contra su espalda. No se dio cuenta de que aún tenía la cuchara de madera en la mano hasta que Alex se la quitó. Ella no se movió ni habló. Solamente esperó.

Alex dejó la cuchara a un lado y puso las manos en la isla, una a cada lado de Morgan.

—Prometí que no te tocaría excepto cuando el trabajo lo requiriera. Y mantendré esa promesa —continuó, mientras Morgan podía sentir su aliento en los labios—, a menos que me digas que no quieres que lo haga.

Morgan sentía la piel caliente y el corazón le latía apresuradamente.

—No puedo pensar cuando estoy cerca de ti. Necesito pensar, pero no puedo.

—Tenía razón, tenemos el mismo problema.

—No estoy segura de que tocarnos sea una buena idea.

—Estoy de acuerdo en que no lo es —dijo él—. Pero he llegado a un punto en el que no me importa. Te deseo, Morgan. Si no quieres que te toque, dímelo y me apartaré.

Sin pensar en la lógica ni en las consecuencias, Morgan le puso los brazos alrededor del cuello.

—Si no me tocas, me volveré loca.

—Otra cosa que tenemos en común —dijo Alex, atrayéndola hacia él firmemente.

Hundió las manos en su cabello, le inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás y la besó con fiereza, para liberar toda la frustración.

Con los sentidos a flor de piel, Morgan le acarició el cabello y le devolvió el beso con toda la pasión que había estado conteniendo en las últimas semanas. El borde de la encimera se le clavaba en la espalda, pero ella sólo era consciente de las caderas de Alex y de su

pecho, apretado contra ella. El aroma masculino le llenaba los pulmones y su sabor se le colaba en la sangre, alejándola de todo lo razonable, anulando sus pensamientos y llevando los sentimientos a la superficie, donde no podía escapar de ellos.

Alex la acariciaba posesivamente. Le deslizó los dedos por encima de los pechos, cubiertos sólo por el algodón blanco. Morgan sintió que los pezones se le endurecían inmediatamente y gimió mientras Alex seguía atormentándola. Sentía fuego en la piel y la sangre como si fuera un río de lava. Agarró los hombros de Alex para no perder el equilibrio, sorprendida al darse cuenta de que jamás había deseado nada, ni a nadie, tanto como a él.

Sintió el contacto de su masculinidad erecta contra el vientre y susurró su nombre mientras deslizaba las manos por debajo de su camiseta. Después la levantó y se la sacó por la cabeza.

Le exploró con los labios el pecho musculoso, enredando los dedos en la mata de vello.

—Morgan... —Alex deslizó las manos por su espalda y le cubrió el trasero. La apretó aún más contra él y le mordisqueó la garganta.

Morgan sintió vagamente que la habitación se movía y entonces se dio cuenta de que Alex la estaba llevando en brazos. Se detuvo en la parte contraria de la isla y la dejó en el borde. Inclinandose hacia delante, la empujó ligeramente hacia atrás, hasta que quedó tumbada de espaldas. Morgan era consciente del frío de la encimera mientras Alex se instalaba íntimamente entre sus piernas.

Él le tomó ambas muñecas con una mano, llevándoselas por encima de la cabeza. Morgan vio el deseo brillar en sus ojos justo antes de que Alex le tomara un pecho con la boca, lamiéndoselo a través del algodón.

Ella sintió una oleada de placer y dejó escapar el aire entrecortadamente mientras su cuerpo se derretía como la cera caliente. La boca de Alex se dirigió al otro pecho y con la mano libre comenzó a quitarle la camiseta. Segundos después los pechos de

Morgan quedaron al descubierto.

—Eres hermosa —dijo con un susurro ronco—. Magnífica.

Ella deslizó la mirada por los contornos musculados de su pecho y por el estómago plano.

—Tú también.

—Ya nos ocuparemos de mí. Después —deslizó los dedos lentamente por la cinturilla de sus pantalones cortos—. Mucho después —le quitó los pantalones y los arrojó a un lado. Arqueó una ceja—. Morgan, has olvidado la ropa interior —deslizó una mano entre sus piernas y empezó a masajearla suavemente. Notaba contra la palma de la mano su pulso húmedo y caliente.

—Cuando me vestí... sólo pensé en... hacer las galletas.

—¿Y ahora en qué piensas? —preguntó Alex mientras seguía moviendo la mano lenta y eróticamente.

—En nada. Me has... derretido el cerebro.

Alex sonrió y le puso las manos debajo de los muslos para levantarle las caderas.

—Veamos qué más puedo derretir.

Los últimos retazos de cordura desaparecieron cuando él inclinó la cabeza y la acarició con la boca. Morgan se estremeció de placer. Sentía un deseo inmenso, casi primitivo. Y eso era lo único que importaba. Le pareció ver pequeñas estrellas que explotaban delante de sus ojos cuando él la llevó al clímax.

—Alex...

Morgan se incorporó y extendió los brazos para tocarlo, susurrando su nombre.

—Ahora me toca a mí —dijo él.

—Sí —enroscó sus largas piernas alrededor de la cintura de Alex y unió la boca a la suya.

Podía sentir su propio sabor en los labios de Alex y los latidos de su corazón contra el pecho. Le puso las manos en los hombros y murmuró contra su boca:

—Te deseo. Dentro de mí. Ahora.

Al segundo siguiente estaban en el suelo. Llevada por su propia necesidad, Morgan le quitó los pantalones de deporte, desesperada por sentir el cuerpo de Alex contra el suyo. Dentro de ella.

Agarrándola por las caderas, Alex la levantó por encima de él para que se sentara a horcajadas. Inclinandose hacia atrás, Morgan lo guió hacia su interior. Tembló al sentir que se abría a él, que Alex la llenaba y se abandonó completamente, moviéndose con él, acogiendo las suaves pero profundas embestidas dentro de ella.

Alex le clavó los dedos en la cadera cuando llegó al orgasmo. Susurró su nombre y se quedó tumbado de espaldas, recuperando el aliento. Morgan se quedó sobre él, enterró la cara en su hombro y exhaló un largo suspiro.

Más tarde, Alex observaba a Morgan, tumbada junto a él y dormida. Ella tenía un brazo sobre su cintura y entrelazaba una de sus piernas interminables con las suyas. Su cabello caía como una cascada dorada sobre las sábanas y respiraba tranquilamente, relajada.

Cualquier duda que Alex pudiera tener sobre sus sentimientos hacia ella se habían evaporado durante el maravilloso encuentro que habían tenido en la cocina y después, al haber subido al dormitorio y tomarse el uno al otro lenta y tiernamente.

Estaba totalmente enamorado de Morgan McCall.

Y sabía que era el mayor error que podía cometer, un error que le acarrearía muchos problemas.

Uno de ellos era el hecho de que Alex no era, no podía ser, el tipo de hombre que ella necesitaba. Ya había experimentado una pesadilla parecida con su ex.

Cuando Morgan ascendiera en el departamento y seguro que lo haría, la diferencia de galones entre ellos se convertiría en un abismo que no haría más que ensancharse con el tiempo. Morgan se aburriría de él y perdería interés rápidamente en la relación. Alex sabía que

tenía que empezar a construir algún tipo de defensa contra ella. Y lo haría. Pero en aquel momento, ésa no era la mayor de sus preocupaciones, sino la seguridad de Morgan.

Pasó la palma de la mano por las exquisitas curvas que lo habían vuelto loco desde la primera vez que las vio. No podía dejar de pensar en lo que el bastardo de Colaneri podría haberle hecho cuando la encerró en el baño, ni en lo que podría haber ocurrido la noche anterior, cuando el intruso entró en la mansión.

Alex era consciente de que Spurlock había controlado los últimos acontecimientos. Había movido todos los hilos, decidiendo quién vivía y quién moría. Y los acababa de invitar de nuevo a su casa, a su terreno.

No pudo evitar pensar que la misión podía ser mortal. Levantó la vista al techo y pensó en las seis personas que ya habían muerto por orden de Spurlock. El jockey Frankie Isom; la antigua amante de Spurlock, Krystelle Yander; al pensar en George Jackson, el único padre que había conocido, se le hizo un nudo en el estómago. Y también estaban los dos agentes del FBI envenenados y Emmett Tool, el contable de Spurlock que había estado a punto de implicar a su jefe en al menos, tres asesinatos y cuyo cuerpo había sido encontrado calcinado.

Alex pensó en todas las horas de entrenamiento intensivo que había recibido para conseguir que no lo dominara el pánico. Pero no estaba seguro de poder mantener la cabeza fría al ver a Morgan tratar con Spurlock y su panda de matones.

La miró de nuevo y hundió los dedos en su melena rubia. Su aroma le llegó como una suave caricia. Nunca había necesitado a nadie como la necesitaba a ella. Quería protegerla. Mantenerla a salvo.

Nada le gustaría más que sacarla de la operación. Decirle a Spurlock que la señora Donovan se había ido a un balneario fuera del Estado por un par de semanas. Pero sabía que entrar en el territorio

de Spurlock sin alguien que lo respaldara sería un suicidio.

Morgan se despertó boca abajo en la enorme cama con dosel. Se apartó el pelo de la cara y parpadeó al ser consciente de la luz que entraba por la ventana.

Aún medio dormida, le llevó un momento recordar lo que había ocurrido entre Alex y ella aquella noche. Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras se despezaba entre las sábanas revueltas y el montón de almohadas. Se sentía viva. Llena, completa. Maravillosa.

Desperezándose como un gato, sonrió aún más al sentir los pequeños dolores que registraba en su cuerpo. Un momento después estiró un brazo y notó que Alex no estaba a su lado. Se preguntó vagamente cuándo se habría ido... y cuánto tardaría en volver.

Giró su cuerpo desnudo hasta quedar de espaldas sobre las almohadas y el corazón le dio un vuelco cuando vio a Alex en el otro extremo de la habitación, sentado inmóvil en una silla, frente a la chimenea. La había observado mientras dormía, pensó Morgan.

Llevaba un polo de color oscuro, unos pantalones de color caqui y mocasines con calcetines. Sus facciones parecían tensas.

Morgan sintió que se le hacía un nudo en el estómago. La de Alex no era la expresión que había esperado ver después de haber hecho el amor.

Le sonrió.

—Buenos días.

—Buenos días —Alex no le devolvió la sonrisa, sino que hizo un gesto hacia la mesilla de noche, donde había una taza de café—. He salido y he comprado café.

—Gracias —miró el reloj y tomó la taza—. Es un poco pronto para que te hayas levantado.

—Tienes razón.

Morgan se estremeció al ver que se levantaba y se acercaba a ella. Y se volvió a estremecer cuando Alex le puso una mano en la mejilla. Ella puso una mano sobre la suya, entrelazando los dedos con los de

Alex y pensando que se volvería a meter en la cama con ella. Sin embargo, él la miró en silencio solemnemente, con una expresión en sus ojos parecida al arrepentimiento.

—Morgan, tenemos que hablar —retiró la mano y se acercó al escritorio con el compartimento secreto. Morgan vio unos papeles sobre él que no habían estado allí la noche anterior.

Cerró los ojos. El hombre que la había acariciado tan íntimamente durante la noche había dejado su cama para comprar café y hacer papeleo. Y en vez de volver con ella entre las sábanas la miraba arrepentido y quería hablar. No eran buenas señales.

Morgan sorbió su café, pero no le supo a nada. No había sabido exactamente en qué se estaba metiendo cuando había tirado el sentido común por la ventana, arrojándose a los brazos de Alex. Pero de lo que sí estaba segura era de que no había esperado que la tratara así a la mañana siguiente. Por eso exactamente había tenido tanto cuidado después del desastre que había resultado ser su primera relación. Tenía buenas razones para no abrirse a nadie y dejar que le hicieran daño.

—He redefinido nuestro plan de acción —dijo Alex cuando llegó al escritorio.

Ella agarró la taza con más fuerza.

—¿Lo has redefinido? —preguntó con voz débil.

—Le he pedido a Rackowitz que busque información sobre las fiestas que ha dado Spurlock el Cuatro de Julio en los últimos años. Son fiestas enormes, con cientos de invitados. Eso significa que la seguridad es más fuerte, tanto dentro como fuera. He decidido que será mejor que te quedes en la planta baja, mezclándote con los demás invitados, mientras yo voy arriba a buscar el dormitorio dorado.

—Ése no era el plan.

—Como acabo de decir, lo he modificado.

—¿Y qué pasa con las fotos? Tenemos que tomar fotografías del

piso superior para que nuestros hombres conozcan la casa.

—Yo las haré.

—¿Con qué? No puedes pasearte tomando fotografías con mi barra de labios.

—He llamado a Wade Crawford esta mañana y le he pedido que instale una microcámara en el busca. Puedo llevarlo en el cinturón.

—¿Puedes decirme por qué has perdido de repente el sentido común?

—No lo he perdido. Ésta es mi operación y yo doy las órdenes. El plan ha cambiado. Punto final.

Ella bebió un poco de café, mirándolo por encima de la taza. Su mente era demasiado analítica como para dejar las cosas así. No había pasado nada que requiriera ese cambio repentino de los planes. Lo único que había cambiado desde la noche anterior era su relación personal con Alex.

—Ya tenemos un plan que puede funcionar —señaló ella.

—Como te he dicho, ha habido un cambio.

La frialdad en el comportamiento de Alex le hizo sentir una punzada de rabia. Dejó la taza en la mesilla de noche, apartó las sábanas y se levantó.

Era consciente del aspecto que ofrecía, de pie y desnuda, con el cabello revuelto y cayéndole sobre los pechos, con la boca aún ligeramente hinchada por los besos de Alex y la piel enrojecida por el roce con su mandíbula, aún no afeitada. Y era muy satisfactorio ver que la mirada de Alex se oscurecía y le recorría el cuerpo. Morgan tenía la sensación de estar siendo absorbida por sus ojos.

—¿Por qué, Alex? ¿Por qué quieres cambiar los planes?

Alex la miró a los ojos. El calor de su mirada había desaparecido y en su lugar había otra emoción, algo que Morgan no pudo descifrar.

—¿Crees que las cosas te irán bien si Colaneri te vuelve a pillar husmeando? —preguntó Alex—. ¿Qué pasaría si la próxima vez ese bastardo se queda contigo a solas con un cuchillo? ¿O con un arma?



—Me defendería. Otra vez. Seguro que con tanta gente en la fiesta, no seré la única en recorrer el piso superior. Si alguien me pregunta, diré que sólo estaba echando un vistazo, admirando la decoración. ¿Crees que tú podrías dar la misma explicación, Blade? ¿Que te gusta el papel que Spurlock ha elegido para sus paredes?

—Ocurra lo que ocurra, le haré frente.

—Yo también. Lo hice la otra noche con Colaneri. Y con Spurlock.

—Eso no va a volver a pasar.

—¿No eres tú el que siempre dice que no hay forma de saber lo que va a ocurrir a continuación cuando se trabaja de incógnito?

—Puedes intentar anticiparte a ciertos acontecimientos. Y evitarlos.

—Anoche el plan estaba bien —insistió ella—. ¿Qué ha cambiado en las últimas horas?

—Este cambio no es algo que tengas que analizar en profundidad, McCall. Simplemente tienes que aceptarlo.

—Si hubiera una razón lógica, lo aceptaría —agarró la bata de seda, que estaba en el borde de la cama y se la puso—. Te diré lo que creo que está pasando. Te has despertado arrepintiéndote de lo que pasó entre nosotros anoche —se ató fuertemente el cinturón—. Muy bien, Alex, estás en tu derecho. Pero seguiré siendo tu compañera hasta que acabe esta misión y no tienes derecho a tratarme como si de repente fuera incapaz de hacer mi trabajo.

—¡Maldita sea, Morgan! —se separó del escritorio y se acercó a ella, con los puños apretados—. Eso no es lo que creo.

—Pues eso es lo que parece —dijo, intentando que el dolor no se reflejara en su voz.

Alex la apretó contra él antes de que Morgan se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

—Estoy intentando mantenerte apartada de la línea de fuego. Quiero que estés segura. ¿Es lo suficientemente lógico para esa computadora que tienes como cerebro?

—Yo...

—Me preocupo por ti —sus dedos le apretaban los brazos—. Mucho más de lo que debería. Ése es el problema. Meterse en el territorio de Spurlock ya es lo suficientemente peligroso. Tengo que mantener la calma y el control, pero no podré hacerlo si estoy preocupado por ti.

Sus palabras la sorprendieron, porque dejaban ver una vulnerabilidad que nunca habría sospechado que él sintiera.

—¿Has cambiado el plan porque piensas que si seguimos llevando las cosas de la misma manera puedo estar en peligro?

—No quiero que te pase nada. Me vuelvo loco al pensar que alguien pueda hacerte daño.

—Yo tampoco quiero que te pase nada.

—Puedo cuidar de mí mismo.

—Y yo también. Si algo me pasara mientras estoy arriba, tú estarías allí para protegerme. Tengo total confianza en ti.

Alex le agarró los hombros con tanta fuerza que Morgan supo que le dejaría moratones.

—¿De qué te serví cuando te quedaste encerrada en el baño con Colaneri?

—Si hubiera necesitado ayuda, tú habrías llegado a tiempo.

—Eso pasó hace ya varios días y aún tengo ganas de matar a ese bastardo. Tengo ganas de estrangularlo con mis propias manos porque simplemente respiró cerca de ti. ¿Y aun así confías en que mantendré la cabeza fría, Morgan?

—Te confiaría mi vida —*«eso no sería tan peligroso como enamorarme de ti»*, pensó y le puso una mano en la mejilla—. Y yo también me preocupo por ti. Mucho. ¿Significa eso que ya no confías en mí para que te proteja?

—Tú serías mi primera opción —le pasó los dedos por el pelo—. Vi cómo tumbabas a todos tus compañeros en la clase de defensa personal.

—Entonces, ¿seguimos con el plan original? ¿Yo voy arriba mientras tú entretienes a Spurlock?

—¡Maldición! —deslizó las manos por los costados de su cuerpo con un movimiento posesivo—. ¿Nunca te han dicho que eres horriblemente cabezota, McCall?

Ella sonrió levemente.

—No soy cabezota, sino práctica. ¿Seguimos con el plan original?

—Sí —Alex se separó de ella y caminó hacia la chimenea. Se pasó una mano por el pelo—. Pero tenemos que concentrarnos en el trabajo y en regresar de esa casa de una pieza.

Morgan asintió. Era ridículo, pero sentía una punzada de dolor al ver lo fácil que parecía ser para Alex dejar a un lado sus emociones y dejar en un segundo plano lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior.

Pero tal vez Alex tuviera razón. Tal vez hubiera demasiadas emociones en juego como para poder mantener la cabeza fría.

Alex se acercó al escritorio.

—Desde ahora y hasta que vayamos a la fiesta, repasaremos el plan original. Buscaremos huecos que hayamos dejado abiertos y volveremos a comprobar nuestro equipo de vigilancia. Intentaremos anticiparnos a cualquier cosa que pueda salir mal y pensaremos en cómo enfrentarnos a ello si sucede —hizo una pausa y miró a Morgan—. Nada saldrá mal, Morgan. Nadie resultará herido. Todo irá como la seda. Tiene que ser así.

—Como la seda —asintió ella, pero sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

## Capítulo 14

Como habían supuesto, Spurlock reforzó la seguridad de su fortaleza el Cuatro de Julio. Varios hombres vestidos de negro detenían los vehículos en la verja de entrada, comprobando la identidad de los invitados según su lista.

Después de que Morgan y él pasaran la inspección, Alex condujo el BMW de color perla por el camino de entrada y se detuvo un poco más adelante. Le dio las llaves al aparcacoches uniformado mientras otro hombre le abría la puerta a Morgan. Cuando Alex la alcanzó le puso una mano en el hueco de la espalda.

—¿Preparada? —le preguntó.

—Preparada.

Alex intentó concentrarse en la misión, no en la suavidad de la piel de Morgan que sentía en la palma de la mano ni en el recelo que lo invadía. Había aprendido mucho tiempo atrás a no ignorar sus instintos. Pero ese pesado sentimiento se había adueñado de él desde que se había admitido a sí mismo lo que sentía por Morgan. Era un policía y un hombre preocupado por la mujer que amaba.

Subieron los escalones que conducían hasta la impresionante puerta de entrada, flanqueada por arbustos y flores. Mientras seguían a otra pareja, Alex se fijó en el marco de madera tallada que rodeaba la puerta doble de entrada y supo que aquellos adornos ocultaban un detector de metales.

Además de en sus propias habilidades, sólo podría confiar en el reloj de oro macizo que llevaba y que con tres clics, enviaría una señal de socorro al busca de Rackowitz. Nada de armas.

Nada más entrar en el vestíbulo se acercó a ellos un camarero con

una bandeja llena de copas de champán. Alex tomó una y se la pasó a Morgan. Después despidió al camarero, diciéndole que él no quería.

Morgan se agarró a su brazo.

—Ahí está nuestro anfitrión —murmuró.

Alex puso una mano sobre la suya y observó a Spurlock mientras éste se movía entre los invitados, saludando a los hombres con un apretón de manos y besando a las mujeres en la mejilla. Llevaba un elegante traje negro hecho a medida y su oscuro cabello con sienes plateadas estaba perfectamente peinado. Sus ojos grises tenían una expresión educada, pero indescifrable. Hasta que se posaron en Morgan.

La mirada de apreciación que pudo leer en sus ojos hizo que Alex deseara darle un puñetazo en la cara. Aun así, entendía la reacción de Spurlock. La suya había sido la misma al ver a Morgan con un vestido corto de lentejuelas que se ajustaba a sus curvas con total perfección. Y además, el vestido tenía aberturas laterales que dejaban a la vista una gran parte de sus interminables piernas. El cabello le caía sobre los hombros, deliciosamente desordenado, igual que después de una sesión de sexo ardiente. Se había puesto sombra de ojos de color gris y se había pintado los labios de color melocotón.

Alex sabía que un hombre tenía que estar muerto para no apreciar a la hermosa mujer que llevaba del brazo. Su mujer.

Spurlock tomó la mano de Morgan y le besó suavemente los nudillos.

—Morgan, me dejas sin respiración.

—Gracias, Carlton —inclinó la cabeza y un largo pendiente de cristal le rozó el hombro—. Te agradecemos que nos hayas vuelto a invitar tan pronto, ¿verdad, Alex?

—Es bueno conocer a tus vecinos.

—Sí —asintió Spurlock, pasando el pulgar por la mano de Morgan—. Tanto personal como profesionalmente —añadió mientras le tendía la mano a Alex—. Y hablando de negocios, estoy deseando

que me cuentes los progresos, si has hecho alguno, sobre el proyecto del que hablamos la otra noche.

Alex le dedicó a su anfitrión una sola mirada antes de volver a posar sus ojos en Morgan.

—He hecho bastantes progresos y hablaremos sobre ello. Mañana —añadió y pasó un dedo por la barbilla de Morgan—. Esta noche tengo intención de dedicársela a mi mujer —una música lenta y melódica comenzó a sonar—. ¿Bailas conmigo, cariño?

—Me encantaría —Morgan miró a Spurlock—. Carlton, espero que me concedas un baile después.

—Varios —volvió a mirar a Alex—. Jamás se me ocurriría culparte por querer pasar tiempo con esta maravillosa mujer —dijo suavemente—. Sin embargo, un socio, un asesor financiero al que le gustan ciertos... negocios está aquí esta noche. Se marcha mañana por la mañana. Me gustaría hablar con vosotros dos para cerrar los acuerdos que tratamos la otra noche.

Alex se quedó varios segundos en silencio, como si estuviera considerando la petición. Suponía que el asesor sería un hombre de Spurlock al que éste pondría a trabajar en el teatro como para mantener vigilado el dinero de su jefe mientras se blanqueaba. La presencia del tercer hombre era una ventaja para Alex, porque alargaría la reunión, manteniendo a Spurlock ocupado mientras Morgan buscaba el dormitorio dorado en el piso de arriba.

—Muy bien —respondió Alex—. Pero sólo porque se va mañana por la mañana.

En ese preciso momento un hombre de aspecto distinguido y una mujer se acercaron a ellos. Spurlock los saludó y dijo:

—Os presento a Alex y a Morgan Donovan, mis vecinos. Éstos son el juez Howard Philben y su esposa.

Alex sonrió y junto a Morgan, comenzaron a charlar con los recién llegados. Cinco años atrás él había testificado en un caso en el que Philben era el juez. Por entonces Alex tenía el pelo largo y una espesa

barba. Al darle la mano al juez, éste pensó que estaba hablando con un total desconocido.

Spurlock le explicó que Alex y él tenían asuntos que discutir y pidió a los Philben que le hicieran compañía a Morgan.

—Será un placer —contestó el juez, lanzándole a Morgan una mirada de admiración.

Alex agarró la mano de Morgan con fuerza, sabiendo que en unos minutos ella se iría al piso superior, fuera de su vista. De nuevo el instinto le dijo que algo en aquella misión iba mal, aunque no tenía ni idea de qué era.

—Bailaremos cuando vuelvas —le dijo ella.

—Dalo por seguro, querida.

Morgan observó a los dos hombres alejarse. Alex parecía tenerlo todo bajo control, pero algo en él le pareció diferente. No estaba segura de por qué; tal vez los años de trabajar de incógnito le habían enseñado a desconectar de sus emociones. En aquel momento, deseó tener la calma que había visto en Alex.

Acompañó a los Philben al enorme salón, donde unos ventanales daban paso al jardín. La gente se movía por la habitación, salía a la terraza y volvía a entrar; todo estaba en constante movimiento. Morgan vio una pequeña orquesta en la terraza y sintió una punzada de frustración al pensar en el baile que no compartiría con Alex.

—Señora Donovan, no ha tocado su champán —observó el amigable juez de cabello canoso—. ¿Quiere que le pida otra cosa para beber?

Morgan sonrió.

—No, gracias. Aún no he comido y no quiero beber con el estómago vacío —dijo, dejando a un lado la copa de champán—. Si me perdonan, iré a llenar un plato al bufé.

Morgan entró en el elegante comedor donde una impresionante mesa de caoba ofrecía apetitosos y exquisitos aperitivos. Fingió observar los patés, las carnes, los mariscos y las tartaletas, pero en

realidad estaba buscando al personal de seguridad, en especial a Colaneri. Lo último que deseaba era tener otro encuentro con él.

Aunque vio a varios guardaespaldas, no había rastro de Colaneri.

En la entrada, una gran cantidad de invitados charlaba mientras bebía y picaba algo de los platos que habían llenado en el bufé. Subir al piso superior no resultó ser ningún problema; Morgan simplemente se unió a otras mujeres elegantemente vestidas que iban buscando aseos libres.

Quince minutos después había usado la cámara oculta en su barra de labios, tomando fotografías de todos los dormitorios del piso superior. Y ninguno de ellos estaba decorado con tonos dorados.

Morgan volvió a bajar y buscó a Alex y a Spurlock con la mirada, pero no los vio.

«Y ahora, ¿qué?», pensó mientras salía a la terraza.

Tomó una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba y se apartó un poco de los invitados. Varias luces colocadas estratégicamente iluminaban los jardines y el delicado aroma de las flores flotaba en el aire.

Pensó en la misión. El plan parecía claro, pero el problema era que no había encontrado ningún dormitorio dorado. Y ahora, ¿qué?

—Las rosas son maravillosas.

Morgan reconoció la voz del juez Philben, se obligó a sonreír y se dio la vuelta.

—Sí que lo son. Envidio la habilidad que tiene Carlton con las flores.

—La heredó de su abuela.

—Sí, la ha mencionado varias veces. Me da la impresión de que le tenía mucho cariño.

—Así es —los hielos tintinearón en la bebida del juez cuando éste tomó un sorbo—. De hecho, Carlton adoraba a Goldie.

Morgan se tensó.

—Pensé que la abuela de Carlton se llamaba Emmaline —al



menos, eso era lo que decían los informes que había estudiado.

—Sí, es cierto. Pero tenía un hermoso pelo rubio y su piel era muy blanca. Por eso Carlton siempre la llamaba Goldie, «*Doradita*». Murió hace tres años y fue un duro golpe para él —el juez bajó la voz y habló en un tono casi conspirador—. No creo que se haya recuperado totalmente. Reformó toda la mansión, pero no dejó que el decorador tocara el dormitorio de Goldie. Aún sigue poniendo la variedad de rosas que cultivó especialmente para ella junto a su cama.

Morgan sintió que el pulso se le aceleraba. George Jackson había anotado mal la información que Krystelle Vander le había dado por teléfono. La mujer no había ocultado las pruebas en el dormitorio dorado, sino en el de Goldie, *Doradita*.

Registró mentalmente las habitaciones que había visto en la planta baja. Todas le habían parecido obsesivamente limpias y ordenadas. Todas excepto la última en la que había entrado y cuyo baño había usado. Aquel dormitorio le había parecido ocupado por alguien. Recordó el aroma de lavanda y el jarrón de rosas amarillas en la mesita de noche.

Sonriendo, Morgan miró a Philben a los ojos.

—Perdóneme por marcharme de nuevo, juez, pero tengo que ir al aseo.

Alex, sentado en una de las sillas de cuero rojo en el despacho de Spurlock, miró su reloj. Llevaba media hora sin ver a Morgan y cuanto más tiempo pasaba, más grande era el nudo que sentía en el estómago.

Paseó la mirada por el elegante estudio, panelado con madera oscura. Lo único positivo de estar ahí encerrado con Spurlock era que Colaneri hacía guardia en la puerta. Observó con disimulo al matón y pensó que su constitución atlética y delgada cuadraba con la del hombre que había entrado en su casa dos noches atrás, aunque no había forma de estar seguro. Pero en aquel momento, teniendo a Colaneri a la vista, Morgan estaría más libre para hacer la búsqueda.

Aun así no pudo evitar desear que ella estuviera donde pudiera alcanzarla sin problemas en caso de peligro.

Le lanzó a Spurlock, que estaba sentado al otro lado de una enorme mesa de caoba, una fría mirada.

—Me estoy cansando de esperar. Siento que tu asesor esté en un atasco, pero si quieres saber algo más del negocio, te puedo hacer un resumen ahora mismo. Si no, me voy a bailar con mi mujer.

Justo entonces sonó el teléfono del escritorio de Spurlock. Contestó y dijo:

—Que entre. Mi socio ha llegado —dijo Spurlock, colgando el auricular—. Vuelvo a disculparme por la tardanza. Vive fuera de la ciudad, pero su familia reside aquí. Por eso está aquí hoy... su hijo está en el hospital. Mi asesor es un contable diplomado, uno de los mejores. Por eso quiero que oiga los detalles de nuestro negocio.

Alex miró a Spurlock en silencio. Dudaba que el nuevo contable supiera que su jefe le había prendido fuego a su predecesor.

En ese momento llamaron a la puerta, Colaneri la abrió, asintió y dejó pasar al contable.

Alex había sido entrenado para no sentir pánico, pero cuando el socio de Spurlock entró en el despacho, sintió como si le hubieran disparado. Una persona que ha sido calcinada, reconocida únicamente por la dentadura, no podía estar caminando entre los vivos, con el mismo aspecto saludable que había tenido el día que Alex lo había arrestado.

Sólo le dio tiempo a mandar un mensaje de socorro con su reloj ante de que Emmett Tool lo viera.

El hombre se puso pálido y se detuvo. Spurlock miró a su ayudante con sorpresa.

—¿Ocurre algo, Emmett?

—Sí, jefe. ¿Por qué demonios está hablando con un policía?

Con las manos en las caderas, Morgan se quedó de pie en el medio de la habitación que olía levemente a lavanda. Había

registrado todos los cajones, llenos con la ropa que había pertenecido a Emmaline, «*Goldie*» Spurlock.

Tampoco había encontrado nada en el enorme vestidor. Había registrado innumerables bolsillos, bolsos y zapatos. También había buscado en los lugares más obvios, como debajo del colchón, detrás de los cajones y debajo del cojín de la mecedora. Nada.

Sintió una gran frustración. Lo que estaba buscando se encontraba allí. Podía sentirlo.

Paseó la mirada lentamente por la habitación. Alex y ella habían comentado cuáles eran los lugares típicos en los que se podría ocultar algo. Morgan había registrado los muebles que podrían haber tenido compartimentos secretos, pero sin éxito.

Levantó una por una las pequeñas botellas y las cajas que había sobre la cómoda, mirándolas al trasluz. Todas contenían aceites o polvos. Se acercó a la mesilla de noche y hojeó la agenda de cuero, pero no vio nada fuera de lo normal. Levantó el auricular del teléfono, que era a la vez contestador, esperando escuchar el tono de línea, pero no oyó nada. Comprobó el cable y vio que había sido desenchufado. Frunció el ceño. ¿Por qué habrían hecho eso?

Levantó la tapa del contestador, sacó la pequeña cinta y le dio la vuelta. El corazón le dio un vuelco cuando vio escritas las palabras *Spurlock-Isom*. Así que ésa era la prueba que había ocultado Krystelle Vander. Debió de haber desconectado el contestador para que los nuevos mensajes no borrarán la cinta.

Morgan volvió a dejarla en su sitio y cerró la tapa. Los muchachos de antivicio la «*encontrarían*» cuando registraran la casa.

Recogió el bolso, que había dejado sobre la cama, le echó una última mirada a la habitación para comprobar que no hubiera nada fuera de lugar y se dio la vuelta para salir justo cuando la puerta se abría.

Colaneri entró y la miró con ojos fríos como el hielo.

—Estaba buscándote, rubita. Tú y yo vamos a dar un agradable

paseo hasta el sótano.

Ella se echó el pelo hacia atrás.

—No voy a ir a ningún sitio contigo.

Colaneri levantó una mano para mostrarle el móvil que llevaba.

—Mi jefe está escuchando. Si das un paso en falso, le meterá una bala en la cabeza a tu compañero. ¿Lo has entendido?

Morgan sintió una oleada de terror. Colaneri había dicho «*compañero*», no «*marido*». Algo o alguien había descubierto su tapadera.

Y Spurlock estaba apuntando a Alex con un arma.

Asintió con la cabeza.

—Lo he entendido.

—Párate aquí —le ordenó Colaneri unos minutos después, cuando Morgan llegó a una puerta de metal, al final de un oscuro pasillo.

Habían salido del dormitorio de Goldie y bajado por una tortuosa escalera. Mientras descendían hacia el sótano, el aire había pasado de fresco a frío.

Colaneri introdujo una llave en la cerradura, la giró y bajó la mano.

—Abre la puerta —ordenó.

Cuando Morgan obedeció, él le dio una patada en el centro de la espalda, enviándola al interior. Sus zapatos, de tacón alto y sin talón, se le salieron y quedaron tirados en el suelo y algo le golpeó el tobillo izquierdo mientras ella también caía.

Se quedó quieta, luchando por recuperar la respiración. Sentía espasmos de dolor en el tobillo.

Oyó un juramento y se dio cuenta de que era Alex quien lo había dicho. Levantó la cabeza y lo vio al otro lado de la pequeña habitación sin ventanas. Estaba de pie, con los brazos levantados por encima de su cabeza y las muñecas atadas a una barra de metal que colgaba a unos metros del techo. Le habían quitado la chaqueta y Morgan le

miró la camisa blanca, buscando sangre, pero no vio ninguna mancha. Alex la miraba a los ojos, con expresión neutra. Morgan nunca había visto una rabia tan fría, tan controlada.

Spurlock estaba de pie cerca de Alex, frente a un banco de trabajo sobre el que había varias herramientas, colgadas de la pared. Tenía una automática plateada en una mano y un móvil en la otra. Morgan sabía que había logrado controlar a Alex con el móvil, no con la pistola, con la amenaza de hacerle daño a ella, igual que había hecho Colaneri.

Morgan se incorporó hasta quedar sentada y ahogó un grito al notar que el dolor se acentuaba.

El pie ya había empezado a hincharse. Los zapatos estaban fuera de su alcance; si lograra agarrar uno, el fino tacón podría ser un arma mortal. Pero con Colaneri a sólo unos centímetros de ella y Spurlock con un arma, no se atrevía a moverse.

—Una lesión desafortunada —murmuró Spurlock—. Peter, ¿era necesaria tanta rudeza?

—Esa fulana es peligrosa. Hay que enseñarle quién está al mando.

—Tengo intención de enseñarles a estos dos policías quién está al mando —mirando a Morgan a los ojos, Spurlock apuntó a Alex con la automática, con el dedo en el gatillo—. Si pones cualquier tipo de resistencia, dispararé a tu compañero. ¿Entendido?

Sabiendo que Alex tenía un arma apuntándolo al corazón, no le quedaba más remedio que cooperar. Sabía que a la menor señal de peligro él habría usado el reloj para enviar un mensaje de socorro al busca de Rackowitz, así que su mejor apuesta era hacer tiempo y esperar a que llegaran los refuerzos.

—Entendido —contestó, intentando proyectar una imagen de debilidad.

En caso de que se retrasara la ayuda, podría conseguir algo de ventaja haciendo que Spurlock y Colaneri creyeran que estaba incapacitada, tanto mental como físicamente.

—Bien —dijo Spurlock—. Este tipo de encuentros siempre van mejor cuando mis invitados colaboran. Peter, tráemela.

—La quiero para mí —protestó Colaneri—. Tengo que saldar una deuda con ella.

Spurlock arqueó una ceja.

—Puede que te la dé cuando haya terminado. Tráemela. Ahora.

Colaneri se acercó a ella y Morgan sintió que el corazón le latía rápidamente.

—¿Has oído, rubita? Cuando el jefe termine contigo, serás mía.

Morgan se rodeó el tobillo con una mano. Podía mover los dedos, así que no creía que se hubiera roto ningún hueso. Colaneri estaba lo suficientemente cerca como para destrozarle la rodilla de un buen golpe, pero si hacía cualquier movimiento, Alex moriría. Su única defensa en aquel momento era actuar como una víctima. Sabía que ésa era la razón por la que Alex no había dicho nada. Estaba esperando, ahorrando energía, preparado para saltar en cuanto Spurlock bajara la guardia.

—Por favor, no me hagas daño —susurró.

—Esa fulana, Krystelle, también me lo pidió —dijo Colaneri con los ojos brillantes—, pero no le sirvió de nada. Primero la tomé y después la maté, igual que voy a hacer contigo —sacó un trozo de cuerda amarilla de plástico del bolsillo de su chaqueta—. Levanta las manos.

Una vez le hubo atado las muñecas, Morgan sintió una oleada de pánico. Colaneri se enrolló la cuerda sobrante alrededor del puño y tiró hacia arriba, haciendo que Morgan se levantara y atravesando con ella la habitación. Morgan se quedó detrás de él, sintiendo el pulso en el tobillo lastimado.

Le ató un segundo trozo de cuerda en las muñecas y la pasó por encima de la barra que colgaba del techo, en el extremo contrario donde estaba Alex. Colaneri le subió los brazos por encima de la cabeza y tensó la cuerda. Alex y ella quedaron separados unos dos

metros, cara a cara. Los dos sabían que los habían colocado así para que cada uno pudiera ver la muerte del otro.

—Bien —dijo Spurlock.

Dejó la automática en el banco de trabajo, se quitó la chaqueta del traje y se acercó a Morgan.

—Te creí la primera vez que te encontramos en el dormitorio de mi abuela porque tu explicación era plausible, pero cometí un error. ¿Has encontrado lo que buscabas?

Morgan pensó en la cinta que había en el contestador. ¿Por qué no había llamado a Rackowitz al encontrarla? Así, al menos alguien más sabría que estaba allí.

—No estaba buscando nada, tenía que ir otra vez al baño.

—No me tomes por tonto —dijo Spurlock en voz baja—. Peter, ¿le has registrado el bolso?

—Sí —Colaneri se dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta, donde se había metido el bolso—. No hay nada raro.

—Lo que significa que no ha encontrado nada —dijo Alex.

Morgan nunca había oído una voz tan tranquila. Tan letal.

—Puede que tengas razón, Alex... o como quiera que te llames. Pero estoy seguro de que comprenderás que voy a cachearla para asegurarme.

Se acercó aún más a Morgan y lo único que ella pudo hacer fue cerrar los ojos mientras los largos dedos de Spurlock se deslizaban sobre sus pechos, sobre su abdomen y luego bajaban para cachearle los muslos. Al no encontrar nada, levantó la barbilla y se incorporó.

—Si tuviera tiempo, te torturaría para sacarte la información. Pero tengo una casa llena de invitados a los que debo atender.

—Yo lo haré —se ofreció Colaneri—. Yo la haré hablar.

Spurlock se quedó unos segundos callado, como si estuviera considerando la oferta.

—Después, Peter. Ahora quiero ir arriba.

Spurlock volvió a acercarse al banco de trabajo. Sacó un puro del

bolsillo de su chaqueta y lo encendió con el mechero de oro macizo. Morgan aprovechó el momento de distracción para agarrarse con los dedos firmemente a la barra metálica. Probando, dejó caer algo de peso sobre el tobillo lastimado y luego un poco más. El dolor era intenso, pero soportable. Lo bastante como para permitirle dar un par de buenas patadas.

Se arriesgó a mirar a Alex. Él la observó, sopesando el peligro. Bajó la mirada hacia el tobillo de Morgan y después se miró sus propias piernas. Morgan entendió el mensaje y la pregunta que Alex quería hacerle: ¿podría dar un golpe lo suficientemente fuerte con el tobillo herido? Lo miró, asintiendo muy levemente con la cabeza.

—Peter, cuando subas pasa por mi despacho y busca a Emmett. Quiero que registréis el dormitorio hasta que encontréis lo que parece tener tanto interés para la policía.

Morgan levantó la cabeza rápidamente. ¿Estaba hablando Spurlock de Emmett Tool? Si era así, el contable no había sido quemado, como creía la policía. Vio la confirmación en los ojos de Alex. Entonces, Tool debía de ser el asesor financiero que Spurlock había mencionado al principio de la velada.

—Registra el dormitorio con cuidado, Peter —dijo Spurlock, haciendo girar el mechero entre sus dedos—. No rompas nada de las pertenencias de mi abuela, ¿entiendes?

—Sí, jefe —el matón dudó y después señaló a Morgan con el brazo—. ¿Y ella?

—Me encargaré de ella y después volveré con mis invitados —Spurlock consultó su reloj—. Luego, puedes hacer lo que desees con estos dos policías.

—Tengo unos cuantos deseos con esta rubita —Colaneri miró a Morgan de arriba abajo y posó la mirada en sus pechos—. Piensa en mí cuando esté fuera —dijo, después atravesó la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

Spurlock elevó la barbilla y expulsó una bocanada de humo.



—Trato duramente a quienes me traicionan —dijo con suavidad—. Los dos estáis a punto de comprobarlo.

Alex tiró de la cuerda que le ataba las muñecas.

—Trata primero conmigo, bastardo.

Morgan le lanzó una mirada. Sabía que Alex estaba intentando desviar la atención de Spurlock de ella para que no le hiciera nada, pero también sabía que tendrían muchas más posibilidades de reducirlo si conseguía darle a Spurlock un buen golpe en la cabeza.

—Hay muchos tipos de tortura —continuó diciendo Spurlock, ignorando las palabras de Alex—. Pero no se me ocurre ninguna peor para un hombre que obligarlo a ver cómo abusan de la mujer que ama. Y después obligarlo a ver que la toma otro hombre diferente —observó el extremo incandescente de su puro—. ¿Estás de acuerdo, Alex?

—Si le haces daño, te convertiré en comida para peces —dijo Alex con voz ronca y letal.

—Tú la amas —contestó Spurlock—. Te he observado atentamente. Te he estudiado. Ésa es una de las razones por las que conseguiste engañarme, Alex. Ningún hombre es tan buen actor.

A Morgan le dio un vuelco el corazón que la hizo temblar un poco más. Miró a Alex, preguntándose qué había detrás de aquella mirada fría e impenetrable.

Pero no importaba, se dijo, desechando ese pensamiento. En aquel momento lo único importante era llamar la atención de Spurlock. Se agarró más fuerte a la barra de metal y le dedicó una mirada suplicante.

—Haré lo que quieras, Carlton —dijo, casi en un susurro—. Cualquier cosa.

—Claro que lo harás —se acercó a ella haciendo girar el puro entre el pulgar y los otros dedos—. Tienes una piel preciosa. Es una pena quemarla. Pero es una pena necesaria.

En cuanto levantó el puro, Alex lo insultó violentamente,

agarrándose con fuerza a la barra metálica. Cuando Spurlock se giró hacia él, Morgan levantó las piernas y lo golpeó con los dos pies en un lado de la cabeza.

Spurlock dejó escapar un gruñido y el puro cayó al suelo. Agarrándose a la barra, Alex aprisionó el cuello de Spurlock con los muslos. Spurlock empezó a mover las manos desesperadamente, intentándose liberarse para poder respirar.

Comenzaba a poner los ojos en blanco justo cuando la puerta se abrió de golpe.

## Capítulo 15

Morgan suspiró aliviada al ver a Rackowitz atravesar la puerta, seguida de un montón de policías vestidos de uniforme y de paisano. Segundos después, uno de los policías la bajó y la llevó a un rincón. Ella informó rápidamente a Rackowitz del dormitorio de Goldie y de la cinta del contestador. Mientras Rackowitz transmitía la información por su radio, un médico se acercó a Morgan para verle el tobillo. Al hacerle el primer reconocimiento, ella vio las estrellas.

—Si me toca otra vez, terminará como ese tipo —dijo ella, casi sin aliento por el dolor.

El médico giró la cabeza y vio a Spurlock, a quien lo estaban subiendo a una camilla.

—La trataré con cuidado —afirmó el hombre—. Durante todo el camino al hospital.

—No puedo ir ahora. Tengo que redactar los informes.

—Mire, oficial, no creo que tenga el tobillo roto, pero probablemente se ha dañado los ligamentos. No lo sabré con seguridad hasta hacerle una radiografía.

—Después. Tengo que...

—Ahora —intervino Alex, situándose a su lado—. Siento mucho que te hayan hecho daño —dijo con calma—. No quería que sucediera esto.

Podía controlar su voz, pero las emociones se reflejaban en sus ojos.

—Los dos estamos de una pieza —le recordó, e intentó sonreír a pesar del dolor—. ¿Te ha informado Rackowitz de la cinta que encontré?

—Acaba de hacerlo. El dormitorio de Goldie, «*Doradita*», no el dormitorio dorado —sacudió la cabeza—. Buen trabajo, McCall.

—Tú también hiciste algo, Blade. Agarraste bien a Spurlock por el cuello.

Rackowitz se acercó a ellos con la radio en la mano.

—Nuestros muchachos han encontrado la cinta en el contestador —les informó.

—¿Y qué hay de Colaneri y Tool? —preguntó Morgan.

—Aún nada. No estaban en la habitación de Goldie cuando llegaron nuestros chicos —Rackowitz se encogió de hombros—. Probablemente sospecharon que se acercaba el final al ver que los invitados huían en estampida. Tenemos a varios policías buscándolos.

De repente a Alex le brillaron los ojos.

—Morgan, ¿no dijo Colaneri que se había guardado tu bolso en el bolsillo?

—Eso es —dijo ella, siguiéndole los pensamientos—. Tiene un detector.

A Rackowitz se le iluminó la cara y habló por la radio con el teniente que supervisaba la búsqueda. Después dijo:

—Muy bien, tenéis que hacer declaraciones separadas sobre la operación y unos cuantos informes sobre lo que ha ocurrido aquí hoy. Alex, tú y yo podemos empezar aquí mismo. Morgan, me reuniré contigo después de que hayas pasado el reconocimiento médico.

—En el hospital —añadió Alex.

El dolor que Morgan sentía en el tobillo combinado con la dura mirada de Alex hizo que se decidiera.

—Muy bien. Iré al hospital.

—Bien —él le tomó una mano—. Saldré de aquí en cuanto pueda —le pasó una mano por el cabello—. Y entonces hablaremos. Tú y yo tenemos que hablar.

Cuando Alex quiso separarse, ella lo retuvo.

—Lo que Spurlock dijo sobre lo que sentías por mí... —dijo en voz baja—. ¿Es cierto?

Alex apretó los labios y desvió la mirada. Cuando volvió a mirarla, Morgan pudo ver en sus ojos el arrepentimiento. Otra vez.

—Hablaemos después, Morgan. De todo.

Alex terminó de hablar con Rackowitz y recibió órdenes de presentarse en la oficina del teniente. Frustrado por tener que dirigirse a la parte contraria de la ciudad donde se encontraba el hospital de Morgan, entró en el edificio, hizo sus informes, habló con varios oficiales y se encaminó al hospital. Allí, una enfermera le dijo que la oficial McCall había sido tratada, dada de alta y que otra oficial McCall la había llevado a casa.

A casa. Alex se dirigió a la casa que compartían las hermanas McCall, consciente de que su propia definición de hogar estaría incompleta si no incluía en ella a Morgan. Estaba hecha para él. Pero era una pena que su unión no pudiera durar.

Dobló una esquina y vio un deportivo de color rojo aparcado en la entrada de la casa. Dedujo que sería el coche de Carrie. Aparcó detrás, salió del coche y subió los escalones del porche. Cuando llamó al timbre, tuvo la sensación de que habían pasado años desde su última visita a aquella casa, en vez de semanas.

—Hola, Blade —lo saludó Carrie al abrir la puerta. Llevaba en una mano una lata de cerveza y otra de soda—. Parece que mi hermana pequeña y tú habéis tenido un Cuatro de Julio memorable.

—Nunca lo olvidaré —Alex entró en el vestíbulo y cerró la puerta tras él—. ¿Cómo está?

Carrie señaló con la cabeza hacia el salón.

—Un poco dolorida, pero bien —dijo, bajando la voz—. Demasiado pálida para mi gusto.

—No quería que la hirieran —contestó, recordando la patada que Colaneri le había dado en la espalda y cómo Morgan había caído al suelo—. No quería...

—Claro que no —contestó Carrie, mirándolo detenidamente.

—Sé que es tarde. El teniente me hizo ir a su despacho para informarlo de lo que había pasado. Fui al hospital, pero me dijeron que tú ya la habías recogido. Pensé que podría pasarme por aquí e intentar verla, si aún está despierta —levantó una mano y después la dejó caer—. ¡Maldición, necesito verla! Ahora.

Carrie lo miró con comprensión.

—Vas a venir por aquí muy a menudo, ¿no?

—Sí. Tal vez. Si tengo suerte.

Sonriendo, Carrie le dio las dos latas.

—Morgan está en el salón. Quería esperar a que llegara Grace. Está tomando medicamentos, así que dale la soda. La cerveza es para ti.

—Gracias, Carrie.

—A por ella —le guiñó un ojo y se dirigió a la escalera.

Alex atravesó el recibidor y se quedó en la entrada del salón. Había sólo una lámpara encendida que arrojaba sombras hacia el alto techo. Morgan estaba sentada en el sofá, rodeada de cojines de color rosa y gris. Tenía un vendaje elástico alrededor del pie izquierdo y del tobillo, que descansaba sobre un reposapiés. Tenía los ojos cerrados y apoyaba la cabeza en una pequeña almohada. Estaba tan quieta que Alex pensó que se había quedado dormida.

Alex entró silenciosamente en la habitación, quedándose a unos pasos del sofá. Morgan llevaba unos pantalones cortos, una camiseta amplia y se había recogido el pelo en una coleta. Morgan Donovan había desaparecido completamente.

Ella abrió los ojos y sus miradas se encontraron.

—Hola —dijo Alex en voz baja—. Siento haberte despertado.

—No estaba durmiendo, sólo descansaba los ojos.

—¿Cómo está el tobillo?

—No hay nada roto —mover los dedos del pie e hizo una mueca de dolor—, pero me he desgarrado algunos ligamentos. Supongo que

no podré hacer jogging durante algún tiempo. Ni trabajar en la calle.

—Date tiempo. He pensado que querrías saber las últimas novedades del caso...

«*Cobarde*», se dijo. Ésa no era la razón por la que había ido a verla.

—Claro. Siéntate.

Alex rodeó las muletas, que estaban apoyadas en la mesita de café, se sentó en el sofá y abrió la lata de soda.

—Cortesía de Carrie —dijo.

—Gracias —Morgan señaló con la cabeza hacia la puerta—. ¿Dónde está?

—Arriba. Me dio la impresión de que tenía cosas que hacer.

—Ya —Morgan tomó un sorbo y dejó la lata en la mesilla—. Y bien, ¿qué hay del caso?

—Gracias al dispositivo de seguimiento que tenías en el bolso, encontraron a Colaneri y a Tool escondidos en el casino de Spurlock —Alex abrió la cerveza y bebió un sorbo—. Se habían metido bajo la mesa de la ruleta.

—¿Alguno de los dos ha hablado?

—Tool. Busca que le aligeren la sentencia. Ha dicho que Spurlock ordenó que mataran al jockey después de que éste aceptara amañar una carrera y luego se arrepintiera. Su cambio de idea le costó a Spurlock un millón de dólares.

—¿Eso es lo que había en la cinta del contestador? ¿Las órdenes de Spurlock para matar a Isom?

—Sí. Tool también ha dicho que Spurlock descubrió que Krystelle Vander planeaba denunciarlo ante la policía, así que hizo que Colaneri atrapara a la mujer y a George Jackson. Según Tool, Spurlock los ató en el sótano, exactamente igual que a nosotros. Torturó a Vander con un cuchillo y quemándola con un puro y luego Colaneri se encargó de rematarlos.

—Tú querías a George —dijo Morgan suavemente—. Espero que te ayude saber que has atrapado a sus asesinos.

—Los dos los hemos atrapado. Y sí, ayuda.

—¿Y Tool? Pensamos que lo habían quemado vivo. ¿De quién era el cuerpo?

—De un vagabundo. Tool no sólo tiene esposa, sino también una amante de la que nadie sabía nada. La chica trabaja como higienista en la consulta de un dentista. Resulta que ese dentista trabajaba gratis en su tiempo libre en un refugio masculino y el cuerpo quemado era de un vagabundo que trató allí.

—¿Cómo consiguieron organizado todo?

—Cuando arresté a Tool, usó la llamada telefónica que le correspondía para decirle a Spurlock que lo estaban presionando para testificar. Spurlock envió al abogado que representó a Tool. Consiguió un pacto de inmunidad, acordando que Tool testificaría sobre la implicación de Spurlock en los asesinatos del jockey de Jackson y de Vander. Como parte del trato, a Tool lo trasladaron a un hotel para interrogarlo.

—¿Y así Spurlock podría acceder a él más fácilmente?

—Exacto. Sospechamos que Colaneri envenenó la comida que envió el servicio de habitaciones. Tool les dijo a los agentes del FBI que lo vigilaban que estaba demasiado nervioso para comer. Esperó a que comieran y murieran y salió. Colaneri lo recogió, buscaron al vagabundo que les había indicado la higienista y lo quemaron. Luego la chica cambió los informes dentales del hombre por los de Tool.

—Y Tool desapareció, hasta que volvió a aparecer en el despacho de Spurlock esta noche y te identificó como el policía que lo detuviste.

Alex asintió con la cabeza.

—Estas cosas suelen pasar cuando trabajas de incógnito —tomó otro sorbo de cerveza—. Me encontré con algunos oficiales antes de venir aquí. Creo que te darán una buena recomendación por este caso. No está mal, para una recluta —dijo con una sonrisa.

—Tú también mereces una recomendación.



—Probablemente me la den —dejó la lata sobre la mesita—. Pero no me importa demasiado. Yo no busco un ascenso.

—No, sólo cambiarás de identidad y te confundirás con las sombras en la siguiente misión de incógnito. Engañarás a otro criminal.

—Ése es mi trabajo —respondió, algo sorprendido.

—Y lo haces muy bien —ella desvió la mirada—. Mira cómo engañaste a Spurlock.

—Lo engañé en un montón de cosas, pero no respecto a ti. Él tenía razón, Morgan.

Cuando volvió a mirarlo, Alex vio el cambio en sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Asombro?

—¿Vas a explicarme lo que quieres decir con eso?

—Estoy enamorado de ti —en cuanto hubo dicho aquellas palabras, se sintió demasiado inquieto como para permanecer sentado. Recogió la cerveza de la mesa, se levantó y se acercó a la chimenea, donde había un enorme ramo de flores en vez de fuego—. No sé cómo pasó exactamente ni por qué —intentó leer la expresión de Morgan, pero permanecía con el rostro neutro—. Sólo sé que pasó. Hasta esta noche, tenía pensado cómo iba a manejar las cosas. Me decía a mí mismo que era lo mejor.

—¿El qué era lo mejor?

—Que nos separáramos cuando terminara la misión.

Ella apretó los labios.

—¿Por qué no me explicas cómo llegaste a esa conclusión?

—Queremos cosas diferentes, Morgan. Tenemos objetivos distintos. Ya viví lo mismo con mi ex y fue un desastre. Me dolió mucho y juré que no volvería a pasar lo mismo. Sería maravilloso mientras durara, pero ése es el problema... que no duraría. Sabía que sería mejor a largo plazo si tomáramos caminos separados.

—¿Mejor para quién?

—Para los dos —tomó un largo trago de cerveza—. Pensaba eso

hasta que te vi en el sótano. Vi que te herían y que te ataban. Pensé que podría hacerme a la idea de cómo sería cuando ya no estuvieras en mi vida, pero me equivoqué. Lo único que sabía era que si sobrevivíamos, no podía dejarte ir. No ahora. No durante un tiempo.

—¿Durante un tiempo? —Morgan entornó los ojos—. ¿Me estás diciendo que quieres que tengamos una aventura a corto plazo?

—Quiero mucho más de ti que tener tu cuerpo por las noches, Morgan. La mañana siguiente de hacer el amor me dijiste que te preocupabas por mí. Más de lo que deberías. No sé si tus sentimientos son muy profundos, pero quiero todo lo que estés dispuesta a darme. Durante todo el tiempo que quieras estar conmigo.

—Durante todo el tiempo que... —ella sacudió la cabeza—. ¿Quieres tener una relación conmigo que sabes que no va a durar? ¿Cómo sabes que no va a durar?

—Ya te he dicho que he vivido esto antes. Tú no te quedarás conmigo, Morgan. Ahora no puedes verlo. Piensas que funcionará, ahora no te importa que yo siga siendo sargento, que no quiera ascender. Pero cuando tú empieces a hacerlo, cuando me superes, sí que te importará. Y mucho.

—Así que por eso te arrepentías. Desde la noche en que hicimos el amor, cada vez que me mirabas veía arrepentimiento en tus ojos. Incluso esta noche, en el sótano, cuando todo se acabó... —se mordió el labio inferior—. Cuando estaba en el hospital, me obligaba a aceptar que habías estado interpretando un papel también conmigo. Tu trabajo te exige que no dejes que nadie se acerque a ti emocionalmente, así que ¿por qué iba a ser yo diferente? Me convencí de que no te importaba.

—Te quiero —dijo, casi con furia—. ¿Cómo se supone que voy a mirarte cuando sé desde el principio que algún día decidirás que no soy suficiente para ti? ¿Que nunca me adecuaré a tus expectativas? ¡Demonios, sí! Me arrepiento de eso.

Ella soltó un juramento bastante explícito, agarró las muletas y se levantó. Alex dejó la lata de cerveza sobre la chimenea.

—¿Adónde vas?

—A tomar lo que quiero —contestó Morgan, atravesando la habitación hasta quedar frente a él—. Ahora que sé lo que piensas, es hora de que sepas lo que pienso yo.

A Alex se le hizo un nudo en el estómago. No tenía ni idea de cuáles eran los sentimientos de Morgan. Lo único que sabía era que no iba a dejar que se fuera.

—Te escucho.

—Durante el primer año de universidad me enamoré perdidamente de un chico que hacía que el corazón se me desbocara con sólo entrar en la misma habitación. Lo único que le importaba era pasárselo bien y como yo estaba loca por él, me arrastró a su ritmo de vida, que era una juerga tras otra. Mis notas cayeron por los suelos, pero no me importó. Lo único que me importaba era él. Una noche empotró el coche contra un árbol. A él no le pasó nada, pero yo entré en coma. Cuando me desperté vi que se había ido, igual que mi beca de estudios. Tardé tres años en salir del agujero que yo misma había excavado.

—Parece que los dos tenemos razones para estar reacios a comenzar una nueva relación.

—Contigo, Blade, he estado reacia desde el principio, porque desde el primer momento en que apareciste en la academia para observarme, mi corazón se volvió loco, igual que había pasado con aquel chico. Y eso me asustó. Durante toda mi vida he querido ser policía y no tenía ninguna intención de dejar que un hombre me descontrolara las hormonas. Lo último que quería era trabajar contigo, estar en cualquier sitio cerca de ti. Y de repente, me encontré viviendo contigo. No quería que ocurriera, pero me enamoré de ti. Yo...

—Espera —le enmarcó la cara con las manos—. ¿Me quieres?

—Desafortunadamente —dijo, apartándose de él—. Confié en ti, en nosotros, lo suficiente como para dejar de lado la seguridad y trabajar sin red. Y ahora, aquí estás, diciéndome que te conformas con tener una relación conmigo, pero que no confías en mí lo suficiente como para creer que me quedaré a tu lado.

—No se trata de confianza, sino de ser realista. Sé lo que es liarse con alguien que espera cosas muy diferentes de la vida.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que nuestra relación podría ser diferente de la que tenías con tu ex?

—Estoy hablando de la naturaleza humana. Cuando las personas ya no están bien juntas, se separan. Punto.

—¿Tu ex mujer trabajó alguna vez de incógnito contigo?

Él frunció el ceño.

—No era policía.

—Entonces nunca supo lo bueno que eres. No tuvo modo de comprender que trabajas todos los días en un mundo donde un paso en falso te puede descubrir y enviarte a la muerte. Que alguien que de repente entra en la misma habitación puede hacer que la situación se vuelva mortal, como ha ocurrido esta noche. Nunca pudo saber lo necesaria que es la sangre fría, el pensar con rapidez y el controlar los nervios en tu trabajo.

Alex se pasó una mano por el pelo. Morgan lo estaba convirtiendo en algo que no era.

—Sólo soy un policía que hace su trabajo.

—Desde mi punto de vista, eres un héroe. No fue una de mis gráficas ni de mis listas lo que nos salvó la vida durante la misión. Fue tu habilidad, tu conocimiento de todo lo que me ensañaste sobre trabajar de incógnito —su mirada empezó a suavizarse—. He estado en peligro contigo, Alex. Después de esto, ¿crees que podría menospreciar tu trabajo? ¿Crees que podría pensar que un policía que se sienta detrás de un escritorio y hace papeleo merece ser más admirado que tú?

La esperanza de un posible futuro juntos era demasiado dolorosa para Alex.

—¿Cómo puedes saber que yo soy lo que estás buscando?

—No eras lo que estaba buscando cuando todo esto empezó —contestó Morgan—. Pero es a ti a quien he encontrado —desplazando su peso sobre una de las muletas, le puso una mano en la mejilla—. No sólo te quiero, sino que te admiro y te respeto. Te criaste en la calle y conseguiste sobrevivir gracias a tu ingenio. Aún lo sigues haciendo. No me importan tus credenciales, me importas tú. Y me seguirás importando, por el resto de mi vida. Si no te gusta cómo suena eso, dímelo ahora. Yo no quiero conformarme, quiero todo o nada.

Al oírla, Alex sintió un peso en el pecho. Estaba dispuesta a aceptarlo tal y como era, a amarlo por lo que era. Lo único que él tenía que hacer era confiar, tener la misma fe en Morgan que ella tenía en él.

Durante unos instantes se quedó callado e inmóvil, mirándola a los ojos. Podía ver el amor en ellos. Era real, tan real como el amor que él sentía por ella.

Escogió sus palabras cuidadosamente.

—De repente me estoy dando cuenta de que, en el fondo, tenemos mucho en común.

—¿Estás diciendo que te gusta la idea de pasar el resto de nuestras vidas juntos?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

A Morgan se le iluminó el rostro.

—Y ahora que estamos de acuerdo en eso, Blade, ¿qué vas a hacer al respecto?

Él le dedicó una sonrisa.

—Algo que apelaré a tus instintos más básicos, McCall —con un dedo le trazó la línea de la barbilla—. Algo que... —deslizó el dedo por su garganta, hacia el cuello de la camiseta—, hará que la sangre

se te convierta en lava caliente.

Ella separó los labios.

—¿Cómo qué?

Alex inclinó la cabeza, dejando los labios justo por encima de los de ella.

—Desarrollar un plan —murmuró—. Ponerlo en un gráfico e imprimirlo para que puedas analizar todos los detalles.

Ella se apartó un poco.

—¿Un plan?

Alex arqueó una ceja.

—¿No eras tú quien quería tenerlo todo controlado antes de actuar?

—La mayoría de las veces. Pero voto por la espontaneidad en lo que se refiere a ciertas cosas.

Él la abrazó.

—¿Cómo cuáles?

—Como que me beses —dijo ella—. Ahora, Blade. En este mismo instante.

—Será un placer —uniendo sus labios a los de Morgan, Alex sintió que todas sus emociones de repente se intensificaban. La abrazó con más fuerza—. ¿Estás dispuesta a jugarte el todo por el todo, Morgan? —murmuró contra sus labios—. ¿A apostar por nosotros durante el resto de nuestras vidas?

—No hay ningún riesgo —sonriéndole, le puso una mano en la mejilla—. Somos una apuesta segura.

**Fin**